

Klaas Schilder

CRISTO Y LA CULTURA

Traducido por
Donald Herrera Terán

Se permite copiar y distribuir sin restricción.

2010
Publicaciones Contra Mundum

1. Introducción al Tema, “Cristo y la Cultura”

“Cristo y la cultura”—este tema ha ocupado las mentes a lo largo de todo el tiempo que el Cristianismo ha tenido un lugar en este mundo. O, en realidad, ya muchos siglos antes de eso. Pues, en el fondo, el nombre “Cristo” no es sino una traducción de la palabra “Mesías.” Y aún durante los días del Antiguo Testamento, cuando aún se esperaba al Mesías, los hombres consideraban, luchaban con ello, profetizaban acerca de ello y se rebelaron contra el “Mesías” (Cristo) y la “cultura.” Si lo que estamos a punto de escribir es cierto, entonces este antiguo tema continuará llamando la atención con gozo, lo mismo que con pesar, hasta el final de los tiempos. La solución “total,” incluida la solución a este problema, no se alcanzará en el curso del tiempo sino que está reservada para el día que pondrá fin al tiempo; y no obtendrá por vía de la evolución sino por vía de la *parousia* catastrófica de Cristo mismo. Por lo tanto, el gran gozo y el profundo pesar acerca del resultado final de la batalla con respecto a Cristo y la cultura se pueden esperar al final de las edades. Aquí uno expresa dos palabras repletas de significado: cielo—e infierno.

2. Una Pregunta que Confronta a Todos los Cristianos

Lo anterior ya aclara que el tema que mencionamos no debe ser colocado en la lista de tópicos que el pagano precipitado pone en su esfera de interés *antes* de su discusión académica, pues el cristiano cauteloso sólo lo hace *después*. El problema de la relación entre Cristo y la cultura concierne inmediatamente a los asuntos fundamentales del pensamiento y la acción cristianos. Por lo tanto, un cristiano debe contender continuamente con ello. Quien deja de lado este punto abandona su llamado inmediato. La definición de la tarea de la vida del cristiano, tal como se

nos da en el Domingo 12 del Catecismo de Heidelberg¹ y en la que el cristiano es considerado como profeta, sacerdote y rey es tan amplia y tan global que el asunto de la relación entre Cristo (y el cristiano) por un lado, y la vida cultural, por el otro, llega a estar en discusión tan pronto como surge la pregunta de cómo se han de interpretar las palabras pertinentes en esta sección del Catecismo. Por esta razón en particular, no se le permite a un cristiano confesante esperar de manera tranquila (*ad calendas graecas*) las resoluciones académicas con respecto “al” problema cultural antes de entrar en la batalla cultural; y aún menos por lo que cada vez más ha llegado a convertirse en su sustituto, las resoluciones o “conclusiones” de una “conferencia.”

Pues la vida fortalece a la academia, pero la academia no forja la vida; en el mejor de los casos, puede pensar acerca de la vida. Así también, el problema de la correcta apreciación de la cultura, o de la evaluación de una situación concreta que un cristiano “descubre” o que ha ayudado a “crear” en una fase cultural dada, nunca debe reducirse a un así llamado asunto meramente académico. La vida precede a la academia: *primum vivere, deinde philosophari*. Todos tienen que tratar con una fase temporal y geográficamente determinada de “vida cultural;” uno es lanzado en medio de ella al momento de su nacimiento, y nadie es capaz de escaparse de ella, ni siquiera un solo día, suponiendo que se le permitiera hacerlo. El hombre no puede aislarse, aún cuando huya hacia un claustro donde no se preparen licores o cosas similares, ni haya estantes llenos de revistas.

1 Domingo 12:

Pregunta 31: ¿Por qué se le llama Cristo, es decir: ungido?

Respuesta: Porque fue ordenado del Padre y ungido del Espíritu Santo para ser nuestro supremo profeta y maestro que nos ha revelado plenamente el secreto consejo y voluntad de Dios acerca de nuestra redención, para ser nuestro único y supremo pontífice quien por el solo sacrificio de su cuerpo nos ha redimido e intercede continuamente delante del Padre por nosotros para ser nuestro eterno Rey que nos gobierna por su Palabra y su Espíritu y nos guarda y conserva la redención que nos ha adquirido.

Pregunta 32. Pues, ¿Por qué te llaman cristiano?

Respuesta: Porque por la fe soy miembro de Jesucristo y participante de su unión, para que confiese su nombre y me ofrezca a Él, en sacrificio vivo y agradable y que en esta vida luche contra el pecado y Satanás con una conciencia limpia y buena y que, después de esta vida reine con Cristo eternamente sobre todas las criaturas.

3. Obstáculos Hacia una Solución

¿Por qué es tan difícil este problema? Se podrían aducir muchas cosas a manera de explicación. Mencionaremos únicamente algunos puntos.

a. Una de las razones principales es que las opiniones discrepan ampliamente. Vemos la batalla entre opiniones opuestas unas de otras no sólo en lo que algunas veces llamados de manera tan abstracta “el mundo,” sino también en lo que llamamos, una vez más de forma demasiado abstracta, “la iglesia.” No hay nada fuera de lo común en esto. Aquellos que se adhieren realmente a la auténtica filosofía del materialismo puro tendrán una visión de la cultura que difiere completamente de la visión de las personas que piensan siguiendo las líneas del universalismo metafísico. Aquellos que piensan que la historia es lineal levantan una construcción que es completamente diferente a la del hombre que mira la historia como un ciclo. El teísta y el panteísta llegan a estar firmemente el uno contra el otro, incluyendo en su concepción y aprecio de la cultura. Una evaluación luterana—hasta el grado de ser leal a Martín Lutero—diferirá de la de un calvinista; la de un pesimista diferirá de la de un optimista. Un seguidor de Platón difiere de un seguidor de Aristóteles, un seguidor de Spinoza difiere de un seguidor de Descartes, un kantiano difiere de un discípulo de Fichte. Incluso entre los Románticos, Goethe no concuerda con Novalis, ni Schleiermacher con los hermanos Schlegel. Y ni siquiera hemos mencionado a Bismarck y a Rosenberg, a Otto y a Walt Whitman, o a los budistas de una secta u otra. Las diferencias que dividen a los filósofos influenciarán a los teólogos y a los miembros ordinarios de la iglesia. Tan sólo es un sueño si alguien cree que “la idea cultural” es una especie de llave maestra que abre la puerta al salón de conferencias que ofrece una recepción pacífica a los congresos culturales. Habrá guerra allí—es decir, si los participantes en la conferencia andan alertas los unos de los otros, lo cual, sin embargo, no es poco común.

b. Así que, un segundo factor, es que una y otra vez al problema mismo se le dan nuevas soluciones o asume formas teóricas fundamentales que —aún en el mismo período—se contradicen unas a otras. Todo esto sucede tanto dentro como fuera de la “iglesia.” Ambos conceptos, el de “Cristianismo” lo mismo que el de “cultura,” frecuentemente son erigidos, fijados y usados en diferentes sentidos. Por consiguiente, el problema del “cristianismo y la cultura” es, en la opinión de muchos (y como veremos es una opinión incorrecta)—de manera deliberada o no—se reduce a un problema de “*religión*” y cultura, o de “naturaleza” y “gracia,” que luego son considerados de manera reiterada como dos territorios *separados*. En efecto, la palabra “territorio” es fácil de manejar. Sin embargo, en su mayor parte es algo demasiado geográfico, para no mencionar matemático: los conceptos matemáticos (como por ejemplo, un punto, una línea, un plano, un “área”) no tienen ningún

corolario en la *realidad*. Además, uno percibe que incluso las preguntas se suscitan en grupos.

c. A todo esto se debe añadir que la devaluación del nombre “Cristo” también ha llevado a la devaluación del concepto de “cultura.” La “iglesia” comenzó a jugar con el nombre de Cristo, y la filosofía no hizo menos. Como resultado también están reduciendo a una insignificancia el problema de Cristo y la cultura. Tan pronto como dos *conceptos* son devaluados, también se obstruye el sendero correcto que ha de ser seguido por aquellos que buscan entender la *relación* que existe entre ellos.

d. Uno tiene sólo que considerar cómo aquello que desea ser llamado “iglesia,” que se ha desvinculado de los contenidos de la confesión de la fe, habla acerca de Cristo. ¿Qué es el Cristianismo? ¿Quién es *JesuCristo*? ¿Cuál es la posición histórica de este Jesús en el mundo y Su significancia para la vida histórica? ¿Tiene Él alguna influencia en la totalidad de nuestra vida histórica con sus relaciones continuas? ¿Es Él en verdad la Palabra encarnada de Dios, o es Él (más bien: él) nada más que una de las muchas “manifestaciones” de la Palabra de Dios? ¿Es la “manifestación” de la Palabra de Dios una revelación pura de su “contenido,” o es quizá la “manifestación” el *opuesto* paradójico del “contenido”? ¿Es el histórico Jesús de Nazaret el cumplimiento de las expectativas antiguotestamentarias del Cristo (el Mesías), o no se agota la idea mesiánica en Él, o quizá sólo de manera fragmentaria? ¿Qué significa el *nombre* Cristo? ¿Cuál es la intención de Dios con el nombre Mesías? ¿Qué es la unción? ¿Realmente incluye una *orden* (“ordenación”) divina, y también un *don* real (“el que Él haya sido hecho capaz”), o son designados ambos sólo de una manera simbólica? ¿Hay una diferencia *en principio* entre aquellos “ungidos” a quienes consideramos como hombres ordinarios y Jesús de Nazaret el Ungido de una manera completamente distinta? ¿O no es más que una ficción esta diferencia fundamental sugerida? ¿En qué medida puede Él, como una *aparición histórica*, actuar en la vida humana de una manera “crítica,” es decir, juzgando y decidiendo de forma absoluta? ¿Acaso Él mismo, como Jesús, y por tanto como una aparición histórica, *junto con* toda nuestra vida humana, se hallan bajo una “*crisis*,” es decir, bajo un juicio total de Dios que condena al mundo como “este,” como “nuestro” mundo, o nos dejó Él escuchar en la tierra la voz de Dios, *repeiendo* o *atrayendo*, pura, efectiva, vívida, juzgando, tamizando, como el Juez perfecto y quizá también como nuestro *Padre*, la voz de la “crítica” suprema, y de hecho, única? En realidad, hay algo por lo cual lamentarnos, pero es un asunto de hecho: hoy, en los círculos de lo que es llamado *Cristianismo* hay una disputa muy seria sobre todas estas preguntas. Y así, nos encontramos allí como una concreta o legendaria “comunidad” de “cristianos”; todos reclamamos este nombre, y nos enojamos tan pronto como uno se lo niega al otro. Pero mientras tanto estamos en

una gran incertidumbre con respecto a las *preguntas fundamentales* con respecto a Jesús y respecto a Cristo, al menos entre nosotros mismos. Tampoco estamos seguros acerca de los demás. Oponiéndose las unas a las otras nos encontramos con una serie de Cristologías escritas, y sobre todo no escritas, en medio de un mundo muy diverso que afirma que continúa edificando su “cultura.” Y aunque repetimos mil veces en una protesta cristiana tensa y agitada que la cultura del “mundo” no es madura ni pura, que es engañosa, y que la paga del pecado (incluyendo el pecado cultural) es la muerte, el asunto en discusión agujijonea, y corta tan profundamente precisamente *como una pregunta*: la pregunta es si nosotros (*al menos como grupo*), en vista de nuestras profundas diferencias con respecto al término “Cristo” tal y como lo encontramos en el problema de “Cristo y la vida cultural,” nos hallamos completamente no autorizados o incapaces de pronunciar tan siquiera una sola palabra con respecto a este problema. *En términos de grupos* estamos cada vez más activos en relaciones “ecuménicas” internacionales, interdenominacionales e interconfesionales, lanzando toda clase de “mensajes” con respecto a la vida y la cultura del mundo. Pero todo carece de poder, pues como *grupo* ya no conocemos a *Cristo*. En cuanto a Cristo, para nosotros como grupo, Él *no* es el *Conocido* ni Aquel con quien estamos familiarizados, no proferimos nada excepto declaraciones inmaduras sobre la relación entre “Cristo” y la “vida cultural.” Pues el primero de estos dos términos ya es bastante borroso. Y una neblina internacional, interacadémica y ecuménica es lo peor que puede caer sobre nosotros.

e. ¿Es la situación algo mejor en lo que concierne al *segundo* término de nuestro problema, a saber, la *vida cultural*? ¿Qué *es* realmente la cultura? Las respuestas difieren. Ya hemos indicado eso en pocas palabras. Sin embargo, el asunto opresivo es que, a pesar de esto, presentamos toda clase de construcciones nerviosas, fabricadas a la carrera e incluso, en lo que concierne a nuestro punto de vista, hasta ilegítimas. La peor parte no es que los filósofos de la cultura una y otra vez suplen respuestas ampliamente divergentes a los asuntos fundamentales. Esta es la peor parte: que mientras todo tipo de filósofos de la cultura se apoya tras una cierta teoría de *valores*—de hecho, subjetivista—los cristianos, incluso los confesionales, dejan de preguntarse cada vez más si el primero y en realidad el único valor verdadero es la *comunión pactal* con Dios, el de la *seguridad de la fe*, el valor de la *gratitud* cristiana, que en un silogismo práctico asegura que la fe “por sus frutos” es la fe “verdadera.” La peor parte es el servilismo con que los “confesores” cristianos, tan pronto como tocan el problema de la “cultura,” tímidamente dirigen sus miradas a los filósofos incrédulos de la cultura de la puerta de al lado: ¿Serán tan amables de concedernos un gesto en señal de aprobación? La sumisión de los pensadores y teólogos cristianos a los otros filósofos (no cristianos) culturales, está llegando cada vez más a convertirse en un *obstáculo* a una respuesta de fe unánime e inequívoca. Los líderes juveniles de la actualidad y los conferencistas de clases de

educación para adultos, en tanto que tienen un trasfondo cristiano, se dan cuenta perfectamente bien que la elaboración de un concepto de *cultura* se encuentra con preguntas múltiples e indagadoras. En sus conferencias “trabajan arduamente” con “el problema” de la historia, la del individuo y la sociedad, de la esencia de las naciones y de las distintas razas de hombres, del tiempo y la eternidad, de la física y la metafísica, la religión, la moralidad y la ley natural, de la evolución y la creación. Pero sobre el hecho de que nosotros como cristianos debemos asumir nuestro punto de partida en *los prejuicios de la fe*, y que tenemos que *creer* sobre la *autoridad*, y por consiguiente *actuar* en concordancia, que nuestras actitudes positivas, no menos que las negativas, deben ser mera y únicamente un asunto de fe, que (como confesamos en nuestro Catecismo) es un conocimiento *seguro* y una confianza *firme*—sobre todo esto uno puede oír bastante en tanto que ciertos puntos de la *dogmática* (aún incluyendo las suspensiones eclesiásticas) estén en juego, pero tan pronto como llega a discutirse la esfinge de la “vida cultural” uno apenas escucha algo. Con todo el orgullo desmedido en las muchas palabras que se dicen sobre el tema del actuar correcto, los ojos permanecen cerrados al hecho opresivo de que todo este ideograma de la “cultura” y la “vida cultural” se queda en una niebla, y que uno puede trabajar con él sólo sobre una base prematura e hipotética. Es un término artificial, usado con presteza o abatimiento, sin embargo, sin ser *justificado* ya sea filosófica o teológicamente, o, en particular, con relación al servicio concreto que presta al Dios vivo.

f. Cuando finalmente actuamos como si realmente hubiésemos establecido una *conexión* entre “Cristo” y la “cultura, entonces la pregunta principal no siempre se coloca en primera plana: De cualquier manera, ¿cuál es el punto? ¿Estamos hablando de la cultura “como tal” o sólo sobre “un cierto tipo” de cultura? ¿Existe en realidad *una cultura* permanente, la cual podemos conocer por el estilo peculiar a la cual es fiel, o encontramos, si discernimos minuciosamente las cosas, solamente un caos de *tendencias* culturales? Si no es la cultura como tal sino sólo una forma particular de cultura, ¿entonces cuál es? ¿La cultura nacional o tan sólo *una* nacional? ¿La o *una* cultura internacional? ¿La cultura o *una* provisional? ¿La cultura o *una* futura? ¿Es una cultura (o *la* cultura) que nosotros hemos creado o que tenemos que crear, o que somos capaces de crear—es decir, como cristianos? ¿O es una especie de cultura ideal que se nos pide reconocer o esperar? ¿Como cristianos, tenemos y podemos actuar en este mundo y “su” cultura como reformadores o impulsando una sublevación? ¿O se nos ha dado únicamente la tarea limitada de una manera u otra de abrirnos camino a la fuerza a través de las rápidas corrientes de la vida tan diversa de este mundo y darle gracias a Dios después que el barco de nuestra vida haya sorteado los peligros de acabar en un deshuesadero? ¿Existe realmente una tarea positiva para nosotros como cristianos? ¿Acaso “seguir a Jesús” realmente incluye la incansable actualización de una habilidad creativa dada por Dios hacia

una cultura cristiana *peculiar* con tendencias a la conquista del mundo? ¿Se puede reconocer la “imitación de Dios” en ciertos hechos concretos conforme a los contenidos materiales de los mandamientos divinos, y por consiguiente también en una *actitud* concreta y constante? ¿O la imitación de Dios es sólo un concepto *formal*: Dios en verdad *creó* el mundo, pero también lo *cambia* permanentemente, y lo hará de una vez por todas de una manera catastrófica, por la cual la imitación de Él puede estar presente *tan sólo* en aquellos que sustituyen cualquier “sí” dicho al mundo existente por un “no,” y de ese modo consideran cualquier *actitud* como perteneciente al diablo, la actitud revolucionaria lo mismo que la conservadora y viceversa? ¿Se lleva a cabo la acción cristiana con total seriedad o es tan sólo un *juego*? ¿Un juego—en virtud de una ordenación fija que no nos permite nada excepto un juego, y así convierte el “juego” en la única “seriedad” posible?

4. Soluciones que Obstruyen una Solución

Son innumerables las preguntas que no han sido contestadas, y ciertamente, que no han sido siquiera formuladas. “Jesucristo” y la “vida cultural” han sido llamados enemigos y amigos de forma alternada. O incluso unos completos extraños el uno del otro. Uno, con Tolstoy, sacrifica “la cultura” ante su “Cristianismo”; el otro, con Nietzsche, abandona el Cristianismo a favor de la “cultura”; un tercero estalla en cólera tan pronto como escucha que se considera que Cristo y la cultura están conectados el uno con el otro (cf. la crítica contemporánea del así llamado neo-Calvinismo, inspirado por Barth). El punto de partida de las primeras dos opiniones—y parcialmente también de la tercera—es una relación antitética entre Jesucristo y la vida cultural, real lo mismo que potencial. Por otro lado están también aquellos quienes, de manera entusiasta o con el sentimiento de que afortunadamente aún se les permite participar, levantan el eslogan de que Jesucristo y la “cultura” pueden ciertamente ser “*reconciliados*” el uno con el otro y que la relación entre los dos, en última instancia, puede ser considerada una relación amigable.

Puede ser sin intención, pero el resultado inevitable de todo esto, por supuesto, es que entre aquellos que oscilan de un lado a otro la *práctica* revela muchos aspectos sumamente variados. Según unos no hay tarea más elevada para un cristiano que comerse tímidamente “las migajas que caen de la mesa” de los “constructores incrédulos de la cultura,” y por consiguiente defiende esta ingestión medrosa con la tesis de que en los asuntos culturales Dios no ha impuesto una especie de ley seca. Por lo tanto, nunca irá más allá de un *argumentum e silentio* cuestionable: Lo que él desea no ha sido expresamente prohibido; por lo tanto, está bien. No le pregunten si el ejercicio de comerse las migajas que caen de la mesa de otros es una comida de fe y amor o un gesto de vergüenza, con su correspondiente argumento de vergüenza proveyendo el escape necesario. El otro, sin embargo, se

afirma airoosamente en la vida cultural, hincha su pequeño yo cristiano hasta un cierto nivel de orgullo cultural, y se mantiene *convencido* de que el argumento de la vergüenza del hermano antes mencionado, suspirando y disculpándose mil veces por sus comidas de migajas, no es nada y cita al apóstol Pablo y dice que uno *no puede salirse del mundo*. De hecho, cataloga este argumento como inferior. En su opinión debe ser reemplazado con la orgullosa consigna de que el cristiano tiene que promover el *honor* de Dios “en todas las esferas de la vida,” incluida la vida cultural. Sin embargo, la pregunta crucial, qué es en realidad la “vida cultural,” y en cercana relación con ella, qué es exactamente la “esfera” de la vida cultural, permanece en su mayor parte sin ser contestada a lo largo del tiempo, incluso por él.

Estamos inmovilizados por la niebla. Aún los seguidores del Dr. Abraham Kuyper. Por años y años no hablaron de nada excepto del “honor de Dios en todas las esferas de la vida.” Los más eruditos entre ellos constantemente repetían el adagio del Dr. Kuyper con respecto a la “esfera de la soberanía.” Toda “esfera” de la “vida” tenía su propia “soberanía.” Sin embargo, frecuentemente no hacen más que repetir este eslogan. No es de sorprenderse: pues el mismo Abraham Kuyper no podía explicar claramente qué son exactamente esas “soberanías” en todas aquellas “esferas.” Un único Soberano—eso lo podemos aceptar y entender. Pero tan pronto como uno comienza a hablar de “soberanías” en plural, cada una de ellas en su propia esfera, entonces las cosas se tornan borrosas. Cuando Kuyper dice que Dios creó todo “según su género,” sólo está repitiendo un dato bíblico. Sin embargo, el salto desde la “ley de la naturaleza” al “soberano” es más bien grande; el salto de una criatura de *Dios* a un producto del hombre es igualmente bastante grande; y el salto que hace desde los respectivos *géneros* de criaturas a las así llamadas “esferas” en las que juegan su papel, ya sea con o sin la ayuda o resistencia del hombre es, en tercer lugar, demasiado grande. El lenguaje metafórico de Kuyper hace aquí el mal favor de una *metabasis eis allo genos*, es decir, el de mezclar cantidades desiguales y heterogéneas.

Esto es desastroso, en particular cuando uno habla acerca de “esferas” teniendo cada una su “propia soberanía.” En verdad que nos hallamos inmovilizados por la niebla.

5. La Solución Ha de Encontrarse Solamente en la Biblia

Ahora, la neblina puede disiparse sólo si nos sometemos en silencio a la predicación de las Escrituras. Ellas son fundamentalmente una revelación de Dios, conocible y *conocido en Jesucristo*, Su Hijo. Por lo tanto, nadie puede derivar de sus enseñanzas cosa alguna con respecto al tema del “*Cristianismo* y la vida cultural” a menos que

permita que ellas reduzcan el problema al tema, ni siquiera al de “Jesús y la vida cultural,” sino más específicamente al tema de “Jesucristo y la vida cultural.” Sin duda que resulta muy útil considerar brevemente porqué las primeras dos formulaciones de nuestro tema jamás son capaces de penetrar hasta el fundamento de nuestro problema, mientras que sólo la última mencionada puede hacerlo en realidad. Tan pronto como hayamos encontrado la respuesta a este asunto, inmediatamente nos encontraremos en medio de nuestro tema, y creemos que de esta manera habremos obtenido en nuestras manos el hilo a seguir que la Escritura nos presenta.

6. El Cristianismo Histórico No Ofrece Ningún Criterio Absoluto

En realidad, como hemos dicho, el problema no debiese formularse como “el Cristianismo y la vida cultural.” Pues esta formulación no nos traerá a la raíz del problema. De hecho, con el término “Cristianismo” uno puede entender, entre otras cosas: (1) la *comunidad* de cristianos (en el sentido apropiado o no de la palabra, incluyendo o no a aquellos que son cristianos solamente de nombre), y (2) al *resultado visible* que fue posible registrar en el mundo visible debido a las actividades cristianas de la comunidad de cristianos, o más bien, lo que fue registrado, y que aún sigue registrándose, dentro del marco de una *communis opinio* más o menos fijo. Por supuesto que la palabra tiene muchos más significados. Sin embargo, por causa de la conveniencia, dejémoslos por lo que son. Pues ya tenemos suficientes problemas incluso cuando nos limitamos a los dos significados recién mencionados de la palabra.

En cuanto a la primera definición, por ejemplo, ¿qué significa “comunidad”? ¿Es simplemente el mero estar juntos, o la posibilidad de estar juntos, de aquellos que, correcta o incorrectamente, se llaman a sí mismos cristianos (*sun-ousia*)? ¿O es una unidad espiritual, espiritual en el sentido de que es efectuada por el Espíritu de Dios? ¿Y por tanto, en conformidad con Su Palabra (*koinonia*)? ¿Es esta *koinonia* el resultado de los esfuerzos del hombre, algo que *debe* llegar a existir por sus acciones, o es el producto de los esfuerzos de Dios, algo que *ha* llegado a existir y que ahora convoca al pueblo a actuar como respuesta reconociendo la comunión que Dios ha hecho, *de jure* lo mismo que *de facto*? O, en lo que concierne a la *segunda* definición, ¿depende uno de la historia y la tradición para el registro de tal *resultado* de comunión cristiana, o puede cada época endilgarnos su propia teoría con respecto a este registro y sus características? “Cristianismo” es una palabra difícil—si uno examina solamente la sustancia.

Sin embargo, cualquiera que sea el sentido en que uno tome la palabra, una cosa es cierta: es imposible plantear ningún asunto puro de la cultura sobre la base de

cualquier noción con respecto al “Cristianismo,” mucho menos resolver el problema del “Cristianismo” y la cultura.

a. Esto es imposible en primer lugar porque el *Cristianismo* nunca es esencialmente normativo. Tome (en el primero de los dos significados antes mencionados) a los cristianos juntos como una *comunidad*, y luego—si pudiera, por abstracción teórica (¡pues no puede ir más allá!)—purgue esta comunidad de todos aquellos que son cristianos de nombre solamente. O (según el segundo significado de la palabra) tome el Cristianismo en el sentido del *resultado* del credo cristiano (que usted presume que es católico, universal) en la vida del hombre y el mundo, y además, ser tan estricto como sea posible en aplicar el estándar y al conceder el título de honor, “cristiano.” De cualquier manera que lo tome, en ninguno de los dos casos será usted capaz de derivar de este “Cristianismo” un estándar, una *norma*, para tratar con su problema. Ningún cristiano puede servir como el estándar, ¿cierto? Tampoco puede ser normativo un dato factual. Los *hechos obligan* a nuestras manos, nadie puede prescindir de ellos, y las acciones de todos deben descansar en aquello que ha sido dado. Nuestras manos pueden golpear fácilmente el aire, pero no logran nada con hacerlo. Sólo cuando se colocan en lo material, aquello producido por la realidad tal como se ha desarrollado históricamente, entonces son capaces de “darle forma” a este “material.”

Y para esta *transformación* de lo material (nuestro actuar con responsabilidad), dependemos completamente de los *estándares* que Dios ha establecido. Esto último no es algo que *obligue* a nuestras manos, ellos nos *ordenan*. Solamente la Palabra de Dios, la Sagrada Escritura, es el estándar; no el cristiano o el Cristianismo, sino el Cristo hablante quien nos ha sido dado a conocer por medio de la revelación, y Quien también nos “explica” a Dios, y como el Dador, Guarda e Intérprete de la Ley nos habla la Palabra de Dios sin ninguna restricción causada por el pecado o la impotencia, Él, enviado a los hombres a favor de Dios. Toda tendencia histórica, incluyendo cualquier tendencia o descripción cultural, que estaría basada en un Cristianismo “dado” o incluso en un Cristianismo *ideal*, como producto de la mente, *debe* terminar en pecado, violación de la Ley e irreligión; no sería capaz de establecer nada excepto una Torre de Babel. Pero ya ha *comenzado* a hacer eso al tomar un punto de partida erróneo.

De esta misma manera, el materialismo y el positivismo histórico han desarraigado el valor en el discurso con el Cristianismo y la cultura. De esta misma forma (aunque a partir de presuposiciones diferentes) el idealismo, en más de una forma, ha hecho lo mismo. Incluso el Barthianismo, *a veces*, también lo ha hecho de esta manera: “*Es predigt*,” existe el *hecho* de la “predicación” en la iglesia, hecho que luego forma el punto de partida para el desarrollo teórico posterior. Hay una cierta

cantidad llamada “cristiandad.” Sin embargo, este *hecho* no es el fundamento de ninguna *doctrina*, aunque toda doctrina debe tomar en cuenta todos los hechos, incluyendo ésta.

Los *hechos* no forman un fundamento para elaborar doctrina. Al contrario, ya hay una cierta medida de doctrina en cualquier *designación de* un hecho (o de lo que se considera como tal). Cuando sucede una tormenta eléctrica, esto es un hecho. Pero aquellos que creen en Wodan “entenderán” y “designarán” este hecho de una manera completamente diferente a aquellos que pueden “explicarlo” y que han llegado a estar familiarizados con la doctrina de las descargas eléctricas.

Aún hay más. El “cristianismo,” a medida que *toma forma* en medio del mundo, en el sentido que lleva el nombre de su propia decisión y se puede registrar, siempre se halla profundamente envuelto en un proceso cultural corriente o en una serie de procesos culturales. Los seguidores de Hegel, y por consiguiente también los Marxistas, y los Nacional-Socialistas, contarán al mismo Cristianismo *en sí* como fenómeno cultural: quienes suplieron las teorías y que fueron contratados por Anton Mussert² quisieron confiarle al “Ministerio de Cultura”³ la labor de velar por los intereses del Cristianismo (que pudieron ser protegidos sólo en la parte europea del Reino de los Países Bajos). Esto ya es suficiente para mostrar cómo, de manera seria e inevitable, la misma “Cristiandad”—incluso si sólo fuese para proteger su nombre—siempre está involucrada en la colisión de las tendencias culturales que están presentes en todas las constelaciones de la vida en este mundo. Además, varía de acuerdo a los tipos locales, nacionales, antropológicos e incluso climatológicos. En resumen, el término “Cristiandad,” tomado en este sentido, es una esfinge, y nada más.

b. Y en la medida que no es una esfinge sino que se puede hacer referencia a ella en la historia de una manera pura o *fija* (aquello que, nuevamente, es algo más), a interferido a menudo, por su parte, en la batalla cultural de una manera prepotente y arbitraria y con muchas deficiencias y pecados. En todo proceso subsecuente de formación, deformación o reforma, a veces ha tratado de llegar a ser una fuerza cultural *real* o *directa* (considere el papado), o ha vivido, ya sea consciente o inconscientemente, sobre la base de ciertos principios que colocan

2 Anton Mussert fue el “líder” de los Nacional-Socialistas en los Países Bajos antes y durante la Segunda Guerra Mundial [nota de Van Rongen/Helder].

3 El Ministerio de Cultura (*Cultuur-kamer*) fue una de las instituciones impuestas a los holandeses por las fuerzas alemanas de ocupación. El registro era obligatorio para los artistas, por ejemplo, aunque muchos de ellos prefirieron interrumpir sus actividades

sobre su programa de trabajo una *tarea cultural* absoluta como su *tarea esencial*. Claro que esto fue erróneo. Pues el Cristianismo es no asunto de cultura, aunque la cultura ciertamente es algo en lo que se interesa el Cristianismo.

Pero, según la acción de deformación y reforma tantas veces repetida (aunque no biológica o evolutivamente determinada), el Cristianismo histórico, a lo largo de las edades, nunca ha sido capaz de conducir una idea cultural específica a la victoria, y tampoco ha completado jamás ni de manera plena ninguno de sus mandatos con respecto a la vida cultural. Uno encontrará aquí las variaciones más extremas: hay una vasta distancia entre el imperialismo cultural—tal como fue desarrollado por la Iglesia de Roma en ciertos períodos—y la posición aislada, el separatismo y el ascetismo de las pequeñas congregaciones o rebaños “piadosos” y reacios a la cultura cuya opinión es que representan al verdadero Cristianismo sólo *en* este tipo de aversión. ¿Quién sería capaz de derivar un *criterio* cultural de tal “Cristianismo”? Tampoco una mayoría o una minoría pueden ser decisivas en este respecto. Lo correcto lo mismo que el poder, la salud así como también el don de la salud pueden pertenecer a la mayoría, pero también a la minoría, incluso a la minoría más pequeña que uno pudiera imaginar.

7. La Solución Ilusoria del “Jesús Histórico”

En segundo lugar: la historia confirma que, hablando estrictamente, el problema tampoco puede formularse de manera reducida en la forma de “Jesús y la vida cultural.” Pero, para decirlo de forma burda, “Jesús” y nada más es algo inútil en lo que concierne a nuestro problema. Tenemos que considerar que Jesús se ha explicado a Sí mismo *como* el Cristo con respecto al Cristo. Esta Auto-explicación (de acuerdo y en referencia a *las Escrituras*) es aceptada con autoridad por uno, y rechazada por otro. Este rechazo a menudo se camufla bajo el manto de *ignorancia*. La queja es: Él es un *enigma*: por favor, permítame hacer la oración del *ignorante*, ¡para aprender *cómo* categorizar a este Jesús! En la actualidad uno se construye para sí mismo una u otra imagen de Jesús. No la del Enviado de Dios, Jesús mismo, sino que una imagen humana conceptualizada de “Jesús” también es *convertida* en una esfinge por aquellos que no le reconocen como *el Cristo*. Él *no* es una esfinge, pues Su Auto-explicación es lo suficientemente clara. Pero Él *llega a ser* una para aquellos que disponen de Su Auto-explicación. *Luego*, para estas personas, en Él se postula un enigma. Y este enigma no se resuelve en tanto que Jesús sea reconocido *solamente* como “Jesús.” Una antigua máxima lo declara así: *Ubi vides, non est fides*; es decir, cada vez que se puede ver algo, no se necesita ninguna fe. No vamos a analizar este adagio; puede tener muy buenas intenciones, pero en términos generales es incorrecto. La gente pudo *ver* al “Jesús histórico”; pero, para conocerle y reconocerle verdaderamente, se necesitaba la fe. El hecho de que el hombre Jesús

fue el *Cristo* de Dios (el Mesías), que era llamado el “hijo” de José, aunque sin haber sido engendrado por él, y mucho más que esto, siguió siendo un asunto de fe. *Ubi vides, ibi fides. Visio auerit fidem, fides quaerit intellectum.*

Este pensamiento precedió al Cristianismo. Pues la Biblia nunca se ha restringido a hablar de “Jesús” solamente. En el Antiguo Testamento habló *primero* del “Cristo” (el Mesías). Pero el hecho de que este *Cristo prometido* aparecería más tarde bajo el nombre de “Jesús” aún no era algo conocido. Sin embargo, desde que vino, la Biblia, objetivamente hablando, siempre habla acerca de *Jesucristo*. Antes que “Jesús”, viniera a este mundo como una persona histórica, fue anunciado como *el Cristo*. Es decir, Dios describió Su *obra* (oficial) en su quintaesencia *antes* de dar incluso la descripción más vaga de Su *aparición histórica* bajo un nombre humano, con una forma humana y en una situación cultural particular. Considere únicamente el protoevangelio en el paraíso. Y luego, después de muchos siglos, durante los cuales Dios, por medio de los profetas, había hablado del Cristo que venía (el Mesías) y dado información por adelantado acerca de Su oficio y obra, este Mesías vino al mundo y fue registrado como el hijo de José y María y fue llamado “Jesús,” entonces todos tuvieron que aprender a considerar a este Jesús como el *Cristo* plenamente autorizado a menos que Jesús continuara siendo un enigma para él, con una supuesta apelación a su propia autoridad pretendida para interpretar.

Una *supuesta* apelación, hemos dicho, pues el Jesús real está terriblemente molesto con aquellos que se rehúsan a aceptar la clave para la interpretación de Su persona y obra como proveniente de la mano de Dios, como el Maestro y Profeta ungido por Dios. Luego se acerca a tal generación—generalmente es una mayoría—con visitación o con castigo. Ambas cosas caen sobre Sus indispuestos oyentes-intérpretes tan frecuentemente como Él en los evangelios, primero que todo a Sus primeros “contemporáneos” pero luego también a nosotros (quienes somos igualmente los contemporáneos del Cristo viviente, Quien nos gobierna desde el cielo), habla en parábolas. Incluyendo con respecto al tema de servir a Dios en la vida cultural, Él habla repetidamente en parábolas a Sus entonces y aún ahora “contemporáneos”⁴ (a través de la Biblia) y revela el significado de estas parábolas,

4 En ambos casos tenemos que aplicar comillas. Pues aquellos que junto a Él respiraron el aire de Palestina, estuvieron realmente con Él aquí en la tierra al mismo tiempo, pero Su posición con respecto al tiempo y en el tiempo no obstante difirió del de ellos. Y aunque hoy no le vemos viviendo entre nosotros, no obstante somos, en lo que concierne al tiempo, Sus “contemporáneos;” pues Él interviene en nuestra existencia temporal como el Kurios que vivió delante de nosotros, quien vive para nosotros, y quien se compadece de nosotros, como Dios y hombre en una persona [nota de Schilder].

también en su sentido cultural y teológico, solamente a aquellos que posteriormente le preguntan acerca de esto en fe (hoy, a través de Su Palabra).

¿De qué beneficio sería Jesús para nosotros si nada más siguiera, si no le fuese añadido un segundo⁵ nombre, ningún nombre oficial segundo, a este primero? ¿Es decir, el nombre “Cristo”? Los evangelios no proveen una “biografía” de Jesús. Tampoco “bosquejan” su propia imagen de Él. Ellos ya nos dicen que en nuestro pensamiento no hemos de ir más allá de lo que está *escrito* (con respecto a Cristo), (en el Antiguo Testamento) [1 Corintios 4:6]. No presumen de dar un resumen *científico-sistemático* de la “obra de Su vida” a partir de un punto de vista formal y metodológico, ni siquiera desde algún punto de vista cultural. Cualquier *tratamiento* sistemático con respecto a las obras, enseñanza, labor profética, edificación u obras de derribo llevadas a cabo por Jesús es algo que está totalmente ausente de las Escrituras.

El Evangelio no es ni una biografía ni una novela. Tampoco describe un fenómeno cultural de acuerdo a métodos filosófico-culturales o histórico-culturales, como si escribiera historia de la iglesia según el método de la ciencia de la historiografía. El evangelio ni siquiera es una exposición sistemática la historia de la *salvación*. Por lo tanto, todo esfuerzo por aprender solamente de una así llamada “Vida de Jesús,” como si ése hubiese sido Su propósito en el sentido de conocer un aspecto particular de la vida humana, está condenado al fracaso. Pues no tenemos ninguna “Vida de Jesús.” Cualquiera que conscientemente quiera escribirla se sometería a tremendas presiones en el relato y no le haría a Él ninguna justicia. Uno no puede, ni debiera, separar jamás los evangelios—que nos describen el curso que Jesucristo siguió a través de la vida humana para cumplir el consejo de Dios y en concordancia con la voluntad revelada de Dios para auto-preservación en la redención evangélica—desde la profecía del Antiguo Testamento; no de la historia de la salvación y la revelación, de las cuales provino hasta ubicarse en primer plano totalmente de acuerdo al plan—así como esta misma historia es de Él y está determinada por Él; no de las epístolas de Pablo y de los otros autores de las epístolas del Nuevo Testamento;

5 Se considera generalmente que “Jesús” se refiere a Su nombre personal, y que el nombre “Cristo” se refiere a Su oficio. Por supuesto que hay muchos elementos de verdad en esta distinción. Sin embargo, en Su caso, el nombre Joshua (Jesús) es un nombre intencionado, explícito y pleromático, y por lo tanto, sólo para este caso, se interpreta exclusivamente sobre la base de la frase “Él salvará a Su pueblo” (Mateo 1). Por consiguiente, Joshua (Jesús) es el primer nombre del oficio, con relación a la *substancia* de Su oficio y comisión. El segundo (Cristo), con respecto a la *legitimidad*, la *función* y el *análisis* concretos de esta comisión y Su *carácter apto* para ella [nota de Schilder].

ni siquiera del Libro del Apocalipsis, con el que la Biblia completa su ciclo. Este Apocalipsis (Revelación), contiene también una descripción de la historia, no sólo con respecto al futuro, sino también con respecto al pasado (e.g., Apocalipsis 12), y con respecto a lo que era contemporáneo a Juan, su autor (e.g., con respecto a la adoración del emperador de Roma como un aspecto anti-cristiano, capítulos 13 y 18). Además, este último libro de la Biblia nos permite escuchar la verdad revelada con respecto al trasfondo y los elementos y tendencias constituyentes de toda la historia, incluida la historia cultural; e.g., que hay un *impulso* satánico detrás de la bestia anti-cristiana (Apocalipsis 12), y que toda batalla, incluida la batalla cultural, es fundamentalmente la batalla entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente; es la *antigua* serpiente que en cualquier fase cultural *nueva* persigue a la *antigua* iglesia como mujer y a Su simiente única y trata de aniquilarles.

Para resumirlo todo, nadie es capaz de caracterizar la obra de “Jesús” de una manera fiel en tanto que no se le haya hecho claro a partir de la totalidad de la Escritura lo que Jesús vino a realizar *como el Cristo* y lo que Él, por lo tanto, como el portador del oficio dado por Dios por excelencia, tiene que hacer *en*, y *para*, y también *con* el cosmos. La predicación bíblica de “Cristo” debe, en términos de su contenido, determinar *ya* absolutamente la *manera* por la cual uno ha de hablar de las historias bíblicas concernientes a “Jesús.”

8. Las Muchas Imágenes de “Jesús”

En realidad esto no es tan extraño. Nadie jamás puede llegar a ser grande en este mundo sin tener que ser explicado y entendido parcialmente sobre la base del tiempo en el cual vivió, pero también parcialmente con referencia a su propia personalidad, aquella con el que el Padre de los espíritus le ha dotado, individual y exclusivamente. Sin embargo, en lo que concierne a Jesús, es realmente diferente en otra manera. Como ya hemos señalado, en Sus obras Él jamás es entendido *de manera aislada* al tiempo que pasó aquí en la tierra entre los hombres, pero *también*, y esto también es definitivo, jamás sobre la *base* de ese tiempo. Uno lo conoce a Él *con*, pero nunca *con base en*, Sus tiempos. Pues Él domina, dirige y gobierna *todas* las edades. Para Él la “plenitud” del tiempo no significa una “oportunidad de suerte,” ni una matriz casual sobre la cual Él, “descubriendo” el campo, podría plantar lo que deseara; pero era *Su* tiempo, el “*kairos*”—*tomado* por Él, creado por causa Suya—en el “*cronos*,” extendido según el plan de Dios. Tampoco puede Él ser explicado *sobre la base* de la historia cultural de “las naciones” ni *sobre la base* de la historia de la salvación de Israel, pues Él es el fundamento, el Obrero y la “primicia,” el comienzo, el principio, la meta—y luego otra vez el comienzo—y también el nuevo punto de partida de estas “historias” (que son, en el fondo, uno y el mismo, y del mismo campo). El estudio del Helenismo no puede explicarle, aún

cuando puede ser esencial para la interpretación distintiva de Sus palabras y obras (y viceversa). Tampoco el conocimiento del Judaísmo le “explica,” aunque—si bien produce buenos resultados—le saca punta al lápiz de todos los intérpretes. Este “Testigo fiel” que habla continuamente no es ninguna esfinge. Oh no, Él jamás lo es. Pero un “*concepto* de Jesús,” formado con variaciones innumerables por gente que no le conoce como el Cristo, y una *imagen* de “Jesús” designada de manera arbitraria—*esto* es lo que irrita una y otra vez y sus diseñadores y adoradores con la sonrisa quieta o burlona de una esfinge. Una vez más, esto último se coloca cerca de las grandes rutas de las caravanas de la humanidad. Sin embargo, ¿quién decide cuál es la ruta más importante y central de entre todas si no se le permite a la Biblia decidir? Se puede ver que esta esfinge permanece en medio del tiempo. ¿Pero quién le pondrá fin a las discusiones—suscitadas una vez más en este siglo—acerca de la verdadera naturaleza de “*die Mitte der Zeit*”? Muchos siglos pasan ante esta esfinge, cuyo ojo no ha visto ni oído escuchado desde el principio de nuestra era, pero sus contornos se dejan entrever una y otra vez en muchos corazones, pero está silenciosa, completamente callada—a menos que “*Cristo*” haya sido encontrado en “*Jesús*” a lo largo de todas las Escrituras. Pues Jesucristo habló y *todavía habla*. Él está “presente” con Su divinidad, majestad, gracia y Espíritu, hablando en Su Palabra. Hasta que el momento que uno comience a escucharle, lo único que uno puede componer es ficción con respecto a esta esfinge pero *no profecía* concerniente a ella. Jesús debe ser colocado en Su *propia* luz. Pero *en* esta presentación y explicación de Sí mismo en Su propia luz, Jesús ya está haciendo la *obra* de *Cristo*. Es precisamente en esta obra que Él es el Cristo, el Profeta, Sacerdote y Rey de Dios. La luz que en verdad brilla en Jesús, brilla en Él debido a que es el Cristo, el Siervo del Señor. Él no permite que “Jesús” sea abstraído del “Cristo”—no en el campo académico, porque tampoco se puede “en la vida.”

¿Queda todavía alguna razón para asombrarnos debido a que la gente está tremendamente dividida con respecto al asunto de la importancia de “Jesús” para la vida cultural? ¿Y que al problema de “Jesús y la cultura” se le dan casi tantas “soluciones” como la cantidad de mentes que se apilan en torno a este problema?

No, no puede ser de otra manera. Y en la inevitabilidad de este fenómeno opresivo se revela Su grandeza y se ejecuta Su juicio. Pues allí encontramos una prueba negativa de la horrible seriedad que es evidente en las sanciones de Su mandamiento positivo de que jamás hemos de “verle” como “Jesús” sino que siempre debemos “escucharle” de forma completa como “Jesucristo.” Pues de otra forma estas “sanciones” se tornan activas. La historia de los “pasajes de Jesús” en obras histórico-culturales es tan confusa que nos hacen pensar en un juicio histórico-cultural: “porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden” (Mateo 13:13). Pues la prepotencia al

construir una “imagen de Jesús” recibe su propia recompensa: tiene que compartir el campo con una multiplicidad de las visiones más individualistas.

Ya hemos señalado algunas de las cosechas fallidas producidas por este nocivo terreno. Pero considerando que es de “Jesús” que uno desea hablar, la cosecha se torna aún más impertinente y deprimente. El marxista ve a “Jesús” en la historia cultural como el gran revolucionario. Ernst Haeckel proclama sus oráculos sobre Jesús como aquel que desprecia la cultura. Constantino el Grande vio en Él el más exitoso propagandista de una guerra cristiana por la cultura. Oswald Spengler lo coloca—¡a Jesús!—entre las pseudomorfosis históricas de la cultura árabe. Hegel asoció a “Jesús” una especie de panteísmo cultural—esto lo hizo *él*, quien por cierto fue lo suficientemente sabio como para recordar que en este asunto nadie puede aislarse de los motivos trinitarios de la “representación” cristiana de los comienzos. Muchas personas, para quienes el sol se puso solamente en Estocolmo o en Lambeth, donde uno quisiera formular la “tercera confesión”—¿dónde está ahora?—vieron en “Jesús” al gran formulador de “mensajes” directos al mundo cultural sobre las así llamadas cuestiones tópicos culturales, aunque se debe decir que el carácter directo de sus “mensajes” se pueden obtener solamente a costo de una vaguedad fundamental.

Otros delegados convencionales se presentan como apóstoles inspirados o como mahatmas inspiradores y también le proveen a “Jesús” un lugar humilde entre los “sabios” que han dejado tras sí una cantidad suficiente de dichos enigmáticos para proveer una conexión duradera entre el “Este” y el “Oeste.” De esa manera el “Maestro” tradicional de Occidente es transformado en este encuentro en un “Patriarca” de Oriente igualmente tradicional. El mundo Occidental siempre ha puesto a sus “Maestros” a *hablar* mucho, mientras que el Este prefiere escuchar (!) a sus “patriarcas” *guardar silencio*. Los primeros expresan su aprendizaje conceptual en sus muchas líneas de escritura, mientras que los segundos nos hacen conjeturar en sus pensamientos estrictamente paradójicos entre sus pocas líneas, burlándose de cualquier “claridad” conceptual, lo cual es únicamente una falta de claridad. De esta manera “Jesús” llega a convertirse en un factor cultural, no tanto por lo que los teólogos le han escuchado a Él decir, sino debido al hecho que los teosofistas le escucharon guardar silencio: la “esfinge” no es aquí un accidente sino la única figura apropiada.

Y apenas estas personas se han reunido en alguna conferencia, dejando tras sí un “mensaje” que incluye una referencia a Jesús, ved lo que pasa: ascéticos, místicos, sectarios de otra clase ven a “Jesús” como alguien totalmente indiferente a la cultura. Él sólo habla de Dios, dicen ellos, y al alma, y al “corazón;” pero con respecto a la

turbulencia del gran mundo, en su opinión, Él no quiere proferir una sola palabra aparte de aquella de separación permanente: ¡Salid de Babilonia, sepárense!

Los teólogos que pertenecen a la escuela de la *Religionsgeschichte* moderna ponen a “Jesús” en fila con Mahoma, Zarathustra y otros “fundadores de religiones” y no quieren escuchar de una distinción de hecho entre la religión verdadera y la falsa (pseudo-); en el mejor de los casos considerarán una distinción entre grados de capacidad adivinatoria. Y muchas sectas milenialistas, que a lo largo de los siglos han tomado bocados no sólo de la jerarquía escolástica sino también del Cristianismo viviente y propulsor de la reforma, consideran a “Jesús,” hablando estrictamente, como el lúgubre profeta de su propio egotismo y separatismo cultural; de manera abrupta, se atreven a establecer una comunidad privada que, en una vida retirada de la succión del mundo, busca la frontera que separe de una vez por todas a la iglesia del mundo.

9. “Jesús” Sin “Cristo” Equivale a Bastante Poco

La “iglesia” en sí es culpable también en esto. Aún ella a menudo dejó de ver al “Cristo” de Dios en “Jesús” y en todo lo que Él hizo y no hizo. Es culpable en tanto que les permitió a los teólogos sacar los cuatro evangelios de toda la lista de los libros de la Biblia y de abandonar la totalidad de las enseñanzas bíblicas si tan sólo podían extraer de la información de los evangelios una imagen “objetiva” de “Jesús.” En tanto que uno restringe su atención a “Jesús,” puede, quizá en el mejor de los casos, ser capaz de decir lo que “Jesús” no ha hecho con respecto al asunto cultural; sin embargo, no llegará a una respuesta positiva. Pues para poder dar una respuesta *positiva* debemos, aparte del nombre “Jesús” (Su primer nombre de oficio), tomar en cuenta el nombre “Cristo” (segundo nombre de oficio). Aquellos que consideran únicamente al “Jesús” de la historiografía, desechando la profecía que nos llega en el nombre “Cristo,” no consiguen más que “papas pequeñas”: una interpretación modelo de fragmentos de texto, un paralelo, una comparación, una parábola. Tales nimiedades a veces despiertan sentimientos de lástima, cuando con la ayuda de algunos pequeños detalles de la historia del evangelio extrae ciertas contribuciones a una doctrina concerniente a “Jesús como teórico cultural.” El oro, el incienso y la mirra de la historia de la Navidad tienen a veces que servir como prueba de que a Él, de hecho, le gustan la riqueza y la abundancia. A menudo somos referidos al hecho de que Él permitió ser servido con el dinero de algunas personas ricas, e.g., la esposa de Chuza, el administrador de Herodes, como un detalle cuya intención es enseñarnos que Cristo instruye a “la iglesia” a hacer una *norma*, si es posible, de lo que una vez fue una medida de *emergencia* para Israel y una sanción *aislada* de represalia autorizada por un decreto especial: saquear a “los egipcios.” El costoso ungüento con el que permitió ser ungido en presencia de Simón, su anfitrión en

aquel momento, su entrada a la casa de escribas ricos para comer con ellos, incluso la prenda que fue apostada por los soldados al pie de la cruz en el Calvario y que era “*sin costura*, hecha de una sola pieza,” todas esas cosas sirven como ilustraciones en lecciones objetivas sobre problemas tales como “Jesús y el buen gusto,” “Jesús y los ricos,” “Jesús y la cultura.” Nos abstendremos de mencionar más.

¿Pero no percibe uno cuán insignificante es todo esto? El oro, la mirra y el incienso no se mencionan otra vez en los Evangelios. El dinero quizá se gastó en un viaje, el viaje a Egipto. El Rabí de Nazaret no acumulaba el dinero que aceptaba; era gastado en el ministerio del Predicador del Evangelio del Reino de Dios. El costoso unguento fue aceptado, no para enseñarles a los discípulos algo sobre la riqueza y el uso de la misma, sino para que Simón se sometiera a una predicación que lo ponía en vergüenza, o para enseñarles a Sus discípulos—era un momento crucial—con respecto a Su muerte inminente. En el último caso este unguento fue en realidad añadido a la provisión de ingredientes funerales.

¿Qué puede uno hacer con este tipo de “información” si, de hecho, *uno no sabe más* que esto? ¿Es quizá una imagen *cultural*: ‘Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza’ [Mateo 8:20]? ¿Es realmente un dato técnico-cultural lo siguiente: “Y si alguno no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies [Mateo 10:14]”?

Y si uno no desea escuchar ninguna pregunta sino solamente afirmaciones, bueno, aquí están. Él apartó unos socios de un floreciente negocio pesquero, Santiago y Juan. Él hizo, no, no algunos tipos culturales ocultos, sino pescadores que lo eran abiertamente, provenientes de Galilea, ni más ni menos, que lo siguieran a Él, el Nazareno. Uno de ellos habla su propio dialecto cuando se escurre tímidamente al salón de la corte donde se está llevando a cabo el juicio más grande del mundo. Él sana leprosos, aunque esporádicamente; sin embargo, no establece leprosarios. Él abre los ojos de los cielos—una vez más, esporádicamente—pero deja a otros en su ceguera; de cualquier forma Él no funda una organización para el cuidado de los ciegos. En una ocasión usó lodo para un milagro así. Aunque se le ofrece una corona real, Él no la acepta. Hace Su entrada a la capital mientras va sentado en un pollino de asna. Trata cuidadosamente a los sirvientes, y cuando uno de Sus discípulos hiere en la oreja a un cierto esclavo llamado Malco. Él sana al hombre; pero es en vano que uno busque el comienzo de una Asociación por la Abolición de la Esclavitud. Él mira profundamente a los ojos de aquellos que han sido poseídos por los demonios y los conduce a la luz; sin embargo, nunca construyó una clínica y no hizo ningún preparativo para eso—al menos, no en algún sentido directo. Y luego, los autores que llamó publican libros, evangelios, que muestran una total

carencia de estilo artístico alguno y que están escritos en el lenguaje común de la gente. Una vez más preguntamos: ¿Logra uno algún progreso tratando de definir y resolver el problema con la ayuda de este tipo de detalles? ¿Puede uno de esta manera siquiera contribuir a su solución?

10. En Realidad, “Jesús” Ignoró la Cultura

Quizá alguno sea de la opinión de que somos completamente justos, y ciertamente que no somos serios, al presentar la colección anterior de curiosidades tomadas de este insignificante mercado minorista. En lugar de estos detalles, ¿preferiría ver la vida de Jesús en un bosquejo más bien amplio?

Bien, esto se puede arreglar. Pero el resultado será el mismo, incluso entonces.

Vamos a mencionar sólo algunos puntos.

Cuando el Rabí de Nazaret estuvo aquí en la tierra, el Judaísmo—tan sólo para mencionar una cosa—no tenía casi ninguna trascendencia en lo absoluto en lo que concernía a las artes plásticas. El trasfondo de este fenómeno frecuentemente observado no podría haber sido totalmente digno de elogio en Su opinión. Pues más de una vez es obvio que fue un vidente y un profeta. El vidente conoce lo que hay en el hombre, y el profeta relaciona una y otra vez aquello que ve en el hombre con las normas dadas en las Escrituras. Por lo tanto, Su aguda visión y Su perspicacia profética le pusieron de manifiesto—más de lo que sería posible con nosotros—que esta deficiencia era—en cualquier medida, que también fue—el resultado de una interpretación errónea del segundo mandamiento que el Padre de Jesucristo le había dado en la Ley de los Diez Mandamientos a Su pueblo Israel y a todas las naciones. Estaríamos totalmente equivocados si aplicáramos la queja y acusación de Cristo de que los líderes judíos habían hecho nulo y vano el mandamiento de Dios por sus ordenanzas humanas *solamente* por aquellas pocas máximas éticas respecto a las cuales el lector promedio de una revista eclesiástica le solicita una clarificación al editor de una columna de preguntas: ¿Se nos permite comer embutidos con carne, montar nuestras bicicletas en domingo, casarnos con nuestra prima? Y muchas cosas como esas. La improductividad que con respecto a las artes plásticas caracterizó a los judíos de casi todas las naciones civilizadas de aquellos días y aún después, *debió*, en tanto estaba involucrada una mala interpretación del segundo mandamiento, haberle parecido una brecha para el verdadero intérprete de la Ley, lleno del Espíritu Santo, y como tal *debió* haber sido una herida para Él.

Uno puede expresar esta opinión sin emitir un juicio anticipado a la pregunta de si las artes plásticas están incluidas por Cristo entre las asignaciones concretas que

Él les da a Sus soldados en su peregrinaje de los “últimos días.” Pero suponga que Él, con respecto a las artes plásticas, no quiere darle a Su pueblo un mandamiento incondicional; aún así, no puede jamás tomar bajo Su protección una especie de ética negativa y ascética en tanto que se origine en una interpretación errónea de la Ley de Dios y que tiene como propósito ser un documento que agrade a Dios pero que avala esta interpretación errónea. Esto es lo más probable porque el tabernáculo, lo mismo que el templo, hicieron uso de los servicios de hombres que eran competentes en las artes plásticas, incluso por designación divina (piense en Bezaleel y Aholiab, quienes recibieron un lugar prominente en el concepto de la gracia común del Dr. Abraham Kuypers).

Sin embargo, “Jesús” no ha dado ninguna instrucción directa con respecto, digamos, a la *teoría del arte*, lo cual, en cualquiera que sea la manera en que uno quiera responder la pregunta que antes planteada, en todo caso hubiese sido adecuada *allí*. Cuando uno piensa en el *hombre* Jesús como el principal profeta y maestro, para el artista lo mismo que para cualquiera, en Él quien vivió siempre en la presencia de Dios sin pecado, entonces Su “actitud” en este sentido será más “desalentadora,” al menos para aquellos a quienes les gustaría escuchar de boca de “Jesús” un sistema más o menos desarrollado de ética o estética cultural. Incluso las introducciones (elaboradas) están ausentes en “Sus” enseñanzas. Él no *dio* ninguna instrucción “propia”: no era un conferencista sino un Profeta. ¿Cuán a menudo dijo: “Está escrito”? Al hablar de esta manera, no toma Su lugar detrás de un atril para enseñar un sistema que lleva *Su* propio nombre, sino que toma Su lugar entre *todos* los profetas; y aún cuando se muestra como *más* que éstos, como su “cumplimiento,” nunca puede ser separado de ellos. Esto es lo más “desalentador;” este “Jesús” considera un honor que no se espere de Él ninguna conferencia-norma que sea “suya.” Él vino, como Él dice, no a destruir la “Ley” dada (*torah*) sino a cumplirla. “Cumplir” no es lo mismo que “destruir” (por medio de un sistema “propio”), ni es lo mismo que “complementar.”

Mencionamos antes la ausencia de una teoría *positiva* y directa de la cultura plenamente desarrollada. Sin embargo, ¿quizá “Jesús” presenta una especie de *polémica* o *apologética* con respecto a la teoría cultural? ¿O principios estilísticos? ¿O fragmentos de los mismos? ¿O aforismos?

Uno podría muy fácilmente alentar la noción de que hubo, después de todo, algunas *razones* para tal cosa durante el período que Él pasó aquí abajo entre los hombres. Tenemos aquí en mente la creciente helenización de la vida de Israel en aquellos días. También las artes fueron grandemente influenciadas por el Helenismo. Por ejemplo, la música. Así como el lenguaje hebreo se guardó de forma obstinada durante las actividades culturales “sagradas” mientras los griegos se hacían sentir

en los asuntos de la *cultura*, así la música judía continuó fuertemente vinculada para el uso litúrgico en el templo del culto, pero afuera, la música “libre” helenista batallaba con el estilo israelita en busca de la predominancia en el uso cultural profano. La arquitectura mostraba la influencia de muchas fases culturales, pero en particular de la helénica, y cada vez más carecía de un carácter propio. Los juegos públicos, la maquinaria gubernamental, el servicio militar, en alguna medida la moda, todas se estructuraban más o menos según los modelos foráneos. Esto, una vez más, debió haber herido desde todos los flancos la mente del hombre Jesús, un hombre moldeado con precisión por los cinceles de la Ley de Dios. La falta de estilo y en particular la *pérdida* de estilo debió haberle herido, a Él que como hombre sucede que es la composición *segunda* y *suprema* de Dios: una composición sin defecto. Esto debió haberle impactado siempre. Para Él como lector de la Biblia, de día y de noche un Profeta auto-consciente (no sólo “sintiéndolo”), la nivelación, la internacionalización, la desnaturalización interesada y cuasi-ecuménica de la vida cultura de Su pueblo—una desnaturalización que de hecho se prostituía ante todos los “gentiles”—debió haber sido para Él una razón apremiante que producía ansiedad.

¿No era esto, en parte, una de las consecuencias de la dispersión de los hijos de Abraham entre las naciones? ¿Y esta dispersión no había sido llamada el *juicio* de Dios? Mostraba los vestigios, los rastros o remanentes, del dominio de los poderes extranjeros que habían impuesto su dominio de manera sucesiva sobre el pueblo de “Jesús.” En esta dispersión Él miró los resultados del pecado de Israel; y *sólo en segundo lugar* miró en ella una preparación para Su propia misión. La dependencia de Israel en otras naciones era para él un asunto de castigo. En ello Él distinguía el pecado, la pérdida, la debilidad, la mundanalidad. ¿Y no es el pecado el castigo más severo del pecado? Esta es la manera como ya el profeta Sofonías había visto las cosas. Pues también este profeta había lanzado un ataque fulminante contra los desvaríos acerca e.g., de las modas extranjeras o contra la práctica de copiar costumbres extranjeras (“Asimismo castigaré en aquel día a todos los que saltan la puerta,” Sofonías 1:8, 9). Durante la reforma del Rey Josías este profeta se había unido a la batalla contra el pecado de los demagogos avariciosos y condenó “la manera asiria de actuar,” así como los calvinistas “inquebrantables” hasta el día de hoy entre nosotros, al menos en teoría, disciernen un malvado hedor en la moda de París, y el puritano está alerta contra cualquier posible infiltración de una “quinta columna” cultural. Pues la sociedad de sargentos exóticos en su instrucción no merece un nombre más amable. Un profeta despotrica contra las poblaciones de jóvenes las cuales hablan “la lengua de Asdod” [Nehemías 13:24]; el otro clama por los días cuando ya no habrá alfarería “canaanita” (¡qué contradicción!) en el templo de Yahvé. Las influencias filisteas son rotas por un reformador en el sur, las sirias por otro en el norte. La importación de religiones extranjeras, al menos

sus “formas” (como si estas pudieran separarse de sus contenidos) por causa de relaciones comerciales y contactos culturales, es algo que es llamado con toda claridad “prostitución” por un tercer profeta.

Todos los profetas saben bastante bien que Israel es primero que todo “iglesia” y sólo después es “nación.” Es una nación sólo porque es la iglesia. Y mirad, después de tantos siglos ahora está allí “Jesús,” en medio de Su pueblo mostrando que Él es el precursor-sucesor de Sofonías y de todos los reformadores, purgadores del templo y profetas, y a pesar de esto aún así él no produce para Sus “contemporáneos” un sistema detallado y actualizado de hodogética con respecto a las “modas” de sus opositores; así como tampoco ofrece de manera directa una conferencia sobre el estilo y las formas culturales. Pero Él predica, dirige, ora, sosteniendo Su Biblia en Su mano y a Sus pescadores con Su mano. Aún en el tema de los problemas matrimoniales Él se rehúsa a pronunciarse entre las dos teorías que les son presentadas con respecto al derecho al divorcio (la doctrina de Hillel contra la de Shammai, Mateo 19). Jamás miró a una mujer en el sentido que los hombres las ven hoy. ¿Qué es todo esto? ¿Es negativismo? ¿O ascetismo? ¿Es un asunto de renunciar a las riquezas de la vida que con toda seguridad se pueden considerar riquezas? ¿Es un anhelo por una clase de *dome des invalides*? Por favor, dejemos de hacer preguntas. Démonos cuenta más bien que con nuestras preguntas sin respuestas somos enviados de la columna al poste en tanto que la plena luz bíblica con respecto al *Cristo* no haya amanecido sobre los hechos de *Jesús*.

11. La Solución se Ofrece en “Jesús” y “Cristo”

Por lo tanto, el problema no es otro que “*Jesucristo* y la cultura.”

Pues en esta *interconexión* de los dos nombres se nos ha dado la llave a su solución. Jesús: la *esencia* de Su oficio (para salvar de manera *pleromática*). El Cristo: la *legitimidad* de Su oficio (Él ha sido “ordenado” de Dios de manera definitiva) y también la *garantía* de Su oficio (Él fue ungido “con el Espíritu,” no con algún ungüento solamente; y por consiguiente: Él siempre realiza lo que definitivamente *quiere* realizar en un sentido *pleromático*). Esos dos nombres que han sido combinados de esta manera tan sólo una vez, de forma exclusiva, en esta única Persona con dos naturalezas distintas, crean estilo en lo que parece carecer de estilo, y un acorde a partir de los tonos aislados. Ahora que a la luz de las Escrituras hemos visto estos dos nombres combinados en *Él*, tenemos en nuestras manos el hilo rector y somos capaces de *leer* la música de “la vida de Jesús”: Ein wohltemperiertes Klavier. Más bien, no “uno” sino “el” Clavicordio Bien Afinado.

Por ahora, el *oficio* de este Hombre de Dios requiere nuestra atención.

Y desde el cumplimiento del *oficio* que Él ostenta cuando está despierto y cuando está dormido, al salir y al sentarse, al hablar y al guardar silencio, nos llega la predicación del consejo de Dios con respecto a *Jesucristo*.

De modo que esto concierne al primer término de nuestro problema. Además, a partir del cumplimiento del mismo *oficio* también obtenemos una visión clara del *segundo* término de nuestro problema: la vida *cultural*, la tarea cultural, el concepto de cultura.

12. El Oficio, la Clave para Entenderlo a Él

En todo lo dicho anteriormente hemos enfatizado, una y otra vez, el hecho de que Jesucristo no puede ser conocido aparte de las Escrituras—las cuales, por cierto, Él mismo cita con el propósito de probar Su identidad. *Tuvimos* que haber puesto nuestro dedo en este detalle porque de otra forma no llegaríamos a dónde debiésemos llegar. Ha habido cientos de “Jesús” (Joshuas). Aún están allí, en los guetos y en los mercados. Hablando estrictamente, también han habido millones de “cristos” (ungidos) y aún están allí, en las catacumbas y afortunadamente también en las plazas de las ciudades. Sin embargo, en tanto que hijo de María y José (como se suponía), el hecho de que Él, de manera *verdadera* y *exhaustiva*, merecía el contenido del nombre Jesús (Joshua), y que en Él la designación divina sería *definitiva*, la habilitación *suficiente*, y que *fue* así, y que *aún* lo es hoy—esto no lo sabemos a partir del sonido de los nombres, y tampoco deducimos esto de Su *parousía*, Su aparición, sino que lo *escuchamos* de las Escrituras.

Y ahora que sabemos todo esto, vemos que, aunque las Escrituras jamás separan de la gente el *oficio* del Cristo, y en ese sentido jamás lo aíslan o lo abstraen de la gente, sin embargo Su unción totalmente *única* y exhaustiva, definitiva y pleromática, y esto asociado con Su Persona enteramente única (constituida de dos naturalezas distintas), le constituyeron como el segundo Adán y como un Mediador totalmente diferente a cualquiera en toda Su obra. Su obra, puesto que fue y es la obra que pertenece a Su OFICIO, nos está buscando a todos. Pero debido a que fue y es Su obra, siempre le define en Su servicio totalmente único para con Dios. Uno no puede copiarle a Él sin juzgarle mal. Hay miles de soldados, pero sólo existe un generalísimo. Cualquiera que desee ver *imitado* a este generalísimo, paraliza a todo el ejército. El generalísimo está íntimamente conectado con todos ellos, y él decide cuál será la regulación uniforme para todos, pero él mismo es “sin regulación.” Sin embargo, la *ley* del país ha sido escrita en su corazón. La *ley* y lo *uniforme* son dos cosas diferentes.

Retomemos nuevamente el hilo de nuestro argumento. *No casarse* fue un

mandamiento *sólo* para Él. Su oficio era sufrir y morir. Su oficio consistió en una batalla con Dios y Satanás en el punto crucial de las edades. Su oficio fue: ser el segundo Adán; es decir, establecer una comunidad de hombres. Esta vez no de una sola sangre, como un alma viviente, sino de un Espíritu como un *pneuma* vivificante. Éste le comisiona para gobernar sobre una gran nación, no porque esta nación tenga en común la misma sangre fuertemente vencedora ni una batalla y un triunfo *comunes*, sino sobre la base judicial del *sacrificio* único de la sangre que fluyó *únicamente* de Su cuerpo quebrantado.

Este oficio le colocó entre los hombres, como Alguien que jamás estaría autorizado para aislarse pero que estaría completamente solo en el *idion* de Su “experiencia interna.” Pues “experiencia interna” significa: experimentar que la Palabra que Dios habló con respecto a nosotros termina siendo verdadera. Bueno, entonces, una Palabra muy peculiar fue dicha con respecto a Él, una Palabra relevante a Su situación única. Solamente soportando esta soledad podría Él alabar a Dios y hacer que fuese alabado por una “gran multitud.” Este oficio lo engulló totalmente, incluso corporalmente. Lo obligó de forma absoluta. Dominó tan completamente Su vida espiritual y corporal que toda Su carne y sangre se dedicó plenamente a aquella gran batalla que libraría según la ley, con potencia, ante el rostro de Dios (*enopion Theou: coram Deo*). ¿Quién no siente de manera inmediata que, en principio, se ha dicho *todo* respecto al estatus de Jesús como una Persona no casada? ¿Quién no siente que no habría sido capaz incluso de “sanar” el matrimonio, incluyendo el matrimonio como un aspecto cultural, si Él, como el Siervo del Señor, no hubiese tomado sobre Sí mismo Su yugo, sin la adopción o co-adopción de los “hijos que le fueron dados” de acuerdo a la ley de carne y sangre? “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo” (Hebreos 2:14). Pues Él no se avergüenza de llamarse a Sí mismo el *Hermano de todos nosotros*, ¿cierto? Este es Su oficio. Pero ciertamente se avergonzaría de llamarse a Sí mismo el *padre* (físico) de *algunos* de nosotros. Porque ese no es Su oficio. Su estado de no casado no es un patrón para nosotros, ni un humillante ideal “elevado” para el hombre que no tiene el carisma de la abstinencia. Su oficio es totalmente único.

Uno que haya visto este *oficio* sabrá realmente qué pensar acerca de todos aquellos detalles que hemos antes mencionado y calificado como enigmas. El oro de los magos del Oriente, por ejemplo, y sus regalos de incienso y mirra, tuvieron que servir solamente a la Gran Comisión. El costoso unguento, la prenda hecha de una sola pieza, la fina mesa en la casa de la gente prominente—todos tuvieron que servir como cumplimiento de Su *oficio*. Pues en verdad, Él no tenía un lugar dónde recostar Su cabeza, pero esto no era ninguna prueba de un desprecio de la cultura, y tampoco era una protesta silenciosa contra el hecho de morar en casas abovedadas “como tales,” pues los profetas no maldijeron a aquellos que vivían en

casas así sino solamente el pecado de aquellos que vivían en ellas y que al mismo tiempo desatendían el *templo*. No, fue una pena necesaria en Su batalla por *darnos* una cultura real, entre otras cosas: en esta batalla Su Dios jamás le dejó ir “sin autorización.” Él seleccionó a Sus pescadores, a los malos y a los más rectos, no como si, hablando sociológicamente, solamente los pobres y aquellos sin pretensiones en el mundo de la cultura pudieran agradecerle (además, aquellos galileos no eran tan “pobres”), sino porque Él también tenía que trabajar entre la gente de Galilea: y además, no escogió *únicamente* pescadores, ni *exclusivamente* galileos. ¿Los tomó de entre los pobres? Uno dice que lo hizo, el otro recuerda de vez en cuando que algunos de ellos dejaron atrás un negocio: no eran, en este caso, pobres diablos que retorcían los ojos llenos de envidia frente a los ornamentos de oro de la gran dama de Jerusalén, sino héroes determinados que habían abandonado la “mira de oro” de sus negocios: la profecía con respecto al Mesías había hecho que sus corazones ardieran dentro de ellos. Cristo escogió a aquellas personas para el apostolado porque quería que predicaran que el oro puede adornar otra vez la mesa del prominente si esta silla ha sido edificada, no sobre el fundamento de aquello que lo hace a uno grande entre los hombres, sino de aquello que es justo delante de Dios.

De modo que, en esta selección de apóstoles, estaba en camino hacia aquel momento de revelación cuando derribaría a todos los filósofos culturales con aquella palabra magnífica y decisiva de revelación: “este *lino fino*”, de la ciudad más bella, “es las acciones *justas* de los *santos*” [Apocalipsis 19:8]. Ciertamente seguirá el establecimiento de leprosarios, si la *primera* y única *ley* y el concepto del *oficio* que prohíben la eutanasia son reconocidas una vez más en concordancia con la ley escrita de Dios. Incluso la Ley de Moisés ya sabía todo acerca del servicio social—incluyendo el aislamiento de los leprosos. Sin embargo, Moisés consideraba esto un asunto de servicio *teocrático* en y para la iglesia, sobre territorio pactal. De allí que Cristo no *provea* leprosarios sino que los trae a ellos *de regreso*, aún cuando el territorio pactal ya no sea geográficamente el mismo como bajo Moisés, pero que se puede distinguir al presente en las *iglesias locales*. Él quiere tener una corona real, pero sólo cuando la corona de espinas la haya obtenido. Él transforma a Sus pescadores en predicadores y Sus predicadores en organizadores, por ejemplo, de un movimiento por la abolición de la esclavitud, pero primero se le debe decir al mundo que la esclavitud más dolorosa y humillante es la esclavitud del *pecado*, y la base de esta esclavitud esencial debe ser retirada de la vida del mundo por Su humillación hasta la muerte, convirtiéndose Él mismo en un esclavo (Filipenses 2). Por lo tanto, Él sabe, con la certeza y objetividad de un vidente, los tiempos y las horas de Su oficio, por cuya razón Él, e. g., *deja deliberadamente* a los enfermos en su enfermedad.

Aunque sanó a otros, inicialmente los pasa de largo, pero hace esto porque los deja

para ser sanados por el poder carismático de Sus *apóstoles*. Allí Él quiere mostrar que, tan pronto como estos apóstoles Suyos sanan a los enfermos *después* de Pentecostés, *Él mismo*, con Su Espíritu, ha *regresado* a este mundo en ellos, viviendo después que ha muerto.

Pero, ¿quién verá alguna vez en este hecho de *dejar* a los enfermos en su enfermedad (e. g., aquel sirviente a la puerta del templo llamada la Hermosa) a la luz de *esto*, si “Jesús” no ha llegado a ser para él *el Cristo*, el Cristo cuya “visión” aquí está acompañada de la profecía?

Él desea, con toda seguridad, ser entendido como el *Cristo de las Escrituras*, no para darnos un vislumbre de Su actitud positiva hacia los problemas que tocamos bajo la sección 10 anterior. Él hablará ya sea directa y fundamentalmente o no acerca de la arquitectura, las artes plásticas, la música, las modas, sobre la batalla entre la tendencia a la nivelación y el impulso a mantener el carácter *específico* de un pueblo. Sin embargo, Él hará esto solamente como el *Cristo*, como Aquel que, siendo el Logos eterno e increado, incluso antes del nacimiento de “Jesús,” dominaba la historia y la cultura de todas las naciones, y quien en la fiesta de Pentecostés inició Su cambio en el rumbo de su obra de “mil años” *desde* el Día de la Ascensión y Pentecostés *hasta* Su segunda venida. En este período final de la eterna Palabra de Dios, ahora encarnada, Él completará y perfeccionará Su obra como el Cristo. En todo. Incluso en aquello de los cuestionamientos y batallas con respecto a las “culturas” que fueron, o son o que vendrán. Incluso estableciendo una *cultura cristiana* en medio de este mundo.

13. El Oficio: También la Clave al Entendimiento de la Cultura

Además, también con respecto al segundo término de nuestro problema, es decir, para el desarrollo del concepto de “cultura” o “vida cultural” que está en plena armonía con la revelación de Dios, el concepto Escritural del *oficio* tiene un significado directo y fundamental. Sólo cuando tomamos en consideración y con fe el concepto de *oficio*, como fue comprendido tan bien especialmente por Juan Calvino, se le pondrá fin al tedioso juego mental en el que uno juega a la “religión” contra la “cultura,” y el otro, a la “cultura” contra la “religión.”

Aquí se nos comunica con prontitud la cadena de pensamiento.

Con respecto al “segundo” Adán, debemos regresar al *principio* de las cosas,

cuando el “primero” estuvo allí, el primero a quien Dios, quien proveyó revelación en la comunión de Su pacto, también dio a conocer los primeros *principios* del mismo. Pues el primer Adán—al menos para aquellos que no piensan de manera evolucionista—no era un niño, ni una persona ingenua y juguetona. Para usar el lenguaje de la Confesión de Fe Belga, ciertamente tuvo, junto con todas las demás criaturas, su *officium*, Su tarea como parte de la unidad creada de las obras de Dios. Sin embargo, para él—así como para los ángeles—el *officium* se convirtió en *oficio*. Había sido hecho por Dios con el objetivo de ser alguien que portara un oficio, no sólo como parte de la enorme maquinaria del mundo, sino también como el ingeniero designado por Dios, quien respondiera ante Él, responsable no en la primera sino en la segunda capacidad.

Esta designación de *adam* (hombre) a tal oficio de responsabilidad determina la totalidad de su curso de acción en todas sus relaciones. Incluso determina sus cualidades. Pues Dios le creó exactamente como Él quiso que fuese. Y Dios quería que fuese alguien que portara un oficio y que lo hiciera con propósito. Desde este punto de vista desaparece completamente el concepto del “ingenuo” hombre primitivo. El hombre recibe el título de “colaborador de Dios.”⁶ A él se le da Su propia obra en un amplio contexto cósmico, y esta obra, en el mundo original de la pureza paradisíaca, puede de manera inmediata y siempre, recibir el nombre de “liturgia”; es decir, servicio *en y hacia* el Reino. ¿Hacia cuál Reino? A aquel cuyo Dios es Rey; es decir, el Reino de los cielos, cuyos súbditos han sido distribuidos en dos secciones del cosmos: una sección “superior” y una sección “inferior.”

Si esta es la imagen del *primer* Adán, entonces el Cristo puede justamente llevar Su nombre del segundo *Adán* sólo si Él también—como hombre—se ubica y desea ser ubicado en el marco de estas categorías del oficio. Pues es precisamente como el segundo Adán que se revierte el Cristo como portador del oficio, a *mitad* de la historia, hacia su *comienzo* y a los *principios* entonces dados. Al cumplir Su oficio—que es fundamentalmente el mismo que el de todos los hombres—ante el rostro de Dios, asume sobre Sí mismo la gran tarea reformadora de *regresar al ABC*⁷ del orden de la vida y el mundo. Servir a Dios, en la vida concreta, obedecer a Dios en

⁶ No tiene sentido argumentar aquí respecto a la pregunta de si en todos los lugares de la Biblia en los que se usa la palabra griega para “colaborador” (de Dios) la exégesis apropiada llega a las mismas conclusiones antes mencionadas. Pues aquí no sólo un único “texto” sino muchos requieren nuestra atención. Además, la frase “colaborador de Dios” a recibido un cierto significado específico en la teología sistemática en parte a través de la batalla sinérgica [nota de Schilder].

⁷ También se puede expresar—incluso mejor—en el término griego *stoicheia* (Nuevo Testamento) [nota de Schilder].

cualquier función, cumplir la voluntad expresada de Dios con todo lo que hay en nosotros y hacerlo en medio *de y en* la relación y comunión orgánicas con todo lo que está a nuestro alrededor—*esto es el ABC*. Aquí se ha declarado en principio el problema de la *cultura*, y también su definición.

Enseguida regresaremos a este punto.

Pero cuando una vez más retomamos el hilo, siguiendo esta búsqueda provisional de un punto de reposo para nuestros pensamientos, entonces vemos a Cristo en Su *oficio* en medio de la historia mundial. Es de tal manera que se desarrolla el concepto de la “mitad de la historia” (Tillich et al.) en concordancia con las Escrituras. No es ninguna “categoría,” en el mismo nivel con el “concepto limitante” de un así llamado “comienzo” a-histórico o con aquel de un “*eschaton*” igualmente a-histórico—tomado una vez más como un “concepto limitante”—sino que es resultado de una genuina medida del tiempo y de la división del tiempo en períodos actuales. Ciertamente hay un *comienzo* histórico; fue allí que el hombre fue creado y cuando *cayó* en el pecado. También habrá un *fin*: cuando todos recibirán las cosas hechas “en su cuerpo” (por él en su existencia temporal aquí abajo). De modo que la “mitad” de la historia es el período en el que Cristo viene a quitarle la vergüenza a este fin, la condenación de ser determinada exclusivamente por la caída y la ruptura que sucedieron tan pronto después del principio.

14. La Vocación de Cristo al Restaurar la Cultura

Para hacer posible una vez más que el hombre cumpla este servicio original de Dios, y para llevarle de regreso a Él, tanto de manera legal como de hecho, Su mundo y Su comunidad que lleva a cabo Su obra, Cristo viene a hacer dos cosas.

En *primer* lugar, viene a reconciliar la ira de Dios. Él hace esto en perfecta alianza con Dios mismo, Quien es el sujeto de la *katallagê* (reconciliación): Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo [II Corintios 5:19]. “En Cristo,” Él fue el único Autor de esta *katallagê*. Pues la ira eternamente llameante de Dios contra el pecado no puede mantener sus postulados en armonía con aquellos de Su misericordia eternamente encendida a menos que en el tiempo (en la así llamada mitad de la historia) el *castigo* de Dios, lo mismo que su justicia *demandante*, sea satisfecho. La justicia retributiva requiere la condenación completa del culpable; la justicia demandante no obstante desea la entrega de una obediencia inviolable “en el cuerpo” (es decir, en el período de tiempo que abarca la vida de un hombre). Por lo tanto, el Cristo se yergue como garante con respecto a esta justicia doble. Y Él ciertamente paga la garantía. De esta manera, Él, *en el tiempo*, produce el veredicto judicial que era conocido y demandado por la ira de Dios lo mismo que por Su

amor: con el rescate de Su sangre Él compra el derecho a la renovación de lo que ahora es llamado la “nueva” humanidad de Dios. Ahora recibe el nombre de Su congregación cristiana redimida, quien por medio de Él y junto con Él es heredera de la vida eterna.

Sin embargo, dado que para Él y para toda la gente esta vida eterna—como la muerte eterna—comenzó o comenzará *ya aquí*, en este “mundo de la cultura,” Él hace una *segunda* cosa. Toda la vida y la muerte le han sido dadas a Él y ahora se hallan bajo Su administración, mientras que en su ser eterno continúan determinados por el pago judicial y constitutivo de Sí mismo a “mitad de la historia.” De modo que, Él administra la muerte eterna como la sentencia de condenación dada por Cristo a aquellos que se han alienado en su existencia histórica de Su veredicto judicial (“a lo cual fueron también destinados,” I Pedro 2:8). Por consiguiente, Él viene a hacer dos cosas, por medio de Su Santo Espíritu (Quien impulsa activamente “la mitad de la historia” hacia el “fin”). Por un lado, Él hará, en el mundo cultural, que las uvas de la tierra maduren para que sean apisonadas en la prensa de la administración de la ira de Dios. Por otro lado, Él viene, por medio del mismo Espíritu Santo, “en” Quien Él mismo “completa” los “mil años” de Su propio dominio de paz, para *equipar* a la comunidad que obra y a la comunidad de Dios que ostenta el oficio la cual Él mismo compró para la labor y servicio de Dios, con el objetivo de que todos sus miembros vivientes puedan entrar a la ciudad de la gloria perfecta.

De modo que es una batalla *judicial*.

Y por lo tanto, una batalla de *poder*.

La batalla *judicial* que Él peleó ante Dios y Satanás se decidió a la mitad del marco de tiempo del mundo, restaurando así sus fundamentos.

Y la batalla *dinámica*, que en principio Él ganó por la eternidad, produce la recién comprada comunidad de la obra de Dios, la *nueva humanidad*, que es, sin embargo, fundamentalmente “las antiguas” grandes fuerzas del derramamiento del Espíritu, fuerzas de santificación, de la conquista de la iglesia, de la maduración del mundo, del acto cultural.

Este doble cumplimiento de Su oficio hace transparente para nosotros la vida de Cristo como portador del oficio tanto aquí abajo como allá arriba y es de primordial importancia para el problema que se está considerando.

15. La Redención y la Restauración de la Cultura

Pues en la operación de este oficio, al cual ha sido llamado, y para el cual también es perfectamente capaz, este mundo corrupto experimenta una vez más el milagro de la aparición del hombre completo, bello, original, o si uno prefiere, “ideal.” En tanto que se encuentra en el estado de humillación, esta integridad y pureza puede verse solamente de forma oculta: la apariencia de una naturaleza humana pura y sin pecado que siempre responde a tiempo al habla de Dios en fidelidad a Su Ley. Aún así, todavía no ha obtenido su recompensa, lo cual le glorifica externamente también, otorgándole inmortalidad a Su naturaleza humana. La recompensa, que también le glorifica públicamente, le es dada en el estado de glorificación: Él ha llegado a ser un Rey en Su Belleza. El Salmo 110:3 se cumple por siempre en Él: y a más de un filósofo cultural le habría encantado *haber escrito esas* hermosas palabras, justo en el momento en que las haya entendido.

La totalidad del hombre [dado], ¿es Él un don [dado], un presente? Sí, lo es. Pues (a) Cristo *lo es* en sí, *en medio nuestro*: por lo cual puede decir: El Reino de Dios está “dentro de vosotros,” lo que es decir, en medio de vosotros. Este hombre intachable no le dio la espalda a los demás, ni siquiera por un momento. Y no sólo esto, sino que (b) por el tremendo poder del Espíritu que le había sido dado Él también crea a un hombre que en principio es completo una vez más, fruto de la regeneración creativa.

Crear esto tiene consecuencias.

a) Dado que los logros culturales están entre los mandatos del hombre, y dado que nadie puede *actuar* de tal manera que sus acciones no tengan algún significado cultural, Cristo, Aquel sin pecado, es el Único que de manera totalmente pura ha afectado y aún está afectando la vida cultural. Al menos, el único entre los hombres después de la Caída. ¿Quién puede comprender la plenitud de los pensamientos, incluyendo los pensamientos culturales, incluidos en el dogma de la iglesia que mira y predica a Cristo como el Hombre sin pecado? Él responde como Aquel sin pecado, en palabras y hechos, y lo hace de una manera que siempre va totalmente al punto en toda situación a la que el Espíritu le impulsa, para que pueda probar que es el segundo Adán, incluso en un mundo que, con respecto a la cultura, se halla sumamente alejado del mundo del primer Adán. ¿Qué es un acto cultural más directo que reaccionar a las situaciones y complicaciones culturales plena, pura y fundamentalmente, y de acuerdo a la norma original? Y en todo esto, Él no es tan sólo “un” hombre, sino el Hijo del Hombre. Lo cual es decir: Él es más que un punto brillante o un rayo de luz para un mundo que, incluyendo el aspecto de la cultura, se dirige al abismo; Él es el Sol de justicia, incluyendo el aspecto de la cultura.

“Sol” no solamente expresa una fuente de luz, sino también una fuente de energía. Como el Logos-Mediador-Garante Él es la hipostasis, el fundamento sólido, el terreno original, el que lleva las cosas a su realización, el redentor, el renovador de la cultura—una señal cultural que, por esa misma razón, recibirá oposición.

b) Y debido a que Él, como el Mesías, incluso antes de aparecer bajo el nombre de Jesús, lo mismo que después—es decir, justo a través de *todas las edades*—toma acción en virtud del *derecho*, que será obtenido o que ya ha sido obtenido a mitad de la historia por Su *poder* redentor, hace que la gente esté otra vez como si estuviesen “en el principio”: hombres de Dios. En medio de una “generación torcida y perversa” Él coloca los tipos de una humanidad que es pura en principio. Aún no son perfectos; sin embargo, están de regreso en principio. Están de regreso desde el mismo momento cuando Adán, en fe, se somete a la Palabra de promesa del primer Evangelio. Y continúan apareciendo, aumentan, llegan a ser “la gran multitud que ningún hombre podía contar,” la multitud de aquellos que en Cristo han sido santificados por el Espíritu. Su cantidad aumentará y permanecerá numerada de manera precisa hasta el último día.

En esta administración de Su propio oficio, y en la formación de aquellos que son ungidos junto con Él (los “cristianos”) se produce nada menos que una acción divina (una acción procedente del Padre, el Hijo y el Espíritu) por el Cristo de Dios para conquistar el mundo para Dios... “De Jehová es la tierra y su plenitud” (Salmo 24:1). Esta conquista es una re-conquista: la propiedad, al grado en que ha sido destinada desde la eternidad, es traída de regreso al Propietario en su relación apropiada. Cristo conecta los comienzos del mundo con el fin, la historia primera con la de los últimos días, las primeras cosas con la *eschata*, al alfa con la omega, el ABC de la Palabra legislativa y eficaz de Dios—la del principio—con el XYZ de Su Palabra evangélica, y nuevamente eficaz en el *fin* de los días. Pues el hablar legislativo de Dios en el comienzo del mundo—al Adán que no se había envilecido—fue un asunto de hablar *en y sobre* la base del *pacto*: un asunto de ordenar la relación mutua entre Dios y el hombre, en promesa y en demanda. Este pacto junto con sus ordenanzas tenía *entonces* que gobernar al mundo desde el principio hasta el *fin*. Y ahora, después de la ruptura del pacto por parte del primer Adán, el segundo Adán entra en el camino del pacto y lo restaura, ahora el fin vendrá en paz, pero, o será la *pax Christi* o no será ninguna en lo absoluto.

De esta manera Cristo trae a consumación todo lo que está en el mundo: aquello que es secular y lo que es eclesiástico, la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, el poder de los ángeles y la fuerza bruta de los demonios. El fue antes de nosotros, y luego junto con nosotros, de regreso a los orígenes de la creación de Dios: allí lee Él de las tablas de la Ley las normas operativas que Dios, en el

principio, había impuesto sobre el hombre de Dios. De igual manera leyó esta norma pura y operativa de la tabla de la Ley: que en la historia del mundo creado todo obrero creado por Dios tenía que seguirle la pista a todos los “talentos” que Dios le había distribuido a Sus colaboradores en la mañana de la creación, y aprender a usarlos de tal manera que finalmente, al hacer productivas las “posibilidades” puestas en la creación, luego de ser descubiertas al investigar al hombre y por ser respetado en su “clase,” el hombre *sacaría de él todo lo que estaba en él*. Todos los talentos que el Maestro les había dado a Sus siervos estaban en el fin, en la tarde, para haber obtenido tantos como fueron distribuidos en la mañana. Había que seguirles la pista a todas las posibilidades ocultas en el cosmos, tenían que ser descubiertas y puestas a funcionar de acuerdo a la ley revelada, y puestas al servicio de la edificación del todo, de acuerdo al rango establecido desde el principio para las creaturas separadas. Si el hombre personal (asistido en este sentido por el otro portador personal de un oficio creado por Dios, el ángel) iba a cumplir su “*munus*” (oficio) de esta manera, entonces, para usar una expresión tomada de la Confesión Belga de Fe, toda creatura no personal, e incluso la creatura hombre—y el ángel—cumplirían una vez más su *officium* (servicio) [Artículo 12]. Este es, si uno lo prefiere, un arreglo *teocrático* de todas las cosas.

Nada menos que esto fue lo que Cristo encontró escrito en la orden del día que Dios había inscrito en el corazón del hombre cultural del *comienzo*, el hombre sin mancha en el hermoso huerto sin una puerta llamada “La Hermosa,” pues el jardín estaba entonces abierto.

Lo que Él leyó allí le llamó tanto la atención y le dominó de tal forma que—tan sólo para dar un ejemplo—narró la parábola de los *talentos*, donde se enseña este ABC una vez más—pues *reformar* significa volver a enseñarle a la gente el ABC—como lo último (como parece ser a partir de los evangelios sinópticos) antes que Él, en concordancia con Su oficio, recorriera el camino de Sus sufrimientos y resurrección. Fue lo último que narró antes de la irrupción de Su Reino de “Mil Años.” Aquello le impactó tanto que en Su última gran oración por la iglesia “establecida” en los días de Su humillación le dijo al Padre “*No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal*” [Juan 17:15], que los guardes *allí*, no en sus claustros, que se convierte en un refugio de la religión obstinada, un refectorio de la fatiga, al menos que no tenga ventanas y que no le falte una puerta abierta al mundo.

16. La Vocación Pactal para con la Cultura

Este último punto—el ABC de los primeros días del mundo—es el *punto crucial* en nuestro argumento. Es *en este preciso momento* que la puerta se coloca sobre sus *bisagras*, y *debe* ajustarse. Y—*sólo* aquí debe ajustarse.

Pues sólo aquí llegamos a la posibilidad de elaborar el concepto de cultura antes dado, pero de forma provisional. Pues *cultura* es una palabra que se puede encontrar en la primera página de la Biblia: “Labra y guarda el huerto, llena la tierra, fructificad y multiplicaos” (Génesis 2:15; 1:28). Estas primeras páginas de la Biblia son las páginas del “ABC.” Ellas contienen estos tres breves mandamientos en la descripción de la fase del así llamado “pacto de obras.” Ya se ajustan en el mundo virgen *que aún no había sido completado*; que aún se halla en el proceso de ser desarrollado—de acuerdo al plan de creación—con el propósito de alcanzar el fin, i.e., la *teleiosis*, la entrada al estado de pleno desarrollo.

Así que, esa primera página de la Biblia está repleta de regulaciones federales, y por esa razón está directamente llena de interés cultural. Pues el Creador mismo está culturalmente interesado. “Cultura,” después de todo, es una palabra que se deriva del verbo latino *colere*. *Colere* significa “cultivar,” “cuidar de.” El agricultor que ara su campo está ocupado en esta *colere*. Hay un *campo*, que es una promesa. Y hay semilla, que también es una promesa. Pero también hay un cabeza de familia, lo que significa: “un *mandamiento* con una *promesa*.” Como *creatura* de Dios, ha sido colocado en una *unidad* cósmica junto con el campo y la semilla. Él mismo es *también* un “campo” del Espíritu eterno, y al mismo tiempo es semilla. Él también es, en la totalidad de su existencia corporal, una *creatura* de las manos de Dios, su “conciencia,” incluyendo su sentido de conciencia. También él, como *creatura* de Dios, está incluido cuando la Confesión Belga de Fe declara que todas las *creaturas* son como las muchas *letras* en un libro de lo más elegante [Artículo 2]. Pero Dios le colocó como una *creatura personal* no solamente *entre* sino también *sobre* toda la demás vida creada. Es decir, el hombre es, con su conciencia, no solamente una *letra* en el libro de la creación sino también un *lector*, alguien que *recita* este “libro”: debe también leerse y entenderse a sí mismo como una letra, aunque nunca de forma aislada a todas las demás *creaturas*. *Deum scire cupio, et animam*: Deseo conocer a Dios y al alma. Este dicho tan conocido significa, en lo que concierne a esta “alma,” conocida a través de Dios, que ella—o, digamos: la conciencia (la vida consciente)—es una letra en el libro de Dios y también una lectora. De modo que el hombre como un ser personal-espiritual, como un obrero de Dios y llamado por Él, y como el vicerregente coronado, por el descubrimiento y la propagación de toda la semilla, ha de obtener del campo lo que se encuentra contenido en él. El campo de la *cultura*.

Sin embargo, para poder cumplir esta tarea, como *señor* de este campo, y también, siendo un ser *personal*, para confesar que él (*él* de forma consciente) es *uno* con este campo, bajo Dios, *debe* darse a la tarea de la *auto-cultura*. Esta auto-cultura encuentra inmediatamente sus límites aquí establecidos. Puede que no sea “personalismo,” o incluso, que se le llame así. Tanto pronto como la “persona” es

considerada como “divina,” o (lo que es fundamentalmente lo mismo) como un fin en sí mismo, como un “lector” que ya no desea ser una “letra” en el libro de *Dios*, él, con su persona-cultura, ha sido arrojado a la idolatría. Entonces olvida que en “el libro” de la creación se ha de leer el nombre de *Dios*, y que el Dios que puede ser conocido a partir de este libro como el Creador y el Re-creador es trascendente, a un grado infinito categóricamente distinto a todas las creaturas. La auto-cultura, el auto-desarrollo, el ascetismo *positivo* (!), es decir, el *entrenamiento* de lo que es creatura en nosotros, para que *el humano*, en su condición de creatura, pueda encontrar en esto su *officium*, para que el *hombre* como creatura pueda ver su “munus” y cumplirlo—*eso* es bueno y es lo que se ha ordenado. Su mano esparcidora depositará la semilla en el campo del mundo. Él será el medio por el cual, en fe y fidelidad a las promesas *dichas* por Dios a Sus obreros, las promesas *silenciosas* que Dios coloca en Sus creaturas, puestas cada una en su propio contexto, encontrarán su cumplimiento apropiado. En tal auto-desarrollo, tal auto-cultura, se prepara a sí mismo para la labor creciente, y permite que su Dios se complazca también en *él mismo* como un campo funcional.

Esta era la sabia intención de Dios cuando creó al mundo. No le complació crear al mundo totalmente terminado; solamente lo creó bueno. De modo que el mundo, tal como procedió de las manos de Dios, era un mundo-en-promesa, un mundo-en-esperanza; y en tanto que fuese *bueno*, no podría llamarse “ociosa” a esta esperanza. Y tampoco las ordenanzas asociadas con la creación, aquellas “leyes” fijas, serían jamás invalidadas, “carentes de poder” (hasta nuestra perfección), “al menos” a través de “la carne,” lo que es decir, cuando el pecado haga su entrada. *No* que el pecado tenga el poder de hacer a un lado las ordenanzas asociadas con la creación. Definitivamente no. Su continuidad es la condición primordial para la bendición lo mismo que para la maldición—siendo *ambas* anunciadas ya en el paraíso. Sin embargo, las ordenanzas asociadas con la creación, que en un mundo obediente siempre concretizan y multiplican la bendición, harán lo mismo en un mundo caído con respecto a la maldición. De modo que “carecen de poder” en cuanto a la *bendición*, pero no para con la maldición.

Así lo habló Dios con prontitud en las sanciones de Su “pacto de obras,” y al hacerlo colocó a todo el mundo, al hombre en particular, bajo gran presión, bajo “estrés.” Para el hombre, llamado como colaborador de Dios (bajo Él), el mundo no era un mundo del “omega” sino del “alfa.” El mundo paradisíaco era un *comienzo*. Y en este comienzo fue dado, en principio, todo lo que debía estar allí en cuanto a potencial, para que creciera hasta que llegara a ser un mundo *completo* de orden perfecto, la *polis*, la *civitas*, la “ciudad” (estado) de Dios, diseñada de forma paradisíaca, que pronto habría de ser edificada. Si un día ha de alcanzar su pleno desarrollo, se requiere un *proceso* histórico de muchos siglos. Nos encontramos

ciertamente en un “ínterin”: pero no se encuentra entre una “historia” primitiva y una escatológica, siendo ambas *a-históricas*, sino entre las “primeras” y las “últimas” cosas, que son tan *históricas* como las cosas que están “en *medio* de la historia.” De otra manera sería absurdo hablar de algo “medio.” Así que, a la realidad paradisiaca definitivamente no la llamamos una realidad “superior”: y tampoco lo es Adán. Es sólo una realidad *virginal*; pero además de eso es tomada, muy concretamente, en el tiempo, de manera formal, real, histórica: hay en ella carne y sangre, así como alma y espíritu. Y Espíritu.

Y ahora, en esta sobria realidad de vida paradisiaca histórica, rasa como una tabla, Dios anunció que llevaría a cabo una *evolución* sobre el terreno de la *creación*. Esta evolución, de acuerdo a la naturaleza de la vida creada, *no puede* ni por un momento suceder sin la energía que fluye de Dios. Pero, de acuerdo a la propia Palabra autoritativa de Dios, que crea orden y que le asigna a todo su propio lugar, *no puede* tampoco suceder ni por un momento aparte del hombre como hombre de Dios actuando en esa situación como *colaborador* de Dios. “Vosotros *sois* colaboradores junto con Dios” [I Corintios 3:9]: este no es un *sedante* póstumo proclamado por Pablo para una iglesia separada [afgescheiden] en algún lugar en un rincón [afgeschoten] aislado. No, este es un *imperativo* que nos lleva de regreso a los “*primeros principios* del mundo.” Éste no es sólo un texto apropiado para el sermón *inaugural* de un ministro sino que es también el texto *del día* para cualquier obrero cultural, para el profesor lo mismo para quien barre una calle, para el obrero de la cocina y para el compositor de Sonata a la Luz de la Luna.

Por lo tanto, el primer mandamiento con una rica promesa dice: *guardad el huerto*. En estas palabras no se prometen castillos en el aire: ni tampoco sugieren una así llamada “realidad superior.” Guardad el huerto—aquí, primero que todo, la *pala*, el instrumento de cultura, y más tarde las botas de hule, puestas no en nuestras manos, sino que el espíritu creado tiene que *inventarlas* según el tiempo y el lugar, y diseñarlas y adaptarlas a la mano que cultiva, y al pie que abre y pisotea el surco. Pues la mano y el espíritu trabajan juntos: el *hombre* tiene que “guardar.” Guardad el huerto—aquí no se pronuncian sermones introspectivos y moralizantes sino un mandamiento concreto de trabajo y vida, ultra-espiritual, y por consiguiente, cotidiano. La ética del ínterin bíblico sólo puede operar con una *lex* que pueda ser comprendida. Un “mandamiento” del que uno no pueda echar mano, una Palabra de Dios con la que uno no pueda trabajar, no capacitarían a esa ley para llevar a cabo su llamado pedagógico de prescripción.

El *huerto* pueda ha sido llamado “paraíso,” y desdichadamente nuestra retórica lírica puede haberlo convertido en un punto aislado y fuertemente custodiado, donde los “céfiros” deambulan y sobre el cual puede escribir, según parece, sólo un

romanticismo popularmente mal entendido. Pero en realidad es algo completamente diferente. El huerto es el *principio* de la adama, del mundo *habitado*. Por ende, es también el principio del mundo *cultural*. El huerto se encuentra abierto. Por lo tanto, hablamos antes sobre el hermoso huerto pero sin una puerta llamada “Hermosa.” Todo aquello que surge del mundo, fluye desde allí, incluyendo aquello que surge de la vida cultural y todos sus procesos. Pues la *cultura aquí* (!) se convierte en,

La búsqueda sistemática de la suma total del trabajo, la que se alcanzará por vía de un proceso, por la suma total de los seres humanos como pertenecientes a Dios, evolucionando con y para el cosmos para con Dios en la historia, y presentes en todo momento en la historia; que se ponen a sí mismos la tarea de descubrir todas las fuerzas que se hallan dormidas en la creación y éstas, de forma sucesiva, llegan a estar a su alcance durante el curso de la historia del mundo; la tarea de desarrollarlas en conformidad con sus naturalezas individuales, de ponerlas al servicio de su entorno tanto lejano como cercano, en concordancia con las relaciones cósmicas de estas fuerzas y en sumisión a las normas de la verdad revelada de Dios; y todo esto con el propósito de hacer que los recursos así adquiridos lleguen a ser usados por el hombre como creatura litúrgica, y por consiguiente, a traerlos delante de Dios, junto con el mismo hombre ahora más plenamente equipado, y ponerlos a Sus pies, para que Dios sea todo en todos, y que toda obra pueda alabar a su Amo y Señor.

En nuestra opinión esta definición reproduce los aspectos fundamentales de la historia bíblica de la creación. *Guardad el huerto*: el mandato cultural concreto de obtener del mundo lo que se halla en él. *Fructificad y multiplicaos*: una suma total creciente de seres humanos sujetos al mandato cultural, la *obligación de involucrarse en la cultura*, una y otra vez en todas las fases temporales y en todas las provincias del espacio geográfico. *Sojuzgad la tierra y tened dominio*: el hombre cultural, como producto de la obra creadora de Dios, colocado en su propio rango: la de vicerregente de Dios. *El hombre creado a la propia imagen de Dios*: la obra cultural debe ser *espontánea* (las cualidades del hombre han sido creadas en él teniendo la vista en su “munus”): es asunto de servirle a Dios como un *representante* de Su suprema autoridad, y por consiguiente un asunto de re-descubrir [terugvinden] y estar descubriendo [doen vinden] de Dios, en el develado [uitvinden] del futuro. Dios habla *al hombre y con el hombre*, debido a su designación como el representante escogido del dominio de Dios sobre todas las demás creaturas, y dentro de la comunión del pacto que Dios hizo con él, con respecto al *resto* del cosmos, a pesar del hecho que él mismo es parte de este cosmos—despertando así la auto-distinción, la auto-cultura, el auto-desarrollo, del cual es hecho consciente como responsabilidad, no siendo él el fin en sí mismo sino en virtud de su mandato. Y finalmente, se le ha dado un mandamiento *moral*: junto con todo lo que le pertenece a él, él mismo está en su labor cultural sujeto a su Creador: en la determinación de

sus propias metas con respecto a las cosas creadas está obligado y limitado a lo que ha escuchado de la boca de Dios a través de la Palabra-revelación respecto al propio propósito de Dios para con el cosmos. Está llamado a doblar sus rodillas, ahora en el presente, ante su Hacedor en y junto con un cosmos preparado por su propia mano bajo la providencia de Dios, conduciendo la cultura para su propio reposo, pero especialmente para el *Sabbath de Dios*, al cual él, el hombre, debe entrar.

Bajo la influencia del pensamiento corrompido por el pecado y hostil hacia Dios, en un mundo que perturba todas las relaciones, generalmente se separa a la cultura de la “religión,” o al menos se le presenta en un agudo contraste con esta última. *Pero no fue así desde el principio* [Mateo 19:8]. Pues la religión no es una “provincia” de la vida, no es una función *separada* del “corazón” o para él, no es la actividad *aislada* de un grupúsculo de gente devota durante ciertos fragmentos elevados de la vida del hombre. No, la religión, o mejor, el *servicio a Dios*, debe distinguirse de la *religiosidad*. Schleiermacher, el filósofo panteísta disfrazado de teólogo del Romanticismo, escribió un libro titulado *Sobre la Religión*. De hecho, trató únicamente con la *religiosidad*: y en el fondo—en virtud de su panteísmo—esta religiosidad era auto-adoración, en la medida en que “Dios” y el “universo” se entrelazan en su pensamiento. Él *tuvo* que rechazar por necesidad como *moralismo* cualquier acción que tuviese un objetivo: la “religión” no era para él un asunto de “hacer” ni de “saber.” En nuestra interpretación lo menos que puede ser es “hacer,” y eso es. Es *servicio*, sin embargo, no el de una partícula de la naturaleza oscilando junto con el universo, una partícula llamada *homunculus*, sino el servicio del *hombre* que ama a su *Padre*, que le conoce como Aquel que está *por encima* del mundo, cree en Él *en* el mundo, y desea regresar nuevamente *a* Él con el mundo, para así, por lo tanto, para poder de forma consciente—no por derivar toda clase de “fórmulas” del “universo” sino al escuchar los mandamientos de instrucción de la boca de su Padre-Legisladore—formular sus máximas en el “conocimiento” creyente de la iglesia y así llevar a cabo la voluntad de su Padre. Por esta razón el trabajo cultural en el paraíso es *religión* [Gods-dienst: servicio a Dios]. Allí uno considera todo como cultura, el terreno sobre el cual uno camina y el corazón en su profundidad, las plantas lo mismo que el espíritu meditativo. Allí uno lava sus manos no envilecidas lo mismo que su alma en justicia—y lo uno no puede separarse de lo otro.

Y la cultura tomará nuevamente su lugar designado por Dios solamente *allí*, donde uno hace referencia en forma retrospectiva a esta situación original y su orden.

17. La Caída Histórica y el Trastorno de la Cultura

Hemos dicho *hacer referencia en forma retrospectiva*. Esta expresión ya incluye la confesión de que hubo un *trastorno*.

Este trastorno fue causado por el *pecado*; el hombre se alejó de Dios.

Entonces vino la desintegración. Su vida se desmoronó. Lo mismo le sucedió al mundo: el todo y las partes ya no operaban para mantener todas las cosas unidas. La mente humana, confundida, errante, pecaminosa, engreída, desintegrada en principio, comenzó a descomponerse, es decir, a abstraerse, a hacerse añicos, a desmoronarse y separarse. El hombre dejó de pensar de una manera general y con amplitud, manteniendo las “partes” en una relación apropiada con “el todo” y colocando todo esto a los pies de Dios, sino que cambió su interés “católico” en uno enfocado en la “especialización,” es decir, un interés en los detalles. Los detalles, de los cuales uno puede llegar a “enamorarse,” fueron separados del “todo,” en el que uno debe estar “enamorado” de Dios. Él cerró sus oídos a la verdad que le había sido revelada en la Ley de Dios y confirmada por los trágicos fracasos de su existencia, la verdad que él, una vez que había caído en el pecado, ya no podría reconocer e inspeccionar, o hacerlo con respecto a un tema en particular en el gran contexto del todo de las composiciones de Dios, y mucho menos podría integrar aquel contexto en el suyo propio.

Es así como la religión y la cultura fueron separadas las una de la otra. La *vanguardia* de la generación de Caín escogió la “cultura” y descartó la “religión” como si fuesen elementos no relacionados entre sí; y la *retaguardia* de la generación de Set estuvo muy de acuerdo con esta distinción. Y eso fue lo peor de todo. *Pues en el principio no fue así.*

El pecado ejecutó una destrucción aún mayor. Pues el proceso de desintegración no puede detenerse. No sólo la ruptura y abstracción del todo en “partes,” “esferas,” “sectores,” “territorios,” “grupos con intereses comunes,” son en sí el resultado del pecado, sino que incluso *dentro* de estas “esferas,” “territorios,” “comunidades” (que existen como resultado de la abstracción) el factor de disolución se vuelve aún más activo para incrementar el efecto del principio de des-catolización. Pues aunque Dios permite que las *distinciones* que Él ha puesto en Su creación se combinen en una unidad “pluriforme,”⁸ Satanás hace uso de estas distinciones para *separar* las cosas. Dios vincula a las razas respectivas y muestra, en su fusión, la “pluriformidad” de la humanidad. Satanás las convierte en principios de división y así obliga a la lucha racial. Lo mismo es verdad para las diferentes clases, sexos, caracteres, nacionalidades y organizaciones de comercio. Para usar nuevamente la imagen paulina: el ojo cultiva al ojo, el oído al oído, la mano cultiva a la mano, el pie al pie, y este furor por la especialización corre rampante tan profundamente que la

8 Utilizamos la palabra “pluriforme” aunque no sin comillas—pues no compartimos su trasfondo filosófico, que permite que el uso de este término sea entendido en más de una manera [nota de Schilder].

pregunta de si estas partes respectivas del cuerpo se necesitan las unas a las otras se reserva sólo para los momentos cuando el mundo “tiene una resaca,” por ejemplo, en lo que se ha llamado una “mentalidad de post-guerra.”

Aún en estos momentos, plantear la pregunta no es más que un memorándum. Un “tipo” pronto se convierte en el *opuesto* del otro, del cual originalmente sólo era un complemento. Por todas partes las diferencias llegan a ser antítesis. La cultura, como la búsqueda sistemática por desarrollar la suma total de los seres humanos por el agregado de labor que se puede obtener, ya se está formalmente desintegrando. Pues al actuar así la gente ataca al *sistema*: la confusión babélica de las lenguas es un asunto de castigo, pero entonces se presenta de inmediato como algo bueno. Esta desintegración formal es el fruto del alejamiento material de Dios: la *fe* en Su palabra de pacto fue abandonada: así se abandonó la idea del oficio del hombre; la seriedad de carácter dio lugar al juego y al juego de la cultura (infatuación con el deporte, cuatro columnas de reportes deportivos y media columna de noticias relacionadas con la iglesia; grandes titulares para el ganador de un torneo, pero ni una sola letra dedicada a la causa de la batalla espiritual, incluso en periódicos “cristianos”). La *esperanza*, que en la regeneración de todas las cosas pronto mira todas las partes una vez más restauradas a su propio *lugar en el todo*, ha sido abandonada; cada día el mundo se torna más nervioso y la “cultura” se convierte cada vez más en un negocio de armaduras blindadas: cada uno se amuralla en su propia armadura blindada a la orden de “su” organización de comercio. El *amor* a Dios, Quien debe ser mostrado en toda Su gloria en aquello que es Suyo, se ve velado y ello da lugar a la infatuación con una criatura que se ha alejado de su Hacedor.

Ya no queda unidad alguna. Ni siquiera es buscada, porque la unidad se encuentra solamente a través de Dios, y se considera a Dios un enemigo. Ya no se sigue el estilo original del “mandamiento de vida” (en el paraíso). Y la razón que se da—si aún se da una razón—es esta: Bueno, ahora estamos en el *desierto*, y allí uno no puede hacer mucho con los mandamientos paradisiacos. Pero este argumento deja al descubierto la hipocresía de aquellos que lo usan: se tiene desprecio por la *ley* de vida porque Dios, Quien dio vida por y en Su Ley, es *Él mismo* negado. Por su parte, el hombre, alejado de Dios, ya no tiene un estilo cultural que está determinado por la ley moral. Solo *en tanto que* Dios (como en realidad mostrará que está haciendo), por Su propia causa, aún mantiene el mundo creado en el contexto natural del cosmos, lo cual hará que el hombre se sienta limitado por esta disposición fija por parte de Dios, incluso en sus logros culturales. Aún cuando la ley *moral* de Dios ya no determina el estilo cultural del hombre, la *ley natural* continúa limitando al productor de cultura por fuertes cuerdas. Entre tanto, las cuerdas de esta coerción natural difieren de las cuerdas del amor de Dios. El firme agarre de las ordenanzas *naturales* de Dios abarca al amigo de Dios lo mismo que a Su enemigo. Pero, en

lo que concierne a este enemigo, si de él dependiera, en su batalla contra la ley *moral*, trataría de aprovecharse de aquello que es *natural* y de las funciones como tales. Si tan sólo pudiera, precisamente en su cultura inmoral, le gustaría obtener el “estilo” propio de Satanás, quien por poco ha sido capaz de destruir la estructura fundamental de la creación original de Dios, pero que aún desea con toda su fuerza corromper moralmente al mundo dado por Dios. Ya ha habido “estilos culturales” propios del “satanismo.”

18. La Cultura No es Asunto de Gracia Común

Como lo anterior implica, el mero hecho de que existe la cultura, y que el hombre lleva a cabo una labor cultural, no se puede clasificar bajo el encabezado de la así llamada “gracia común.”

Esto es lo que ciertamente se ha afirmado de forma repetida. Tomando el punto de vista de la experiencia y haciendo al mismo tiempo un esfuerzo “dirigido” para tomar en consideración la información bíblica, alguien razón de la siguiente manera: Debido al terrible carácter del pecado y la culpa, nosotros los hombres, habríamos merecido descender al infierno inmediatamente después de la Caída. Tal descenso, el aborto de todo desarrollo, hubiese sido justo. No obstante, vemos ante nuestros ojos que el mundo ha seguido existiendo por miles de años después de la Caída y que las potencialidades dadas al cosmos están siendo desarrolladas como entonces. ¿No es esto “gracia”? De modo que la respuesta está implicada: Ciertamente es gracia; es la bondad de Dios la cual otorga libremente pues no está en deuda con nosotros. Es verdad que esta gracia no redime para salvación eterna. Por lo tanto, recibe el nombre de “común.” No obstante, es “gracia” en verdad. Nos da el beneficio de la *restricción* del pecado. Si el pecado no fuese restringido irrumpiría en un derramamiento de perversión de lo más flagrante y directamente satánico. Sin embargo, Dios le pone freno a esta perversión por medio de la operación “común” del Espíritu, cuyo testimonio le provee al hombre la certeza, la seguridad inmediata respecto a algunas porciones de verdades centrales, siendo esta seguridad pre-reflexiva. De esta manera cae, sobre el desierto de este mundo, el continuo rocío auto-renovador de la gracia común, que hace la vida tolerable e incluso—en virtud de la operación “progresiva” que le es peculiar—crea oasis en medio del desierto. Incluyendo los oasis culturales.

Sin embargo, hay muchas curvas en este tren del pensamiento que debilitan la conclusión de que el término “gracia común” sea aquí aplicable.

Ciertamente es verdad que el pecado está siendo “restringido” y que la maldición no ha sido derramada de forma completa sobre el mundo. Sin embargo, lo mismo

puede decirse sobre la obediencia que en Cristo se le *permitió* una vez más a Jesús llegar a ser el don de la libre gracia de Dios y que por el poder del Espíritu de Cristo también fue *capaz* de llegar a ser un don de este favor. Cualquiera que llame “gracia” a la restricción de la maldición debiese al menos llamar “juicio” a la “restricción” de la bendición. Pero ninguno de estos términos tendría una base *científica*. En el mejor de los casos podrían usarse en una descripción no científica de la realidad concreta, pero entonces *el uno junto al otro*. Sin embargo, este uso “casual” al hablar sobre la “gracia común” y el “juicio común” ya en sí significa una corrección de la preferencia por el término “gracia común.”

Ciertamente hay una *retención* [II Tesalonicenses 2:6]. Sin embargo, la retención es una característica peculiar en cuanto al tiempo. Donde no se “retiene” *nada*, hay una *possessio tota simul* (una *posesión* de vida de modo que uno siempre tiene la *plenitud* de esta posesión simultáneamente en sus manos con medida *plena*) O una *privatio tota simul* (un asunto de haber sido robado, una privación, y luego nuevamente de una manera que la *plenitud* de esta privación está allí en todo “momento” en *plena* medida, es decir, *totalmente*). Para decirlo de otra forma: *donde no hay retención* ya no hay existencia *temporal*; hay “eternidad.” Pues *incluso en el paraíso* hubo una “retención.” Si el Espíritu de Dios hubiese sido dado a Adán *sin ninguna restricción*, entonces habría quedado excluido de la *posibilidad* de caer en el pecado. El “desarrollo”—o de otra manera, la “corrupción”—es una característica peculiar del tiempo. El desarrollo y la corrupción pertenecen al tiempo. El *estado* de estar desarrollado o corrompido (ambos de forma pleromática, de acuerdo a la naturaleza y capacidad del sujeto) pertenecen a la eternidad. Por consiguiente, el hecho de que los *dones de la creación* muestran desarrollo no es gracia sino *naturaleza*. El movimiento está “allí dentro,” en las cosas y en la gente. Está “en” el hombre: el impulso turbulento de uno que, puesto que él mismo está “desarrollando,” busca obtener el maíz y el vino de la tierra en “desarrollo”; es el impulso de “colere,” de *cultivar* el huerto. Sin embargo, aquello que antes de la Caída era una obra religiosa de amor dirigida hacia Dios como el Dios del Pacto se torna, después de la Caída, en un hecho nacido del egoísmo, de la auto-preservación, del celo por vivir (à la Pallieter⁹), no un servicio a Dios sino un auto-servicio. Uno escucha con tanta frecuencia acerca de la “naturaleza” que se queda con la impresión de que está muerta y tendida por ahí, ya sea que esté o no al servicio del hombre (y del mundo). Entonces uno salta a la conclusión: este mundo del hombre

⁹ *Pallieter*, por Felix Timmerman, publicada en Amsterdam, es una novela “en el que el personaje principal encarna a la glorificación pagana del cuerpo y sus deseos por la vida corriendo desnudo bajo la lluvia de primavera mientras besa la tierra” (citado por Henry R. Van Til, *El Concepto Calvinista de la Cultura*, página 140, nota 4) [nota de Van Ronger/Helder].

merecía morir, es decir, morir una muerte eterna, que como tal le arrebatara a todos sus objetos la posibilidad de cualquier aplicación de capital; no obstante, el hombre es capaz de “usar” la “naturaleza,” es decir, de hacer que esta capital muerto aún produzca interés; esto es “gracia.”

Pero todas las palabras de este razonamiento no tienen valor alguno, en tanto que la “naturaleza” sea entendida como naturaleza *temporal*. En tanto que exista el tiempo, la movilidad, el embarazo y el nacimiento, el engendrar y la concepción, pertenecen a la naturaleza. El capital “muerto”—y esto también es una terminología demasiado pícaro—siendo irrelevante a la *naturaleza-en-el-tiempo*, sirve sólo de forma ingenua para distorsionar el problema del que estamos hablando para poder concluir en que el término “gracia común” es en verdad aplicable.

Este problema, entonces, es fundamentalmente un asunto de valoración del “tiempo.”

Es erróneo pensar que la prolongación del tiempo *también después de la Caída* es un asunto de “gracia.” De modo que esto nos refiere a la seriedad del pecado, argumentando que “nosotros” merecíamos, inmediatamente después de la Caída, ser arrojados al “lago de fuego.” Esto *no* sucedió; es gracia. Sin embargo, uno olvida que la primera oración de este argumento no ofrece más que una fábula. Si el hombre caído hubiese sido arrojado al “lago de fuego” inmediatamente después de la Caída, entonces “nosotros” *no estaríamos allí*. Entonces sólo *dos* personas habrían sido condenadas, y no más, no la *humanidad*, el sujeto del recién mencionado juicio *hipotético*.

Por consiguiente, se ha revelado un gran misterio precisamente en la prolongación del tiempo después de la Caída. Esta prolongación no es gracia. Es lo suficientemente simple como para “comprobar” esto: suponga que Dios se había propuesto castigar solamente a tantas personas como las que en verdad castigará eternamente, ¿No tendrían entonces estas personas que nacer primero, incluso de forma sucesiva, la una de la otra? De modo que Dios habría tenido que prolongar el tiempo con el propósito de arrojar al infierno a tantos objetos de Su ira como los habrá un día. Y no solo esto. Durante este tiempo se habrían realizado muchos matrimonios; uniones físicas de hombres y mujeres, en cualquier porcentaje. Por lo tanto, e.g., habría sido esencial un equilibrio económico de esto. La cultura habría sido necesaria. Por ende, la *cultura tendría* que haber ocurrido. La cultura es la presuposición de todo lo que Dios traería, incluso el infierno.

Alabado sea Dios, porque sabemos que un *infierno* está por venir, pero también sabemos *más* que eso. También hay un cielo en el horario de la acción divina. Se

necesita la prolongación del tiempo con el objetivo de poblarlo con tantos como Dios llame para estar ahí. También es esencial que los padres tengan hijos, y por consiguiente también el trabajo es necesario, en un equilibrio económico, lo mismo que climatológico.

Pero, precisamente por esa razón, es un serio error designar como gracia (común) a la prolongación del tiempo y al desarrollo cultural del cosmos.

Esta prolongación y este desarrollo no son gracia.

Tampoco son maldición o condenación. Es decir, en tanto que uno desee usar estos términos de una manera seria.

Son la *conditio sine qua non* de ambos, el sustrato de ambos.

En tanto que el impulso por desarrollar la creación sea *natural*, e incluso la apertura de cualquier vientre, incluso el de la madre tierra, sea *natural*, la cultura es una cosa *natural*. Es el sustrato de dos extremos: la absolución de los muchos que hayan sido predestinados a esta absolución o el destierro de aquellos que han sido preordenados a este destierro.

Por lo tanto, la gracia no está “en” la “colere.” Ni se halla “en” el comer y beber, o en el respirar, o en el hecho de engendrar hijos. La gracia, *si* hay gracia, sería inherente sólo en la “colere” que es producto de la fructificación de Dios, ya sea comer y beber, y engendrar hijos. No como personas muertas sino como personas vivas.

Y la maldición no se encuentra en la “colere.” Ni en el hecho de comer y beber, o en respirar, o de engendrar hijos. La maldición, *si* hay allí maldición, se hallaría sólo en la “colere” impía, en el comer, beber y engendrar hijos, todo de manera impía. No como personas vivas sino como personas muertas.

En el marco de tiempo *después de la Caída*, fue inevitable la antítesis no en la naturaleza sino en el *uso* de la naturaleza, y por ende en la cultura. Esta es la antítesis entre la actividad cultural en fe y en incredulidad.

Ciertamente hay gracia “común” en la cultura (en el sentido de gracia para más de una persona).

Pero no hay gracia universal (o general) para todos los hombres. Por lo tanto, la interpretación de Abraham Kuyper estaba equivocada.

compartida por más de una persona). Pero no hay maldición universal (o general).

A veces “común” puede ser lo mismo que universal, pero no necesariamente siempre es así. Algo puede ser común a toda la gente, pero también puede ser común para *más de una persona, no para todas*.

En el esquema intencionado *aquí*, “común” tiene la intención de significar: compartido por *muchos*, no por *toda* la gente.

Hay una “gracia común” (opuesta a la general) en la cultura, *en tanto que* la obra redentora de *Cristo* sea compartida por todos aquellos que son Suyos—cuya gracia tiene un efecto en sus logros culturales.

Pero todos los demás se hallan bajo la maldición común. Su juicio le ha sido dado al Hombre de Hechos 17:31.¹⁰

19. La Historia de la Salvación es También la Historia de la Cultura

El Hijo de Dios entró en acción inmediatamente después de la Caída, aún no como Jesús sino como el Mesías, conocido sólo por Dios, siendo el *Logos asarkos encarnandus*: la Palabra aún no encarnada, que aún debía llegar a ser carne. Entró en acción para comenzar la obra y el ministerio de la gracia en este mundo, y para marcar, como algo determinado por *Su* obra, el terreno (no de la elección y la reprobación, pues su terreno es únicamente la *buena complacencia* de Dios) de la salvación y la condenación. El fundamento de la salvación sería: los méritos de Cristo. El fundamento de la condenación sería: la culpa del hombre, la que después de la Caída prueba estar determinada por la presencia de la obra de Cristo: la culpa del hombre es su rechazo a Cristo. Así pues, Cristo toma acción tanto como el Salvador Redentor y como el Salvador Vengador. El elemento constitutivo en ambas funciones es: Su obra evangélica de redención, que nunca está satisfecha con ser una *quantité négligeable*.

Porque en este espíritu y con esta doble intención Cristo toma sobre Sí mismo la carga del mundo delante de Dios, Él se convierte en el Redentor del mundo, incluida la cultura. Además, Él le da a todo el alcance cultural, en lo sucesivo, su *significado* cristológicamente determinado. Este *significado* cristológicamente determinado, es universal, general. La gracia allí no es universal, sino común. Es la gracia única para salvación, redención y re-creación. Pues Cristo se halla ahora como el garante delante de Dios de que el mundo, que en el consejo eterno de Dios fue “preordenado,” regresará al Dios del mundo.

Por consiguiente, una *historia* de muchos siglos, “por Su propia causa,” se “inserta” entre el primer pecado jamás cometido y la maldición definitiva. Repetimos: por Su causa. Después de lo que hemos dicho, esto *no* puede significar: sólo por causa de

10 Ver además, K. Schilder, *Is the Term “General Grace” Scientifically Justifiable?* [Is de term ‘algemeene genade’ wetenschappelijk verantwoord?] (Kampen: Ph. Zalsman, 1947) [nota de Schilder].

de Su doble función, como el Salvador-Redentor y como el Salvador-Juez. Él hace espacio para la historia para que todo lo que suceda pueda ser cristológicamente determinado: en *pro* lo mismo que *en contra*. Y por supuesto que el verbo “insertar” no es más que lenguaje metafórico. La historia sólo *parece* estar “insertada.” Pero en realidad fue *determinada* desde la eternidad. En la historia Dios hace espacio para la obra de redención de Cristo, la cual lo controla todo, y para Su aparición en el presente, como *Jesús*, para morir aquí en la tierra, levantarse nuevamente de entre los muertos, y tirar del timón del mundo con manos de carne y sangre, a través del poder del Espíritu de Dios.

En esta historia—establecida por la voluntad de Dios hacia el auto-mantenimiento aún cuando sea de un mundo caído—Cristo debe ser considerado como Aquel que lleva todas las cargas del mundo, quien transfiere todos los placeres del mundo a Dios el Padre, para que Dios pueda ser el todo en todos—ver los versículos de conclusión de I Corintios 15. De modo que Dios dirige todo lo que sucede en este mundo hacia Cristo. Él dirige todas las culturas hacia Cristo, Quien determinará la “plenitud” del tiempo: la cultura de las antiguas naciones antes del diluvio, la cultura de Egipto, Persia, Roma, Grecia y Babilonia. Tales profetas del advenimiento de Cristo como Isaías y Daniel son los instructores de todo verdadero filósofo cultural. Debido a Él, y también por medio de Él, todo proceso es dirigido a esta *pleroma* de tiempo. Y por lo tanto, toda cultura tiene que servir, para hacerle espacio a un aparente pesebre acultural, y también para una cruz en apariencia culturalmente indiferente, y para abrir dentro de poco un hueco en algún lugar en un huerto que le pertenece a José de Arimatea. Pero en la mañana de Pascua el cuerpo de este Hijo del Hombre se levanta otra vez de esta tumba, y está totalmente entero, sano y en perfectas condiciones. Pronto Él *regresa* al mundo de Dios en el Espíritu, este Cristo Jesús, y pone al mundo en su lugar. Coloca gente sana—es decir: renacida—en el lugar que es adecuado para ellos y sana la vida, *en tanto que* la vida le reconoce como la Cabeza mística (i.e., oculta) de Su comunidad.¹¹

De esta forma se restauran las relaciones respectivas, en principio, con su origen éticamente normal (como hemos visto, las normas de la *creación* son las ordenanzas naturales para la vida creada). La carne y la sangre no proclaman ninguna norma ética; solamente el Espíritu, a través de la Palabra de Dios, hace eso—incluyendo aquello que tiene que ver con el gobierno, actuación y sumisión escatológica de la carne y la sangre.

Esto es porque, cuando el mundo estaba sometido a una pseudo-cultura que no reconocía a Dios como el Propietario del cosmos, que desbarataba las cosas, y por ende, con un deterioro de la cultura, un puñado de simples artesanos en pequeñas poblaciones en Asia Menor—obreros que, por la predicación del Evangelio de Cristo, habían aprendido a *servir* a Dios en sus trabajos diarios mientras de manera diligente, con sus mentes puestas en Dios, teñían una pieza de cuero o hacían

11 “Mística” es un adjetivo (cf. unión mística). Sin embargo, el nombre “misticismo” designa algo que es censurable: la doctrina y métodos de un (supuesto) conocimiento inmediato de Dios. Las Escrituras no permiten ningún espacio a tal cosa [nota de Schilder].

una tienda o completaban cierta tarea—hacían más, *precisamente* por la cultura, que todo el séquito imperial del César de Roma con sus palacios, sus bailarines, sus laureles, sus mecenas y sus metrópolis. Esto es porque, cuando un cierto día una escolta de prisioneros fue llevada a Roma, entre quienes se encontraba un cierto Pablo, este hombre hizo más, *precisamente* por la cultura, que toda la Roma embriagada de cultura: en el hecho que presagiaba un giro radical contra todos aquellos prominentes personajes que dirigían el espectáculo—él, que se llamó a sí mismo un “abortado.”

Oh sí, dice alguien, eso es cierto: Pablo iba a crear cultura *más tarde*, por medio de sus seguidores. No, dicen los ángeles, él creó cultura justo allí, en aquel mismo momento. Un hombre con carácter, un hombre de Dios, entró a la marchita y corrupta ciudad de Roma, un constructor de tiendas y un filósofo, un teólogo y misionero; alguien que tendría la valentía de ver a los ojos al emperador, aún cuando este último ya no tuviera la valentía de hacer lo mismo. Un hombre que les mostró a sus compañeros de prisión una gran luz, y que convirtió una casa alquilada en Roma en la precursora de una academia sobre cosmovisión.

Hay un verso poético por un poeta latino que dice:

*Occurri nuper, visa est mihi digna relatu
pompa: senem potum pota trahebat anus.*

Y este dice, en la calle me encontré con una extraña procesión: una vieja borracha llevaba a rastras a otro viejo borracho. Perdonen esta traducción tan rudimentaria, pero se ajusta al verso. Esta pequeña canción, en su realismo y también en su franqueza histórico-cultural, es tan típica de los días en los que el apóstol Pablo entró a la ciudad de Roma embriagada de cultura como aquella otra pequeña canción en la que un emperador de Roma se lamentaba por su “alma” debido a su pobreza y, displicente, le daba las buenas noches. Sí, en verdad, esto era típico de la gran ciudad de aquellos días: la borrachera, que entonces se consideraba una broma, y las relaciones se desmoronaban completamente: la mujer arrastra al hombre tras de sí, el cabello gris ya no es una corona elegante, y el poeta, riéndose de ello, le saca provecho. Aquí vemos el derrumbamiento de todo ese mundo. Pero entonces el apóstol Pablo entró en la ciudad, en cadenas, pues el siervo no es más grande que su Señor. Pero este Pablo—aunque tenía una espina en la carne, y según su propia declaración en 1 Corintios 15:8, había sido traído a la iglesia como un “abortivo,” y aunque sabía que él mismo había sido puesto en la procesión donde no había muchos ricos, ni muchos nobles, la procesión de los débiles, y de aquellos que son nada en este mundo, 1 Corintios 1—este hombre Pablo era, por la gracia que le había sido dada, un ejemplo de carácter y sensatez. Incluyendo la sensatez cultural.

Vistas de esta manera, las siete epístolas que se encuentran al principio del Apocalipsis, la Revelación de Juan, son directamente, por la gracia que habla en ellas, monumentos de cultura. Y lo son tan verdaderamente como el Sermón del Monte es un monumento, no sólo de la historia de la revelación sino también de la cultura. Pues en el Sermón del Monte Jesucristo nos enseña aquí en la tierra, y en estas siete epístolas el mismo Jesucristo enseña desde el cielo, como en el comedor, en la oficina, en el templo, en la fábrica, en el centro de estudios, y en el estudio del artista, uno tiene que darse cuenta una vez más que el punto de partida de uno, el propósito y la dirección son determinados por Dios, y tiene que respaldar su “sí” y su “no” con la fuerza de un *juramento*, y hacer su obra bajo la tensión de vivir entre el comienzo y el fin de la historia como un *kohen*, i.e., como uno “que se pone de pie y sirve” delante de Dios. En el Sermón del Monte y en esas siete epístolas el mundo hace una media vuelta, justo lo que tenía que hacer para así preparar un fundamento y para edificar un taller, aún si fuese solamente para un solo hombre de Dios. Cristo, en principio, condena aquí para todos la fragmentación de la vida y la conquista en la vida de Su propio pueblo. Él fundamentalmente conecta las facultades respectivas hasta que lleguen a conformar una “universidad.” Nuevamente Él vincula la “religión” junto con la “cultura,” convirtiendo la actividad cultural en un servicio concreto a Dios, *y cuando no es así, se niega el nombre y honor de “actividad cultural positiva” a todo lo que no proviene de Dios.*

Pues, hablando estrictamente, todo lo que no es de fe es pecado. El impulso cultural es *per se*, como hemos visto, uno relacionado con los dones “naturales,” los “dones de la creación.” Por lo tanto, también podemos hablar de “colere” en el reino animal. ¿Quién sabe si algo de progreso no se lleva a cabo en los asuntos relacionados con la organización? ¿Quién sabe si incluso las hormigas y las abejas han mostrado un cierto “progreso” en la construcción de sus nidos y en la manera de recolectar y preservar la miel? Pero la *aplicación decidida*—planeada, con propósito—de estos dones de creación, la *construcción cultural positiva*, y esto en concordancia con el mandamiento dado por Dios con respecto al propósito y las tendencias escatológicamente determinadas, *esto* es posible sólo en una obediencia recuperada a través del Espíritu de Cristo. El pecado, donde quiera que pueda aparecer, incluyendo en la vida cultural, es incapaz de ser persistentemente moral en su pensamiento cultural, ni puede edificar o crear de una manera culturalmente positiva. Pues “colere” significa “edificar,” pero pecado siempre significa ruptura. En el diccionario original de Dios de la revelación la “cultura” es siempre *constructiva*, pero el pecado es *destrutivo*. Regresaremos a este punto en breve.

Como era en los días cuando Pablo entró dando tropezones a la ciudad de Roma, así ha sido siempre en el mundo. Toda reforma que, dirigida por el Espíritu de Cristo, regresa a las Escrituras, la Palabra de Dios, es al mismo tiempo una

sanidad de la cultura. Cuando Martín Lutero, con su cabeza redondeada, al fin contrajo matrimonio y pudo sonreír nuevamente de manera saludable, bien valía un centenar de ducados como alguien que producía sanidad para la cultura y que al mismo tiempo le daba dirección, mientras que todo el séquito papal e imperial apenas sí valía un simple ducado, aún considerado desde el punto de vista cultural. Esto es evidente cuando uno compara las atmósferas de trabajo de los países Luteranos versus los países Católico-Romanos. Sin embargo, aunque Lutero cometió errores precisamente en la manera de la construcción y sus principios o, digamos, en los fundamentos de la relación entre la naturaleza y la gracia—errores que fueron superados por Juan Calvino—los países Calvinistas exhibieron más tarde una construcción cultural que era, en tesis y antitéticamente mucho más fuerte y dan mucha más fortaleza que la que dan los países Luteranos. El caos cultural que Adolfo Hitler dejó tras de sí, porque primero lo traía consigo, pudo surgir en países Luteranos inclusive con el apoyo de Luteranos “ortodoxos,” pero se encontró con una resistencia positiva e inquebrantable entre los grupos calvinistas. Esta resistencia no se despojó de “valores” (que pueden ser comprendidos de forma directa y que poseen una utilidad tangible) que están en contra de otros “valores” (¡el “americanismo,” Comunismo versus Nazismo, la democracia real versus una mítica “opinión pública saludable!”), pero continuamente mantuvo en mente los proyectos históricos del Apocalipsis los cuales son de largo alcance, incluyen la totalidad de la historia y que además son protológicos y escatológicos, y por consiguiente mantuvo conectada su construcción cultural con los principios fundamentales de la Reforma calvinista. Juan Calvino, en Ginebra y Estrasburgo, nos muestra lo que el *servicio a Dios* es concretamente capaz de realizar, incluyendo el área de la vida cultural. Él crea una *cultura cristiana*, libre de las aspiraciones imperialistas secularistas que todavía arruinan la imaginación de Roma, estando inspiradas por la misma falsa distinción entre “naturaleza” y “gracia” que confundió a Martín Lutero.

En tanto más pensamos en estas cosas, nos impacta que el nombre que el libro del Apocalipsis le aplica al Imperio Romano y que es tan significativo precisamente para el examen y la evaluación cultural es la de aquel prototipo anticristiano, el nombre “ramera.” Cuando la Biblia llama *ramera* al Imperio Romano, todo depende de la exégesis correcta. Lo mismo es verdad cuando Martín Lutero le da al “seminario” filosófico una nuez dura de romper cuando habla de *die Hure Vernunft* [la ramera Razón]. Esto no era una condenación de la “razón” (pues una ramera no está condenada debido a su naturaleza de mujer) sino de la razón orgullosa y pecaminosa que se ha emancipado de Dios (así como en una ramera sólo la *prostitución*, el hacer uso de su naturaleza de mujer, es digna de ser maldecida). Una interpretación falsa de la palabra “ramera” que ya no distingue entre una cosa y la otra es todo lo que se necesita para desechar a Martín Lutero—erróneamente,

claro—en el grupo de aquellos que desprecian el gran don de la razón dado por Dios. De igual manera una interpretación indiscriminada del término “ramera” en el Apocalipsis y la Iglesia de Roma ya no sabe en qué sentido particular el Imperio Romano era una ramera. ¿Era una ramera en su persecución de los cristianos? Oh no, aquello era solamente la consecuencia. Era una ramera cuando se rehusaba a colocar los dones, dones que había recibido como criatura, a disposición del Dios que desea ser el Novio de Su fiel comunidad de colaboradores. Luego, como consecuencia de tal exégesis falsa, una iglesia mundial puede llegar a enamorarse de lo que en última instancia es la prostitución del Imperio Romano. Entonces se presenta una iglesia que actúa como “el estado,” idealizando al estado como un *poder* cultural, e imitándolo incluso al costo de mutilar el *testimonio* profético cultural, olvidando así que la *profecía* fiel a la Palabra con respecto a la relación entre la naturaleza y la gracia (y por ende también entre la naturaleza y el pecado) al final tiene una mayor fuerza cultural que la más asombrosa victoria pírrica de una iglesia culturalmente relajada.

Contra tal victoria pírrica de Roma, Juan Calvino señala a la *restauración*. Él edificó una cultura cristiana, protestante y reformada, precisamente *distinguiendo* (de *ninguna* manera *separando*) entre la iglesia y el estado. Llegó ante los reclutas de Dios con una orden del día que también era cultural. Él miró nuevamente que en el Antiguo Testamento los “pastores” tenían una tarea más amplia que sólo la de cuidar las *almas*, pues también habían sido comisionados para brindar un cuidado cultural. Enseñó nuevamente un vívido amor por el llamado divino (!), salió hacia todos los rincones del mundo, y había aprendido a entender aquella palabra preciosa de la gracia y por ende también de la cultura: “Todas las cosas son vuestras... y vosotros sois de Cristo; y Cristo, de Dios” [1 Corintios 3:21, 23].

Y el camino del mundo *continuará* en concordancia con esta ley.

Un parroquiano que corta la mala hierba de su jardín y mantiene principios puros, cada vez que es apropiado, hace más por la cultura que un escenario dorado. En contra de un ministro que en una publicación semanal Reformada exclamó que algunas veces un simple drama tiene más significado que siete bosquejos de estudio, la distinción Reformada de naturaleza-gracia-pecado mantiene que un buen bosquejo es de mayor significado que siete dramas escénicos, incluso los buenos, dado que el poder de la Palabra de Dios es más fuerte que el de la imagen, y la doctrina es más que la señal. Una familia cristiana, viviendo un estilo de vida distintivamente cristiano en cualquier complicación en que pudiera encontrarse, es para la vida cultural otra revelación de aquel poder saludable que uno busca en vano en Hollywood (del cual se da una descripción deprimente—especialmente deprimente desde un punto de vista cultural—en la novela de Vicky Baum, *Leben*

ohne Geheimnis [La Vida Sin Misterio]). Un trabajador cristiano que se atreve a ser él mismo como cristiano es otro bocado de integridad en un mundo ahistórico, americanizado y similar al mundo de los negocios; él vale más como una fuerza acumulada que toda una escuela de ciencia que no ha visto a Dios.

De modo que, *Cristo* se mantiene trabajando, en todo Su pueblo, hasta el fin del tiempo. En este mundo, que tiene que correr su curso según Sus derechos validados en la Pascua, Él, una y otra vez coloca al frente *nuevas* fuerzas para la vida cultural en su sentido más amplio, por medio de un milagro *creativo* solemnizado en la república de la comunión de los santos: pues todo *nuevo nacimiento*, reconocido a la manera calvinista como una nueva *creación*, es asunto de Su intervención trascendente y misericordiosa, incluyendo en la vida cultural. Él se mantiene andando, y al presente revelará nuevas fuentes, tan a menudo como en la vida de un individuo, o por consiguiente en una comunidad. Se hacen esfuerzos, se lleva a cabo el trabajo, en Su poder y en concordancia con Su Palabra revelada.

Por lo tanto, el libro de Apocalipsis presenta un cuadro de la ciudad cultural futura, la ciudad pura de reposo, la nueva Jerusalén, con su estilo perfeccionado donde todo ha sido saciado. No, esta nueva ciudad cultural—nueva por haber llegado a existir por medio de la *renovación* y por haber sido elevada para siempre por encima del nivel de batalla—no llega a existir gradualmente. La “catástrofe” del último día es esencial para su aparición; que conste, la *creación* también sucedió por medio de “catástrofes.”¹² Sin embargo, no olvidemos que en el momento en que sucede esta catástrofe, ya sea “arriba en el cielo” o “abajo en la tierra” o “en las aguas debajo de la tierra,” *todas las potencias espirituales y materiales ya están presentes* las cuales son necesarias para edificar o restaurar su “material,” y luego ese material, puesto a disposición por la providencia de Dios a Su comunidad humana, para continuar el proceso de modelaje de acuerdo a Su mandamiento, de una manera “lógica”—que aquí significa, por medio del Logos quien se hizo carne y nos ha declarado a Dios. Esta catástrofe en sí no “creará” caos, ni destruirá ni pisoteará ninguna *semilla*. Por el contrario, purgará y purificará este cosmos de todo elemento “productor” de decadencia en la cultura.

Pues cuando Dios abre los nuevos cielos, no será, por así decir, una *donum super additum* que haya sido obtenida por un nuevo acto de *creación*, por haber descartado o cubierto la *antigua* creación. Esta nueva Jerusalén eclipsará a la antigua habitación del hombre pero no la eliminará del todo. La inacabable historia de las maravillas de este lugar de habitación de Dios entre los hombres no será añadida e impuesta mecánicamente como un capítulo completamente *nuevo* que

12 Cf. K. Schilder, *What is Heaven?* [Wat is de Hemel?] (Kampen: J. H. Kok, 1935) [nota de Schilder].

ha de seguir la narrativa de la historia de nuestro mundo como una especie de apéndice, sino que será solamente un reporte evangélico sin diluir y sin freno con respecto al desarrollo sin trabas—dado por Dios en Cristo—de todas aquellas fuerzas que fueron puestas por Cristo en la *nueva (renovada) humanidad*, a saber, la comunidad de los siervos de Dios, y fueron ya inicialmente desarrolladas allí.

20. Creyentes y No Creyentes Juntos Edifican Cultura

Aquí tenemos que retornar brevemente a un punto que ya ha sido tocado en la sección anterior. Dijimos allí, estrictamente hablando, que el otorgamiento de una licencia por actividad cultural positiva puede ocurrir *tan sólo* cuando las personas edifican y trabajan *de acuerdo a la voluntad de Dios*.

A muchos esto puede parecerles una declaración extremadamente fuerte.

Admitimos inmediatamente que esto necesita una ampliación adicional, aún cuando ya nos hemos referido al hecho que el acto de “colere” es natural para *todas* las personas, en tanto que ellas, como resultado de su impulso innato al trabajo y el movimiento, participan en el cultivo y desarrollo del cosmos según su involucramiento relevante, *orientado a la creatura*, en el campo del mundo que jamás está ocioso.

Sin embargo, existe la posibilidad de mal interpretar aquello que debe evitarse.

Pues después de la Caída Dios no dividió el mundo en dos mitades para que una realizara servicios culturales de acuerdo al mandamiento de Dios y la otra llegara a ser un desierto o un caos que contuviera solamente ruinas y caricaturas. La mera noción es en sí absurda. Esta idea no solamente choca con los hechos obvios sino que también entra en conflicto con todas las presuposiciones de la acción cultural.

No existe ninguna “koinonia” *real* entre los hombres a menos que haya sido producida por el Espíritu de Dios. “Koinonia” significa comunión. No le debe su existencia al simple hecho de que varias personas tengan la misma *naturaleza* o los mismos *intereses*. Pues si esto en sí mismo estableciera una comunidad, entonces habría una comunión de pacto por todas partes. De hecho, no podría haber un “infierno.” Aquellos que tienen la opinión de que la comunión *ya* se ha establecido por el hecho de compartir la misma naturaleza e intereses, olvidan que lo mismo es esencial también para las *riñas* y las *peleas* los unos con los otros de forma tal que uno realmente “afecta” [raakt] al otro, pero entonces llega *realmente* a captar el punto [helemaal raakt]. No, la comunión verdadera es algo más. Se puede alcanzar únicamente cada vez que la naturaleza misma es dirigida hacia una *meta* común en

virtud del *amor* por los mismos principios básicos y cada vez que se promueven los mismos *intereses* en la misma fe, esperanza y amor. Así pues, la “koinonia” cultural es básicamente un asunto del compañerismo de fe. Aquí son pertinentes nuestras observaciones con respecto a la antítesis, incluyendo aquellas con respecto a la vida cultural.

Sin embargo, aunque la *koinonia* une sólo a *parte* de la humanidad, existe también una “sunousia,” un *estar juntos en algún lugar*, entre todos los hombres.

Ahora, Dios ha impuesto una “sunousia” sobre todos los hombres. El trigo y la cizaña no han sido separados de forma definitiva el uno de la otra. Un día incluso esta “sunousia” será retirada de ellos; pero las cosas aún no han alcanzado ese punto. A todas aquellas personas colocadas la una junto a la otra en “sunousia” les llega el mandamiento a involucrarse en la labor cultural (cuyo mandato es general, porque Dios no ha abolido ningún mandamiento que sea original y permanente en carácter) justo como también el *impulso* a la labor cultural es de carácter innato.

Además, el material dado y al que se le debe dar forma es el mundo habitado por nosotros (¿y quién puede decir si incluso el mundo aún no habitado por nosotros llegará a ser parte de nuestra área de desempeño?). Por esa razón no podemos hablar del desempeño cultural de uno sin el del otro. La *koinonia* nos es dada por Cristo, la “sunousia” proviene de Dios el Creador.

Hay sólo una naturaleza, pero un doble uso de la misma: uno material, pero dos maneras distintas de darle forma; un territorio, pero un desarrollo doble del mismo; un impulso cultural, pero dos formas distintas de esfuerzo cultural.

Y puesto que todo proceso de *modelaje* de lo material, lo bueno lo mismo que lo malo, está *limitado* a la naturaleza, la estructura y las leyes de ese material particular, los productos de la labor del no creyente y los de la labor del creyente son muy parecidos. Esta similitud no es causada por la similitud de sus mentes divergentes sino por aquel *material* recalcitrante y rígido. Hay una gran diferencia entre una vasija y otra, entre un escultor y otro. Uno edifica un templo, el otro construye un salón de baile, pero ambos van por su arcilla al mismo pozo y a la misma cantera en busca de su mármol.

Este es el primer aspecto.

También hay un segundo.

Tocamos aquí el problema de la “restricción común.” Pues Dios le ha puesto freno

al curso del pecado humano. Ahora, aún permanece la rigidez del material al cual ha de darse forma y *permanecerá* así hasta el último día. Pero también lo será la *voluntad* de liberarse uno mismo de lo material—Fichte, en su filosofía, al menos soñó con tal “libertad”—ella también será *frenada* en su arrogante avance satánico en este mundo de restricción general. Cristo (pues este control es un acto de la providencia de Dios y, por consiguiente, es determinado en parte en términos de la historia de la revelación y la salvación) ha atado a Satanás para que ya no pueda tentar a las *naciones* durante el período de tiempo indicado en Apocalipsis 20, excepto en el último período de los “mil años” que comprende el progreso desde el Día de la Ascensión y Pentecostés hasta la Parousia. Él ha frenado el proceso de pecado y maldición; la “retención” del Anticristo es un hecho. Sin embargo, esta retención del Anticristo se corresponde con la retención de Sí mismo por parte del Cristo Triunfante. Él también no se permite a Sí mismo “soltarse.” Él también aún no le concede a *este* mundo, el cual aún se encuentra frenado y mantenido bajo control en todos los movimientos de su vida, la visión de la plena expansión de Su poder exaltado. Todos los carros aún son mantenidos bajo control, *todos* los caballos tienen las bridas puestas. El juicio está retenido, pero también lo está la gracia en este mundo.

Por lo tanto, *nada* está consumado, nada se ha cerrado de forma definitiva. En ningún lado se ha revelado el poder de la misericordia de *Cristo* en *toda* su fuerza, ni siquiera en el cielo. Tampoco el poder deteriorante de *Satanás*, según su propio plan, ha hecho sentir su influencia con toda su fuerza en ninguna parte del mundo, ni siquiera en el infierno. *Toda* la música, tanto angélica como demoníaca, es “wohltemperiert,” y Quien la controla es Dios.

Este es el misterio de la restricción común en el problema de la cultura (el sustrato de la gracia común y el juicio común antes mencionados). La vida todavía no se ha dividido en las formas del infierno y el cielo. Los impíos son todavía estorbados en su labor cultural de enloquecer con rabia contra Dios en el paroxismo del satanismo, aunque esto se deriva directamente de su deseo oculto: y la comunión de los santos de Dios, en parte por el pecado que habita en ellos pero también por el gobierno de su mismo Rey, Quien está en pos de las metas de la historia de la salvación y la revelación, aún se ve impedida de realizar adecuadamente lo que se deriva de *ellos mismos*. De modo que, por el gobierno de Cristo, quien restringe todo hasta el último día, existe, para aquellos que sirven a Dios lo mismo que para aquellos que no le sirven, la posibilidad de estar simultáneamente involucrados y trabajando en uno y el mismo fragmento cultural por aquí y por allá—obra que se lleva a cabo en *sunousia* y que está limitado por la estructura del material del

cosmos.¹³ Aquellos que le sirven a Dios y aquellos que no le sirven no han sido geográficamente separados en el mundo. Cristo mismo los mantiene aún juntos. En este mundo mixto y restringido aún es posible hacer trabajo constructivo, aún cuando los constructores no sean hombres de Dios. La familia de Noé no fue la única que construyó el arca. Los candidatos para la muerte siempre están contribuyendo con su parte.

Pero también debemos observar un tercer aspecto: a saber, Que ese proceso de temperancia, de moderación, es siempre constante, aunque no lo es la restricción o el proceso de reducción de la ira. Hasta ahora hemos mencionado estas dos cosas a renglón seguido. Eso era permisible, pues Dios atempera (i.e., controla, guía, mantiene en control) por medio de la restricción (reteniendo). Pero la temperación es un asunto de *gobierno* (algo que permanece para siempre, tanto en el cielo como en el infierno, y en todas las edades), y la restricción es una *manera* especial de gobernar (lo que cambia la *manera*). Apocalipsis capítulo 20, lo mismo que II Tesalonicenses capítulo 2 nos dicen que Satanás será desatado, con una acción de desatado que sucederá *en el lapso del tiempo*, y que «quien detiene» al Anticristo un día (también en el marco del tiempo) «será quitado de en medio.» Esta *restricción jamás faltará de forma completa en este mundo*. Pero estará *completamente* ausente en el cielo y en el infierno.

Sin embargo, en el tiempo no será una *medida* constante. Un día es más fuerte que el otro. En ciertos períodos, Dios entrega a su pueblo a sus ideas ilusorias, y les *envía* (!) una «energía» de error (con efectos culturales para que uno se estremezca), y en otros períodos Él despierta en Su iglesia el Espíritu de arrepentimiento y conversión, quien a veces causa que el impacto de la predicación de la Palabra de Dios penetre muy profundamente incluso en los círculos de los incrédulos. De modo que, esta restricción disminuirá hasta un mínimo al fin del tiempo. Entonces

13 La bien conocida aria de la ópera *La Flauta Mágica*, «In diesen heiligen Hallen,» podría, además de en la «logia» adonde *realmente* pertenece, cantarse también en la iglesia sin ofender demasiados oídos, aún cuando la música de la ópera como tal ya es extraña al estilo de la iglesia. ¿Por qué? Porque la mente del compositor, aunque ebria de motivos budistas, fue incapaz de expresar su propio ciclo pagano teutónico de pensamientos en formas adecuadas de estilo: el estilo de la iglesia, este producto de muchos siglos, aún era demasiado en su forma de ser; porque no podía hacer hablar a su paganismo (Isis y Osiris) (cf. el «silencio» antes mencionado). En mi opinión no podemos razonar en este caso desde la gracia común sino desde la impotencia común, que es el resultado de un proceso de atemperamiento que no le permite a nadie trascender la creación [nota de Schilder].

cualquier status quo existente entre la iglesia y el mundo será cancelado—desde ambos lados—incluyendo en la vida cultural, de hecho precisamente allí.

De modo que todo el mundo—excepto los elegidos de Dios—se congregarán alrededor del Anticristo. Entonces, sus milagros (culturales)—que Dios *le permite* llevar a cabo por medio de Su permiso *activo*, es decir, a través de un proceso fantástico de poner a disposición el material cósmico con sus posibilidades inherentes, descubierto con gran velocidad—apartarán a la iglesia, como con grandes señales y maravillas falsas, de su proclamación de la verdad y la empujarán al apartado rincón de las antigüedades y de los fanáticos separatistas de mente rectilínea. Luego las llamas de la guerra cultural se levantarán como nunca antes: la propaganda de la falsedad aparecerá “respaldada” por algún hecho deslumbrante mientras la propagación de la verdad dependerá únicamente de la Palabra fiel que bajo esas circunstancias les muestra a sus confesores el significado de aquel dicho “difícil” de digerir: “Bienaventurados los que no vieron, y creyeron” [Juan 20:29].

Se entiende que estamos viviendo en un ínterin.

Y en el ínterin del ínterin.

Ya hemos discutido lo anterior: el ínterin entre las primeras y las últimas cosas de la historia (“ordinaria”).

Esto último se ha indicado en lo anterior: es el ínterin entre la era que aún no es anti-cristiana y la ciertamente actual parousia anti-cristiana del *hombre de pecado*, el gran héroe cultural, aunque *en pecado*, con su escolta proveniente del ministerio propagandístico del *falso profeta*: la bestia de la tierra (Apocalipsis Cap. 13).

Que al saber esto el confesor sea cauteloso, como nunca antes. Aún cuando las formas culturales son iguales, él debe distinguir la desigualdad en la *tendencia* cultural.

Pues cuando bajo el impacto de la ley del atemperamiento y la restricción por parte de Dios queda “aún” una posibilidad de un amplio rango de desarrollo de la ciencia y el arte, del comercio y la industria, de la comunicación nacional e internacional, de la tecnología o de cualquier otra cosa, entonces esto en verdad sucede “aún” a un cierto grado de “cultura.” Pero este “aún” está determinado por el hecho de que

Satanás “todavía” no ha sido desatado. ¿Quién no percibe el movimiento hacia el fin del íterin del íterin cuando ha escuchado a Bach y... el jazz? En tanto que las actividades culturales no sean conducidas en fe, de acuerdo a la Ley de Dios y para Su honor, estas operan con “restos” podridos, lo que es decir, “vestigios.” El material (de Génesis 1, la naturaleza cósmica) permaneció. Y quedan aún *restos, residuos* de los *dones originales*.

Por supuesto que al usar la palabra “*residuos*” no *solamente* se tiene en mente un sentido *cuantitativo*, pues aunque aún quedan algunos “restos” cuantitativamente medibles de los dones originales, eso que es *cuantitativo* se puede marchitar y ciertamente así sucederá. Por lo tanto estos residuos de dones también son llamados *vestigios*, i.e., huellas que quedaron atrás. “*Vestigios*” no es un concepto cuantitativo, pues las huellas dejadas por la pata de un perro o por el zapato del hombre no son residuos de los mismos. Reconocer el doble hecho de que siempre habrá residuos de los dones originales—la *temperación* es constante—pero que esos *residuos* se harán cada vez más pequeños y que la “luz de la naturaleza” será *suprimida* cada vez más (Cánones de Dordt), y que (para el observar que *cree*) aún con residuos *más pequeños* siempre habrá (de acuerdo a la fuerza y agudeza de su perspicacia de fe) claros *vestigios* en un mundo cuyo estado es de sopor, vestigios de los dones paradisíacos (incluso en la idiotez cultural anti-cristiana), sin embargo hablamos, *en este sentido* y con *estas* reservas, de “residuos” y “*vestigios*.” Conclusión: residuos-tragedia: la cultura nunca se aleja más allá del *intento*. Dios ciertamente ha *dejado* algo en el hombre caído. Pero estas cosas son solamente “pequeños residuos” de los dones originales del hombre, respecto a los cuales la confesión calvinista habla de una manera especialmente brillante y peligrosa.¹⁴ Incluso cuando han sido reducidos a su mínima expresión o *profanados* al máximo (Cánones de Dordt), aún son *trazos*. En el próximo pandemónium de la revolución cultural contra Dios y Su Ungido, el creyente descubrirá los *trazos* de las riquezas de la vida paradisíaca—pero solamente él. As cohortes anti-cristianas no verán ahí los trazos del “ayer,” sino sólo las primeras briznas del “mañana,” aquel mañana que ellos esperan (en vano), pero que ha sido cortado por el Juez celestial. Hasta entonces los cristianos

14 Esta declaración en la primera edición de este libro llevó al Dr. V. Hepp a hacer sonar el timbre de alarma: “amenaza de deformación,” crítica de la Confesión. No sin algún grado de simpatía por el ámbito de esta crítica, permitimos que la característica permanezca. Puede ser de interés para aquellos interesados en la dogmática que como Franciscus Junius, un teólogo del “florecimiento” de la Reforma, hizo una declaración similar: *de Deo etium verum dicere periculosum est* (incluso hablar la verdad con respecto a Dios es peligroso) [nota de Schilder].

seguiremos edificando, en esperanza contra esperanza—así como Noé construyó el arca, en sus “últimos días.”

Lo sabemos: estos residuos, llevándose a cabo en un mundo que está “restringido” por Dios de acuerdo a la medida de todos Sus tiempos, y donde ni un simple volcán de pecado, ni un solo horno de gracia, pueden descargarse de una manera *absoluta* y adecuada, un mundo que día tras día es preservado contra la *suma* de su propia destrucción, y que es continuamente protegido del éxito ilimitado de sus propias tendencias destructivas—estos residuos, en *tal* mundo, todavía son capaces, según el esquema de desarrollo y restricción que Quien envió a Cristo mantiene en el progreso cristológico de toda la historia, de instigar nuevas contribuciones culturales, en tanto que a Él le plazca. Esta es una instigación de posibilidad de lo que ya fue dado en el mundo paradisiaco, y que tiene su *kairos* sólo porque Cristo tiene Su propia meta e intención con el mundo y lo “salva” (“del fuego”). Sin embargo, los residuos en cuestión no pueden forzar jamás una irrupción, o lo que es peor, nunca pueden producir ningún trabajo que sea *sólido, que verdaderamente tenga propósito*; nunca fiel al estilo, ni siquiera fiel a la naturaleza. Pues *limitado* a la naturaleza es algo totalmente diferente a *fiel* a la naturaleza. En el *actuar* de uno (interviniendo en la historia de manera responsable) uno sólo es “fiel” a la naturaleza cuando uno es éticamente fiel a su Creador. Una cultura que desee mantenerse separada de Dios no puede consumarse a sí misma, jamás puede alcanzar unidad; jamás puede madurar; se consume y se dispersa a lo largo de todas las edades si de forma constante continúa siguiendo el curso que ha escogido. El no regenerado *detiene* lo que *retiene* (lo detiene con injusticia [Romanos 1:18]; Cánones de Dordt [III/IV, Artículo 4]). Nunca ha nacido un *único* estilo continuado cada vez que se dejó de reconocer a Cristo como el Legislador. Junto con las “*tendencias* culturales” que se han hecho sentir en pueblo, razas, sociedades, el monstruo de la *parálisis cultural* inmanente aparece una y otra vez: puede ser que los arquitectos estén edificando, pero se ha perdido el diseño original. Están construyendo de manera fragmentaria.

Cada siglo tiene su propio “*fin-de-siecle*.” Todo aquello que es pesado se torna pesado en extremo. Con la ayuda de *instrumentos* culturales—tomemos por ejemplo, el cine, que fue el resultado de la *construcción* cultural pero que, una vez que estuvo allí, debió haber sido un *instrumento* cultural, en cuyo caso hubiese mantenido su lugar en el *todo* pedagógico—la gente no va a edificar sino a destruir: le van a robar a Dios. Todo *maestro contratista* irá a la bancarrota si sus empleados se enamoran de sus *instrumentos*, si los refinan y “cultivan” para sí mismos, entretanto que niegan el amor por la *edificación*. Aquellos que son ahora conscientes de esto: nuestro Edificador en Jefe (Dios) nunca irá a la bancarrota, pues Él tiene una gran multitud de albañiles y obreros, incluso entre Su pueblo cristiano. Pues aún entre ellos hay tontos que claman con respecto a cualquier *instrumento* cultural: ¡el *cultivo* de tal

cosa es *cultura*! Se sienten avergonzados si no avanzan. Pero esto es una tontería. La *culminación* de un *instrumento* cultural *en sí y para su propia causa es, en el menor de los casos, una impiedad*—idolatría (lo que cae en el mismo encabezado de adoración de ídolos como también el personalismo que rechazamos al principio). Una película como fin en sí misma, los deportes como fines en sí, las bellas artes como fines en sí, todos han tenido algo que ver con la cultura; pero la técnica de cultivar estos así llamados “territorios” (;ay, ay, ay!) aparte de la *meta* y del *todo* (lo que es decir, el gran área de operación que es el mundo llevado de regreso a Dios) es *como una inactividad, no construcción* sino destrucción: el *agape* para la *meta* cultural se convierte entonces en *eros* con respecto a los *medios* culturales. Con la ayuda de un martillo uno puede construir, pero también *destruir*. De modo que, este mundo está siendo destruido hoy, no por los deportes, el cine, etc., sino por aislar esas cosas como buenas en sí mismas.

Las películas, *consideradas hoy como punto de interés y preocupación*, están siendo perfeccionadas técnicamente cada vez más; pero no son algo constructivo sino destructivo. En lugar de ser un medio de educación, se han convertido en un medio para cegar los ojos de la gente. Cualquiera que llame cultura a esta actividad porque el cine origina fuerzas culturales olvida que “colere” todavía significa edificar, no derribar. Incluso Satanás puede pelear *en contra nuestra* con la ayuda del material que está disponible para él en el mundo de nuestra “sunosia.” Lo mismo es verdad con respecto al Anticristo. La bestia de Apocalipsis 13 no entra a nuestro mundo a través de una chimenea, sino que ha estado con nosotros en nuestra “sunosia” desde nuestro mismo nacimiento.

21. La Cultura del Anticristo

En los últimos días, cuando Dios elimine el íterin-ley de Su restricción, y en una dramática tensión repentina traiga rápidamente sobre el mundo la catástrofe del gran juicio, el Anticristo planteará un *plan de acción* con el objeto de levantar a toda prisa una visión de la *anti-cultura* inspirada en el pecado ante los ojos del mundo, una visión que estará contra cualquier aspecto de cultura que tenga la más mínima reminiscencia de la influencia cristiana, y que tratará de llevar a su realización por medio de un *anti-programa*. Pero, para poder entender lo que esto significa para nuestro tema, tenemos que poner atención a *dos cosas*: *primero*, el Anticristo es un dictador. *Segundo*, será lanzado de entre las almenas, en las que se glorifica a sí mismo, “a la mitad de sus días.”

En primer lugar él es, como hemos dicho, un dictador. Esto significa que los orígenes de sus actividades, incluyendo sus planes demoníacos anti-cultura, no proceden de las vías normales del desarrollo de lo que ya existe, sino que son

endilgados *a la fuerza* sobre un mundo dividido contra sí mismo. De acuerdo a las estrictas normas de la lógica del juicio de Dios, el cual endurece el corazón, y a medida que se dispersa sobre el mundo, Dios mismo *le capacitará*. El mundo “democrático” sufrirá su castigo cuando termine en manos del Dictador Dorado. ¿Cómo y de qué manera le capacitará Dios para llevar a cabo esta obra de maldad? Por medio de Su “permiso activo” antes mencionado, que le otorga al Anticristo la realización de muchos descubrimientos necesarios para los “milagros del Anticristo” (II Tesalonicenses 2, Apocalipsis 13). Se lucirá con ellos: los materiales del cosmos serán usados en el altisonante juego de la inmoralidad última organizada. La infatuación con fragmentos culturales, destellos culturales, e instrumentos culturales—apenas registrados, inventados de forma milagrosa—*esa infatuación* se convertirá entonces en el más frívolo exhibicionismo, un carnaval de inmoralidad, desvergonzado y sin respeto de Dios ni de hombre. La “colere” cesará, se discontinuará el establecimiento de metas a largo plazo, y debido a la mera infatuación con las *cosas* culturales, la *comisión* cultural tal como Dios la dio será rechazada. Pero debemos añadir: esta dura realidad no será *reconocida* a no ser entre la cantidad grandemente reducida de los últimos cristianos perseguidos. Este encaprichamiento con las *cosas* culturales se identificará como el *mandato* cultural de la alabanza del hombre por el hombre. Aquellos que no se unan en el canto de esta alabanza serán sentenciados como aguafiestas: los dictadores no conocen la compasión.

Y el hecho que mencionamos en segundo lugar, que en el juicio de Dios el Anticristo será lanzado de entre las altas almenas “a la mitad de sus días,” prueba que su “estilo de desarrollo” no puede llegar a su fin y que su programa *no llega a completarse*. Cualquier *cultura* de infatuación excluye el *amor* y *debe* desaparecer como el humo y el vapor, pues es el tirón convulsivo final de “los impíos” del Salmo 68. Esto significará castigo para el Anticristo, su juicio. Ciertamente. Pero al mismo tiempo significará la revelación de su impotencia: todo juicio se corresponde con la condición inmanente de la persona en cuestión.

Por lo tanto, es muy apropiado que el último libro de la Biblia nos dice que el número 7 se ajusta a la obra de Dios, como también el número 1000, el número de aquello que es completo de forma perfecta, pero que el Anticristo no puede ir más allá de la cifra $3\frac{1}{2}$. Es decir, *a mitad del camino* (pues $3\frac{1}{2}$ es la mitad de 7) su obra será destruida, junto con él mismo. La “cultura” del Anticristo dejará en su estela únicamente torsos, cuando el horizonte arda con el fuego que será visto incluso a orillas del mar de cristal, el fuego de los juicios de Dios. La feria cultural anticristiana del Juego Serio, en honor del *Homo Ludens*, aquel ídolo, será el último esfuerzo espasmódico del hombre, quien fue creado con la habilidad natural de una mente esquemática, esquemáticamente (es decir, en un estilo satánico e incluso

satanizante) por levantar una anti-congregación contra el *coetus* de Dios. Pero la Biblia, al escribir el número “3½” sobre los brillosos productos culturales de esta “guerra final por la cultura” y convulsión de pecado, muestra que la estructura cultural de los últimos días es solamente una pirámide truncada.

Esto le confirmará al ojo de la fe lo que ya hemos afirmado, a saber, que nadie está capacitado para la *construcción* ecuménica, para un “colere” continuo y homogéneo en el sentido *real* escatológicamente determinado de la palabra, a menos que viva y labore “a partir” de Dios. Tampoco puede lograrlo ningún tipo de comunidad.

22. La Gracia Particular también Redime la Cultura

Contra el deprimente cuadro de tal pirámide truncada se levanta la estructura, inicialmente fiel a las normas, de la iglesia, y del Reino de los Cielos. Al grado en que la Palabra de Dios gobierna allí.

Este Reino *tomó en consideración* por adelantado el dolor de ser tolerado ante la vista de esta pirámide truncada. Tan pronto como el pueblo de Israel o sus reyes olvidaban que la nación era también *Iglesia* y que la iglesia en *toda* batalla, incluyendo la batalla cultural, puede conquistar solamente *por medio de la fe*—es decir, aceptando con gozo los contenidos de la revelación que le han sido confiados—entonces sólo esta nación, con su casa real, permanecía ahí para *llorar* a la vista de un muñón semi desgarrado. La casa de David, el edificio nacional de Israel, llegó a ser aquel muñón semi desgarrado. Llegó a ser tal *precisamente* en el sentido *cultural*: el exilio babilónico, la destrucción de Jerusalén. Entonces el pueblo, que había dirigido su mirada a la cultura de las “naciones civilizadas” (los paganos), que había estado dispuesto a “competir” con ellos y a pujar con ellos en el mercado de la cultura, dijo: ¡Ay, nada va a brotar de este muñón semi desgarrado! ¿Quién ha visto jamás algo tan imposible? Pero entonces los profetas dijeron: “Reprime del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos” (Jeremías 31:16). Y Ezequiel tuvo que convertirse en señal para el pueblo que miraba la destrucción del deseo de sus ojos—el deseo de los ojos que ven solamente las cantidades culturales. Él mismo perdió también el deseo de sus ojos (su esposa) pero *no se le permitió llorar* [Ezequiel 24:16, 25]. ¿Por qué no? A causa de la congregación fiel al pacto, la que tomaría en serio la Palabra del pacto una vez más (Jeremías 31), un brote saldría de aquel muñón semi desgarrado de la cultura, una “Rama,” que sería el *Cristo*, el Buen Pastor. Él es un *Pastor* porque provee en toda necesidad, incluyendo en la necesidad cultural: “su pan y sus aguas serán seguras” (Isaías 33:16).

Allí tenemos la construcción cultural del pueblo de la iglesia: el contenido de la *promesa*. Esta promesa también es de un contenido cultural: ha sido dada *por medio*

de la gracia y de manera evangélica. Este don de gracia será “suficiente”: “Bástate mi gracia” (II Corintios 12:9). ¿Suficiente para qué fin? Suficiente para alcanzar el fin del tiempo en fidelidad al oficio de uno y a no perder de vista la *meta* de la “colere,” no del Dios que siempre desea ser adorado por los Suyos.

Tan sólo dijimos: es *suficiente*. ¿No es orgullo cultural decir que la gracia es suficiente? Esto es lo que se le reprocha al “Neo-Calvinismo.”

No, con esto no estamos alentando algún orgullo cultural cristiano. Pues no hemos dicho más de esto: que la *gracia* es suficiente. Además, reconocimos que también la iglesia y el Reino de Dios están viviendo bajo la presión universal de la *ley de la restricción*, esta Aguda Resolución de Mitigación promulgada por Cristo el Rey. Aún los creyentes jamás finalizan sus *esfuerzos* culturales. Ellos también tienen sus pirámides truncadas, si uno le pone atención al pequeño *trozo de trabajo*. No, ésta no es razón para el orgullo. Pues, de hecho, los números 7 y 1000 se ajustan al Reino de Dios y a la Iglesia no porque involucran o incluyen la labor *humana* sino sólo porque en ambos números Cristo está efectivamente activo con Su Espíritu. Pero—*por este Cristo* se ha comprobado al menos esta gran realidad: que la cultura *sana* y armoniosa, debido a que tiene una estructura con propósito, un estilo limitado por las normas, está presente, *verdaderamente* presente, sólo ahí donde Dios, por la gracia especial, crea una vez personas vivas de entre los muertos y donde los “hombres de Dios” son “preparados para toda buena obra” (II Timoteo 3:17): allí, además, cada vez que Él *los vincula mutuamente* junto con sus obras. Pues la construcción cultural teleológicamente dirigida no es un asunto de individuos separados sino de una comunidad cercana. Por lo tanto, el artículo de nuestra fe concerniente a la “comunión de los santos” (la “*koinonia*”) también tiene un significado directo para la cultura. Y un cisma en la iglesia—un verdadero cisma, no uno que crea la jerarquía—siempre significa destrucción cultural. Por un lado, la reforma de la iglesia, aún cuando la cantidad de confesores se reduzca, es siempre también restauración cultural. Y cuando esos verdaderos confesores son boicoteados y removidos con violencia de los talleres y de los centros generadores de cultura, aún así serán evangelistas: postes indicadores de cultura, aún cuando hayan sido desechados. Pues Jesucristo es el único que puede ser llamado verdaderamente una fuente de cultura.

Somos conscientes de que este punto de vista ha sido llamado “insolente.”

Sin embargo, aquellos que han hecho tales declaraciones no comparten nuestro “credo.” No conocían una Palabra de Dios que eficazmente entra en la *historia* de una manera *histórica*; es decir, produciendo continuamente frutos a partir de su propia semilla. La “Palabra de Dios” tal como la consideran no es una “*semilla* de

regeneración.” En su opinión, no se forja aquí ninguna “*cadena* de salvación,” bajo las nubes del cielo. Lo que produce fruto, a treinta, sesenta e incluso al ciento por uno, aquí abajo, en su opinión no puede haber sido nunca una semilla *de arriba*.

No trataremos más con esta teoría. Debiésemos ser capaces de oponernos con seriedad al Barthianismo sólo si hay más espacio disponible del que disponemos aquí.

Sin embargo, que nadie se engañe con la idea de que esto sería únicamente un choque de *argumentos*. Pues en el fondo nos encontramos ante una *decisión de fe*. Uno o acepta las Escrituras como son, como la Palabra de Dios, o no las acepta. Somos bien conscientes que, tan pronto como seamos privados de las Escrituras, nuestro “punto de vista” ya no podría aducir ninguna prueba para afirmar que está en lo correcto—justo como el otro punto de vista tampoco puede hacerlo.

Pero no *queremos* hacer nada excepto una declaración de *fe*, también en este tiempo. No solamente los temas con respecto a la “iglesia” y al “perdón de pecados” son asuntos de fe, sino que de *todas* las cosas se debe decir que se conocen sólo por medio de la *fe* y no por “experiencia.” Incluso las preguntas con respecto a la “sustancia” y la “apariencia” de la cultura se responden solamente por fe. Conceptos tales como “comunión” y “construcción” son asuntos de fe: si la confesión no tuviese nada que decir con respecto a *ellos*, entonces no merecería su nombre.

Pero debido a que aceptamos este punto de vista como el bíblico, no retrocedemos por sus consecuencias.

Mencionemos algunas de ellas.

23. La Cultura Sigue Siendo Incompleta en Esta Vida

La *primera* es que, hablando estrictamente, es incorrecto hablar de “la” cultura, de la cultura como tal. Esta manera de hablar hace uso de una cantidad imaginaria: es decir, en la medida en que se tuviera la intención de sugerir que hay *unidad* de empeño cultural. A esta unidad incluso le falta “trascendentalidad.” Así como no hay “*reine*” *Vernunft* (razón “pura”), no *reine Verstand überhaupt* (intelecto *puro* en general), no hay tal cosa como *reine Kultur* (cultura pura). Aunque la naturaleza es una, hay más de un uso y cultivo de la naturaleza. *Desear* es inherente en el hombre, también culturalmente; pertenece a su naturaleza. Pero la *aspiración* cultural es más que desear con la voluntad; incluye objetivos a largo plazo y a gran distancia.

Habiendo llegado a este punto, nos encontramos otra vez con la antítesis y con la

maldición que es el resultado del pecado, la maldición de la desintegración y la dispersión. El mundo todavía sueña con una Torre de Babel, y todavía su lenguaje es confundido cada vez que se emprende este gran proyecto. Ya no ocurre de la misma manera impactante como en la primera Torre de Babel. Ahora sucede más gradualmente. El castigo nunca es tan severo ni la maldición tan inmensa como cuando las cosas suceden de *esa* manera. En principio hay otra vez alguna producción cultural *einheitlich* [uniforme], nacida del Espíritu de Dios. Pero debido a que el no creyente, ese gran sectario, se aleja de ello—todo mientras establece sus centinelas en las cercanías del *material* cultural, quienes devuelven a cualquiera que es incapaz o que no está dispuesto a producir la contraseña de pecado (en realidad esto será el nombre de la bestia)—por lo tanto la cultura que se edifica por medio de la fe cubrirá áreas cada vez más pequeñas. Esta cultura *es* uniforme, pero del material que provee “oportunidades” para el impulso cultural esta cultura usa no más que *fragmentos*. El mundo de los cismáticos incrédulos—el pecado *es* cismático—no lo *quiere* de ninguna otra forma. En contra de esto se halla el hecho de que este “mundo” cismático en sí, aún cuando conquista *todas* las aproximaciones hacia las fuentes naturales, el material que ha de ser moldeado y cultivado y los ya descubiertos *medios* culturales, debido a su carácter pecaminoso y a la inherente destrucción de la comunión, produce no más que meros *fragmentos* culturales en su actual *territorio* cultural casi *universal*. Con los creyentes hay unidad en labor pero sólo fragmentación de las áreas de trabajo. Con los no creyentes hay un área unificada de trabajo pero fragmentación del trabajo: fragmentos, torsos, los exponentes de las divergentes aspiraciones y esfuerzos que no proceden de Dios se contradicen unos a otros, se cancelan unos a otros, y nunca son capaces de consolidarse en una unidad. Pues la unidad *impuesta* del estado totalitario anticristiano no durará mucho tiempo: si no fuese impuesto, esta parodia de unidad se rompería en pedazos.

Ya lo hemos visto, *en parte* con un sentimiento de vergüenza: incluso la cultura que está en concordancia con la voluntad de Dios no alcanzará su condición completa antes del día del juicio. En tanto que esto es un asunto de la ley universal del previamente discutido *retardo de poderes*, de “restricción,” de “domeñar,” por ello mismo nos hace humildes: nuestra vida no es sino breve y dependemos del “clima” en el que hemos nacido. Y si vemos esto como un asunto de ser saqueados por “el mundo” que nos desbanca del “territorio” que aún debe cultivarse, tenemos que llevar la cruz de Cristo. Y si es asunto del *pecado* que nos acosa a todos, que ha interrumpido (ahora seguimos la línea infralapsariana) desde el alfa hasta la omega el desarrollo gradual del primer mundo (cultural) dado, y que ahora hace inevitable la aguda tangente ascendente y descendente en la curva del retardo de la bestia y el Espíritu, entonces tenemos que profesar nuestro pecado en Adán delante de Dios. Y en el grado que esta incapacidad de finalizar la labor es más un asunto de

nuestro pecado directamente individual y de nuestra indolencia y falta de sabiduría, tenemos que hacer penitencia por eso y más aún esforzarnos en trabajar hacia una vida cultural sana, rica y amplia, en tanto que eso sea posible. Pues Cristo pone delante de nosotros *la obligación de la cultura*. No unirse en la cultura significa desobediencia deliberada por parte de los obreros de Dios. Significa no servirle a Dios *en lo que le pertenece*.

Pero también tenemos que distinguir el *gobierno* de Dios en el hecho que “la cultura como tal,” la de los creyentes no menos que la de los no creyentes, *no puede* ser finalizada, pues Dios no deja que ningún poder se desarrolle plenamente, ni siquiera el poder de Cristo y Su Espíritu, antes de la gran catástrofe del último juicio. El retardo, hemos dicho, es la voluntad de Cristo y la ley establecida para el Anticristo hasta que la hora de la parousia de Cristo haya llegado. En contra de una “ley,” una ordenanza fija, el poder del hombre no puede hacer nada. No podemos desafiar al toro como para hacerle entrar en la arena antes del tiempo establecido. *No podemos* librarnos de la mano restrictiva de Dios. Pesada lo mismo que relajante, opresiva, pero con la inquebrantable intención de Dios de otorgarnos “tiempos de refrescamiento,” se halla sobre el mundo y su ajetreo. Pero no olvidemos: esta ley también opera *evangélicamente*: es cristológica. Dios no permite que los termómetros de la cultura sean destrozados por el calor prematuro, incluyendo esta razón: que Él está esperando por el último de los elegidos, lo mismo que por lo opuesto, el último reprobado. Ambos aún están por nacer en este mundo. Todavía tienen que ser rodeados por la atmósfera protectora de la tierra, que tiene un lugar para ellos, y sin la cual nadie puede jamás hacer obra alguna. Deben ser inmersos en la atmósfera de la temperancia que aún restringe al brillo de la gran ira de la redención, para que al mismo fin del prolongado curso del tiempo puedan cumplir el consejo de Dios con respecto a ellos mismos, conteniendo unos con otros en una batalla de vida o muerte, uno armado, el otro desarmado, cada uno obedeciendo un mandato diferente. ¿No hay en este retardo, en el hecho que la atmósfera no está siendo rentada en parcelas, un espantoso tipo de ira, además de una gracia asombrosa? El poder *que retarda* se halla sobre la vida del mundo como una presión atmosférica. El balance no será roto y la atmósfera no será arrendada antes que esos dos hayan completado su curso. Entonces a todos aquellos que son del segundo Adán se les permitirá que tomen con ellos para siempre los frutos de la batalla cultural en tanto que el nuevo mundo de Dios proveerá el espacio para ellos. Entonces entrarán en el mundo de la *saciedad* plena que precisamente como tal disfruta los frutos de la cultura, pero que ha pasado más allá de la *lucha* cultural. Entonces, pero no antes.

24. La Cultura No es una Entidad Independiente

Una *segunda* consecuencia del punto de vista que hemos tomado es que en nuestra discusión con respecto al cristiano y la cultura tampoco debemos *proceder de la* ficción de la “cultura como tal.”

No hay una sola “esencia cultural,” ciertas “formas” con las cuales nos encontramos o que nosotros mismos podríamos llegar a “ser.” No existe el mundo del alma, o del espíritu, o la razón o logos. Todos estos términos son meras abstracciones. Serían más o menos inofensivos si no estuviesen siempre relacionados con la idea panteísta de que la ley *moral* acompaña a la cultura universal en sí, como si en la cultura “Dios” llegase a ser consciente de “Sí mismo” y eso mismo determinase el “Sí mismo.” En contra de esto el cristiano profesa que Dios no llega a ser, sino que es, que ha tomado y establece Su decisión conciliar desde toda la eternidad, y que impone Su ley moral sobre nosotros *desde lo alto*. Esta ley obliga nuestras acciones. Estas son acciones ya sea del nuevo hombre que ha sido producido por Dios o del viejo hombre que ha sido despiezado por Satanás.

Por lo tanto, no estamos tratando de encontrar un contrapeso práctico en una adaptación cristiana (suponiendo que tal cosa fuese posible) de una novela acerca de *la peur de vivre* [el temor de vivir] en contra de las versiones cripto-vitalistas de una versión “cristianizada” y retocada de Pallieter, o de algo por el estilo. Debemos *servir a Dios*, cada uno a su propia manera, usando ya sea un delantal de cuero o una toga académica—no hace ninguna diferencia. Cada uno en lo que le es propio, usando botas de hule o cargando una lata de gasolina, con un martillo y una hoz (estas cosas *nos* pertenecen) como emblema, o con la paleta de un pintor, en lugar de un incensario per se. Tenemos que servir a Dios, cada uno en lo que le es propio, en la nueva comunidad creada por Dios. “En lo que le es propio” significa aquí: de acuerdo a su propio *llamado*. Pues el llamado, no la aspiración sin inspiración, determina lo que es “nuestro propio.” Debemos detestar como la plaga la formación de grupo que determina sus límites y criterios para la membrecía aparte del llamado divino. El carácter individual o la disposición de todos debe estar alerta contra el peligro de crecer de manera egoísta más allá de sus límites y debe tratar de ajustarse en la estructura de la comunión en la que el llamado divino (que ha de conocerse a partir de las Escrituras y del curso de nuestra vida) nos ha reservado un lugar. Establecer “koinonia” en la “sunosia,” como miembros de la unión mística de Jesucristo, *eso* es cultura cristiana.

25. La Abstención Legítima e Ilegítima de la Cultura

Una *tercera* consecuencia de nuestro punto de vista tiene que ver con el tema de la

abstención de la cultura. ¿Hay espacio para eso? Y si es así, ¿en qué grado, por qué y para qué fin?

Este problema tiene muchos aspectos, demasiados para resumirlos aquí. Tendrán que bastar algunas pocas observaciones.

Primero que todo, debemos enfatizar que, puesto que hay un mandato cultural que existía incluso antes del pecado, la abstención de la *labor* cultural es siempre pecado: huelga de brazos caídos. Y ahora que Cristo ha hecho habitar en Él mismo todos los verdaderos tesoros de la “cultura,” debido a la “gracia,” la abstención *por causa de* la abstención no es nada sino una renuncia a Cristo, pobreza auto-impuesta y pecado delante de Dios. En *este* sentido la abstención del cristiano en los asuntos culturales jamás debiese predicarse. “Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado” [I Timoteo 4:4, 5]. Dice: todo lo *creado*.

Los productos de las manos de Dios no son lo mismo que los nuestros: Su “grano y su malta” difieren de nuestros *productos* hechos a base de malta o de nuestro licor destilado. Y precisamente porque toda *criatura* de Dios es santificada por “la Palabra de Dios” (Dios *hablándonos*) y por la “oración” (nosotros hablándole a *Él*), es decir, en un verdadero compañerismo de pacto, la abstención de la acción cultural, o, en otras palabras, la negativa a que la “criatura” de Dios aparezca en tratos de pacto con Dios, no es sino un asunto de *limitar* estos tratos. ¿Y qué decimos generalmente sobre el amor que arbitrariamente estrecha el alcance de sus tratos?

Existe también un tipo de abstinencia en la que uno evita ciertas áreas de la cultura porque uno encuentra muy difícil seguir el mandamiento de Dios en esas áreas, se considera uno mismo incapaz, contemplamos la elevada presión de encontrarnos bajo presión como algo demasiado problemático, y por *esta razón* se evita esa área particular. Debe quedar claro que tal abstinencia es pecaminosa. Evitamos con preocupación la zona cultural porque no queremos un conflicto con la Ley de Dios. Sin embargo, esta abstinencia es en realidad una manera de evadir a *Dios mismo*. La persona en cuestión no quiere ningún problema con Él, el Legislador, pero al mismo tiempo no permite que Dios le muestre el beneficio que le acompaña. Por lo tanto, la renuncia jamás debe desearse “como fin en sí misma.” Se puede justificar y es imperativa *sólo* cuando nos es impuesta como una *medida de aflicción*.

Pues ciertamente habrá aflicción hasta el fin del tiempo. Y aumenta, y poco a poco se hace peor.

Pues es tiempo de guerra.

Debido a la guerra que Dios aún mantiene contra el pecado, y que el pecado mantiene contra Dios, no hay *en ninguna parte* la posibilidad de un desarrollo simultáneo, armonioso y centralmente guiado de todas las fuerzas culturales. Así como el desarrollo normal de las fuerzas inherentes en la vida de una nación que está involucrada en una guerra es posible únicamente tan pronto como las armas son depuestas, así la comunidad de la nueva humanidad puede encontrar su “reposo” solamente en la labor normal de la nueva tierra. Entonces la guerra habrá acabado.

Este motivo de guerra nos muestra aún otro aspecto sobre el tema de la abstinencia. Dios tiene millones de personas en Su creación, pero *solamente una parte* de esos millones *comienza a cumplir sus obligaciones*. Por lo tanto, la comunión de los hijos fieles de Dios se halla *mucho más cargada de responsabilidades* de lo que sería si *toda* la gente temiera y sirviera a Dios. En nuestro tiempo, se escuchan quejas frecuentes de parte de los no creyentes acerca de la distribución desigual de los bienes. Pero aquellos que se quejan sobre esto separados de Dios están haciendo básicamente la misma cosa sobre lo cual le reprochan a la sociedad. Vaya y dese un paseo cerca de los cines, eche una mirada a los brillantes mensajes publicitarios, y mire cómo incluso los pobres en grandes cantidades pagan sus entradas. Piense en la enorme organización detrás de esta “labor cultural” carente de poder y lamentablemente practicada de forma anticristiana, y en este único ejemplo verá la prueba de una distribución impía de los bienes. El obrero cristiano, que trabaja duro por cada moneda y que el domingo la coloca en la bolsa de la colecta para la obra misionera, también está involucrado en la “cultura,” si bien indirectamente. En su caso, con que diera la mitad de esa cantidad hubiese sido suficiente si los flojos que gastan su dinero en los cines hubiesen sido capaces de encontrar la línea divisoria entre el entretenimiento y el trabajo, el esfuerzo creativo y la recreación. Las sumas de dinero que se dan por una sola película mala han sido tomadas, por ejemplo, de la obra misionera, que también es una labor cultural, aunque no exclusivamente. Estos pocos ejemplos pueden ilustrar el hecho de que los cristianos como comunidad están fuertemente cargados con respecto a la educación, las misiones, la iglesia, la filantropía, etc. En cada paso están acompañados por la anormalidad, pues el hijo que *trabaja* en la viña de su Padre está *sobrecargado* porque su hermano no trabaja con fidelidad para con el Padre.

Por lo tanto, la abstinencia cultural, en cualquier forma y respecto a cualquier detalle, en tanto se origine en el resentimiento, la pereza, el retraimiento, la negligencia o la perspectiva restringida, es pecado delante de Dios. Desdichadamente debemos admitir que en este sentido el mundo a menudo nos critica y con sobrada razón. Pues aparte del resentimiento que hace que incluso los cristianos corran detrás de cosas que nunca pueden lograr o manejar por ellos mismos, un pietismo supuestamente

edificante ha olvidado con demasiada frecuencia—e incluso catalogado como herejía—que la obra de redención que nos lleva de regreso a las cosas “originales” impone sobre el nuevo hombre la *responsabilidad de la cultura*. Pero por otro lado, *en cuanto* a los no creyentes que critican, y que descuidan su llamado, estos están de hecho *en huelga* y en asuntos culturales *siempre rechazan una división normal del trabajo*. Los cristianos que *conscientemente* se abstienen son *héroes* cuando recurren a su “ascetismo” *negativo* para preservar lo *positivo* (auto-entrenamiento, auto-ejercicio) para el futuro desempeño de sus responsabilidades, con la condición, primera y más importante, de aquello a lo cual somos especialmente llamados. Un pueblo cristiano que sostiene sus propias instituciones de educación superior, que apoya a los misioneros, y que cuida a los necesitados que les fueron entregados por Cristo, salvándolos así de las garras del absolutismo estatal (¡aquel pionero del Anticristo!), haciendo mil otras obras de obligación divina, y no menos *debido a que* además de esto no es capaz, por ejemplo, de producir un imponente teatro cristiano—suponiendo que tal cosa fuese posible—o de establecer una amplia organización cristiana de carácter estético y artístico, tal pueblo es en verdad una comunidad de héroes.

Cuando se abstiene de manera voluntaria por esta razón, tal abstención es, entre otras cosas, *auto-restricción* y al mismo tiempo auto-ascetismo, auto-desarrollo del hombre de Dios que desea continuar involucrado en aquello a lo que ha sido *llamado*. En esto, sin importar que puedan denigrarle, está siendo gobernando por una amplia perspicacia cultural, pues *su* abstención debida a la aflicción coloca el tiempo bajo el arco de la historia del principio y el fin.

Esta clase de abstención no debiese caracterizarse como resentimiento sino que encuentra sus límites y legitimación, e.g., en Mateo 19:12, donde Cristo habla de aquellos que se hacen “eunucos por causa del reino de los cielos:” *por su causa*, no con el fin de evitarlo. Se reconoce en la escena presentada en Apocalipsis 12. Allí la mujer (la iglesia) va al *desierto*. No obstante—pues ella va al desierto después de la ascensión de Cristo al cielo, al comienzo de los “mil años” de Su reinado glorioso—*ha sido liberada* por el Hijo del hombre. Ella tiene los *derechos* de Sara, la *mujer libre*. Pero sufre *hambre* en el *desierto* junto con Agar, la sierva, la esclava. Su abstinencia voluntaria no es, bajo ninguna condición, una negación de sus derechos hereditarios, sino el mantenimiento de su propio estilo y un asunto de asumir una tarea cultural que la mayoría de la gente jamás toma en consideración: el servicio de Dios en la plena extensión de la vida humana, *hic et nunc*, de acuerdo a la ocasión (*kairos*) del tiempo de Cristo (*chronos*).

Es tiempo de guerra, incluso en nuestro *propio corazón*. También por esta razón la abstención puede ser una y otra vez una obligación para la *persona* individual en

muchos sentidos distintos que han de estar determinados individualmente en cada ocasión: de allí el ojo que tiene que ser sacado, la mano o el pie que es cortado, el campo o la casa que son dejados atrás, el cuerpo lisiado, el alma solitaria, y todo esto *por causa del Reino de Dios*. Pero *eso*, una vez más, no es abstención *por* la abstención en sí, sino una exclusión violenta de una falta de temperancia onerosa, por la cual lo menor se enseñorea sobre lo superior. En otras palabras, no es asunto de indiferencia al estilo, o falta de cultura, sino precisamente *cultura* en el estilo, equipamiento y activación, auto-temperancia del hombre de Dios en y para Su servicio en el sentido más amplio.

26. La Cultura, un Asunto de Mandato, No de Favor

Además, una *cuarta* consecuencia, es que *aún* dentro del contexto de un lenguaje inexacto, no científico y popular, es definitivamente incorrecto *caracterizar* el problema de “Cristo y la cultura” como un asunto de “*gracia común*.”

Ya hemos expresado como nuestra opinión que en una descripción exacta y conceptual del contenido de nuestra fe no hay espacio para el término “*gracia común*,” al menos no en el sentido Kuyperiano, en el que “*gracia común*” se identifica con “*gracia universal*.” No vamos a entrar en más detalle sobre esto.

Sin embargo, uno podría preguntar: ¿Quién está siempre listo para una exacta delineación de los conceptos? ¿Quién es *capaz* de usar el lenguaje sin emitir ningún tipo de imprecisión? ¿Quién es capaz de escribir una sola página sin caer en el lenguaje figurado? ¿No puede ser que en una cierta definición, que aunque inexacta, gozosamente demos gracias por lo que aún nos queda, que un cúmulo de los vestigios de los dones de creación y la “*luz natural*” y su uso, no sean llamados “*gracia*”? ¿No se nos está permitido tomar un solo paso junto con los Remonstrantes o los Arminianos, quienes (según los Cánones de Dordt) hablaban frecuentemente de la “*luz natural*” mencionando la “*gracia común*”?

Nuestra respuesta a esta buena pregunta es que en esta ocasión no es buena. En esta ocasión decimos *no*, y creemos que aquí se ha pagado la matrícula.

Pues, en primer lugar, hay alguna diferencia entre “las ideas incipientes de la luz natural” que “aún quedaban” en el hombre y el *uso* de esta luz. La epopeya en la

que Abraham Kuyper ensalzaba la gracia común en las artes y las ciencias más de una vez pasó por alto señalar la distinción entre la luz y el *uso* de la luz. Pero con la pregunta: “¿*Qué es gracia?*”, precisamente esta distinción es el factor decisivo.

Pero, incluso aparte de lo que hemos dicho antes, tenemos otra objeción contra el uso *tendencioso* de la palabra “gracia.” En la actualidad escuchamos con bastante frecuencia a la gente hablar despectivamente del pensamiento “en línea *recta*” y de la “teología de un solo carril.” En ese punto generalmente tenemos dificultades manteniendo nuestra compostura. Requiere algún esfuerzo adicional cuando escuchamos esto de ciertos autores que funcionan como apologistas de los Sínodos Reformados Holandeses en los años 1942—1944 (e incluso después de 1946) y por lo tanto marchan contra aquellos que realmente no podrían (aparte de alguna visión diferente) sostener que los hijos del pacto sean nacidos de nuevo.¹⁵ A veces escuchamos a esos apologistas despotricar contra el pensamiento de “línea *recta*” y “de un solo carril” de sus oponentes. Pero ellos mismos tuvieron que prometer (y con respeto a *esta* promesa nada cambió) que no enseñarían nada que no estuviese en pleno acuerdo también con la declaración sinodal del año 1942, que se esmeró para asegurarnos que “entre nosotros” (significando aquellos de la confesión Reformada) tales residuos en el hombre como aquella “luz de la naturaleza” eran realmente llamados por el mismo nombre que los Remonstrantes también usaban: gracia común.

Bien, *esto* es demasiado “rectilíneo” para nosotros. *Esto* nos recuerda un riel que conforma una sola línea férrea. Pues la “gracia,” siendo inmerecida, “favor” al que no se tiene derecho, es entonces una palabra relacionada con aquello que es *permisible*, lo que está *permitido*. Por lo tanto, muchos cristianos han llegado a ver la “cuestión de la cultura” como otro asunto que tiene que ver con lo que es y no es permisible.

De ahí los numerosos contratiempos.

Pues en nuestra opinión—y toda nuestra argumentación lo confirma—el mandato cultural debe ser visto primordialmente como un asunto de “*mandamiento común*,” un “*llamado común*,” un “*mandato común*.”

Puede y debe no están separados el uno del otro. Nuestro punto de vista antes

15 El autor se refiere aquí a las declaraciones hechas por los Sínodos antes mencionados, e.g., la presunta regeneración y la gracia común y la decisión de que “no debiese enseñarse nada que no esté plenamente de acuerdo con ” estas declaraciones, lo que causó un cisma en De Gereformeerde Kerken en los Países Bajos [nota Van Rongen/Helder].

asumido muestra que el tema de la “cultura” es, *incluso antes de la Caída*, un asunto de *responsabilidad*, un mandato relacionado con la *creación*, de la religión *de la criatura* [Gods-dienst: servicio a Dios]. Y cuando el Catecismo de Heidelberg de manera correcta y radical declara que Dios no le hace mal al hombre cuando requiere de él aquello que ya le había sido impuesto en el *paraíso*, *aún cuando no puede hacerlo más*, entonces esta respuesta vuelve su agudo filo contra aquellos que permiten que su teoría de la “gracia común” enseñe *sólo* y exclusivamente sobre aquello que el estatuto de Dios nos había dejado como *concesiones*. *Labrar el huerto*—Dios no le hace mal a ningún hombre cuando aún requiere la misma cosa de él, aún cuando no pueda hacerlo.

Todo esto está estrechamente conectado con más de un importante teorema, incluyendo con respecto a la estructura metodológica. Al tomar la “gracia” como su punto de partida, la doctrina de la *gracia* común ha escogido como el punto de partida para la formulación del problema las cosas que *después* de la Caída han *quedado* para nosotros. Pero aquí comete más de un error. *Sin descuidar* lo que sucedió después de la Caída, tiene que ir al pasado, a lo que sucedió antes de la Caída con el objetivo de entender las intenciones de Dios. Además, una y otra vez habla sobre aquello que “aún” ha sido “dejado” para *nosotros* (los hombres), como si los *hombres* fuesen lo más importante aquí, en lugar de Dios. Por lo tanto, esta teoría es más antropocéntrica que teológica. Y al cometer este error necesariamente comete un tercero: comienza a lanzar notas culturalmente optimistas de una manera *culpable*. Pues la “naturaleza” (como el material que ha de ser moldeado) nunca “nos” ha sido “dado,” sino que ha sido “puesto a nuestra disposición”—de la manera en que una compañía naviera ha puesto un barco a disposición de un capitán con el propósito de que pueda trabajar *para la compañía* en el negocio del transporte marítimo; el barco ciertamente no es un regalo. Cuando Dios nos permite seguir siendo parte de Su creación y cuando la naturaleza continúa co-existiendo con nosotros, entonces el hombre que se siente “rico” *en sí mismo* debido a lo que “él” una vez “poseyó” (!) dirá: Todavía tengo amplias *concesiones*. El otro, que jamás negaría que ama su trabajo y que disfruta la vida como una fiesta, dice a su vez: Mantente alerta contra la teología de un solo carril. Pues el hombre que es consciente de que ha sido designado por Dios como capitán del barco del propietario naviero eterno tiene que admitir: Me hallo bajo *órdenes* contundentes: queda mucho trabajo por hacer. En cuanto a la naturaleza—de la cual soy parte, junto *con* mi impulso hacia la cultura—deben sucederle todavía una buena cantidad de cosas antes que el mundo se hunda, o más bien, que trascienda (hacia un modo diferente de existencia). El mandato a “cultivarlo” en y por fuera de mí mismo como portador de oficio designado por Dios jamás ha sido cancelado—lo cual es una seria advertencia contra el valor “Pallietter” de la ciencia.

Por lo tanto, la cultura es un asunto de *deber*. Ella también se ubicó bajo el “mandato de vida” original, de vida en su sentido más amplio. Esta expresión no significa que haya un mandamiento: ¡Vive! Y tampoco es: ¡Hombre, atrévete a vivir! Pero sí significa que hay un mandato que en sí mismo imparte vida a todos los que lo obedecen.

Por lo tanto, los contenidos de nuestro llamado cultural nunca están determinados por nuestras aptitudes o gustos, como si estos pudiesen determinar las normas, pues el llamado divino primario es para todos: desear ser sensatos e íntegros, *teleios* en el sentido en que Cristo nos lo dice: sed pues vosotros perfectos, plenamente maduros, humanos pero jamás humanistas. Todos, junto con todo lo que les pertenece y con lo que le pertenece a la comunidad, tienen que presentarse ante Dios. No todos tienen una “conexión” con todos los fenómenos culturales. La variedad de *aptitudes* culturales no es culpable. Sin embargo, no tener una conexión *directa* en la aptitud propia para éste o aquel campo de la cultura (e.g., la música) no es lo mismo a *encerrarse* uno mismo con respecto a ese campo. Ver hacia la amplia guerra cultural sin interés es lo opuesto a la búsqueda de entrenamiento en el servicio consciente.

Por lo tanto, no podemos estar de acuerdo con aquellos que, con Abraham Kuyper, declaran que el Cristianismo o el Calvinismo, no pueden o no debiesen desarrollar su propio estilo artístico. Alguien ha dicho que *debido a esto* el Calvinismo no ha podido desarrollar su propio estilo artístico: su interés es la *religión* y se vio obligado a dejar las cosas “inferiores” a favor de las más “elevadas,” o al menos no fue capaz de desarrollar las primeras. En nuestra opinión el peligro de separar *otra vez* aquí la “religión” y la “cultura” simplemente se halla fuera de la puerta. Además, se crea entonces la impresión de que sería posible diseñar un estilo para un “área de la vida” y no para la otra. El “estilo” es siempre primero un asunto de *toda* la edificación, y sólo entonces de sus partes respectivas. Si un calvinista puede hablar de un estilo de vida, también puede hablar de un estilo artístico. Tememos que el fundador de una *universidad* libre [i.e., la Universidad Libre de Amsterdam] ha limitado demasiado su tarea. El servicio a Dios es sobre todo creativo, moldeador, y también creador de estilo. En tanto que el Calvinismo—para no mencionar más— *no* desarrolló su propio estilo en algún campo, este defecto es *parcialmente* (pues la reserva antes hecha aún está en vigencia) una señal de debilidad. Si la cultura es asunto del servicio cotidiano a Dios, este llamado es y sigue siendo inexorable, dentro de los límites de cada período de la historia de la salvación dado que estos límites son establecidos por el gobierno de Cristo, y todos tienen que esforzarse por ser hombres íntegros y completos, proporcionalmente hablando y en relaciones

cooperativas edificadas según las normas que se corresponden con sus propósitos. Pues este llamado *jamás* se queda sin producir un efecto *social*.

27. La Iglesia: Una Fuerza Cultural, aunque Indirecta

Debido a que las normas electorales de estas comunidades cooperativas son sus *propias* normas, derivadas de la Ley, cuya predicación y administración han sido confiadas a la comunidad de santos, por lo tanto la *quinta* consecuencia de nuestro punto de vista debe ser la profunda reverencia, incluyendo desde el punto de vista de la cultura, que se le puede demandar a *la iglesia*.

Como el Rey de *la iglesia*, Cristo es el Rey también de todo el mundo, el *Consumador* de la naturaleza en su historia (pues Rickert¹⁶ nos recuerda justamente el hecho de que *ella* [la naturaleza], también tiene una historia), el Embajador de Dios, quien desea poner a los pies de Dios todos los resultados del proceso cósmico de reclamación y reclutamiento, y por consiguiente, Él es también el Gobernador de la cultura, y el Juez y Recreador de sus órganos. En Él, Dios “recapitulará” todas las cosas (Efesios 1:10).

Acabamos de mencionar Efesios 1:10 y hemos hablado de una “recapitulación universal.” Hemos de prestar nuestra atención brevemente a la declaración de Pablo con el objetivo de poder contestar la pregunta en cuanto a cuál lugar particular se le ha dado a Cristo con respecto al “sumario de la historia,” que ha de estar determinado también culturalmente. Dice: “... de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos.”

Hemos derivado la frase “recapitulación universal,” entre otras fuentes, de una traducción de la declaración de Pablo tal como fue citada por Ireneo, uno de los “Padres de la Iglesia” (uno aún tiene el hábito de referirse a este tipo de *hijos* de la iglesia—algo que no siempre es inofensivo—al utilizar este término más bien cuestionable). Ireneo (c. 140-c. 202 d.C.) discutió una vez la ascensión de Cristo, su entrada al cielo y el hecho de sentarse a la diestra de Dios con referencia a Efesios 1:10. Donde Pablo dice que Cristo regresará para “reunir y juntar en uno” todas las cosas, el texto griego de Ireneo usa la palabra *anakephalaiosasthai*, que en el texto latino considerado por Rouet de Journel como excelentemente preservado se traduce por el verbo latino “recapitular.”

El Día de la Ascensión, visto con esta luz, significa el comienzo de esta *recapitulación universal*.

16 Heinrich Rickert (1863—1936) pertenecía a los “Neo-Kantianos” de principios del siglo veinte [nota de Van Rongen/Helder].

¿Qué tan buena es esa palabra para nosotros? ¿Nos ayuda del todo?

Eso depende de la pregunta de si “da en el blanco” al traducir la propia palabra de Pablo en Efesios 1:10. La Vulgata (la versión oficial de la Biblia de la Iglesia de Roma) hace uso de un término diferente en Efesios 1:10 (instauración)—una razón más del porqué la palabra “recapitulación” llama nuestra atención.

Muchos¹⁷ han hecho uso de ella. Daremos aquí sólo unos pocos ejemplos que al mismo tiempo nos permitirán comprender la intención.

John Owen (*Obras*, I, 147) se refiere a Efesios 1:10 cuando expresa la opinión de que los ángeles están incluidos en la “recuperación” y *recapitulación* de todas las cosas que Dios ha dado en Cristo. Por consiguiente, dedica un largo tratado a este tema, titulado *La Gloria de Cristo en la Recapitulación de Todas las Cosas en Él* (pp. 357s.). Refiriéndose a textos como Colosenses 1:20, 1 Corintios 11:3; Efesios 1:22 y 23, ensalza el poder de la redención, el cual habiendo sido diseminado por el mundo de Dios y luego roto es re-colectado bajo una Cabeza como una familia de Dios, como un cuerpo.

¿Son correctas estas interpretaciones?

La palabra griega usada en Efesios 1:10 permite otras traducciones; e.g., “reunir, juntar” (KJV), “unir” (RSV).

Mucho depende de la “atmósfera” de la cual uno cree que proviene esta palabra, o a cual “esfera de la vida” hace una referencia en su simbolismo.

Según una opinión, esta palabra tuvo su origen en un ambiente militar. Cuando los soldados pierden contacto con su unidad y deambulan de un lado a otro, uno

17 E.g., A Lapide, quien se refiere a Jerónimo como alguien que respalda la traducción “recapitulación” y también a Ireneo, *Bibl. Cr.* i.l., 92, hace referencia a Desiderius Erasmus y llega a la conclusión de que la traducción correcta es: *ad caput revocare*; que es aceptada por Vatablus, quien, sin embargo, añade: *vel, in summam et compendium redigere* (op. Cit. 95). Cf. Clarius (op. Cit. 98): *recapitulare, h.e. summatim comprehendere et compendiose instaurare*; y también Zegerus (op. Cit. 99): *brevi recapitulatione implere et summatim complecti universa mysteria longo tempore praenunciata*. La traducción “recapitulación” ocurre frecuentemente, pero su interpretación, no obstante, varía. Sobre Agustín, vea Menochius y otros [nota de Schilder].

debe tratar, si es posible, de hacerles regresar a su propio destacamento. Este es el significado que se toma de la palabra acá señalada.¹⁸

Sin embargo, otros ofrecen una interpretación diferente. Lo que tienen en mente no son tanto las operaciones militares como las aritméticas. Añadiendo ciertos números uno obtiene la “suma,” el “resultado.” “Suma” es en latín *summa*. La idea es la de consumación. Se logra la suma final y se subraya y ahora todos conocen el resultado.¹⁹ Entonces Cristo sería considerado como Aquel que resuelve la suma final, la suma total, mostrándonos: aquí todo es reunido. Otros han tenido en mente a los tenedores de libros, los que llevan la contabilidad, quienes suman montos de dinero²⁰ y nos dan el resultado en una cantidad final.²¹

En el lenguaje griego tal sumario, tal recapitulación, puede llamarse *kephalaion* (algo como: cabeza, principal), y el verbo usado por el apóstol Pablo se deriva de ese nombre. Según esta línea de pensamiento, Cristo mismo es la Cabeza, el principal, la suma total. Pero al mismo tiempo (!) “todas las cosas” son reunidas, recapituladas, en esta suma (la suma entonces es incluida “en” la suma; todas las cosas son la suma, incluyendo a Cristo, según esta línea peculiar de pensamiento que opera de una manera más bien algo extraña con las palabras “en Cristo”).

Sin embargo, la cantidad de interpretaciones propuestas aún no se ha agotado. Otros se refieren a una cierta palabra que se usaba entre los judíos en los días del apóstol Pablo. Significa “acuerdo” o “armonía” y se deriva de una raíz que puede traducirse como “cabeza,” o “resultado de la suma.” Este término técnico estaría entonces en armonía con la palabra griega *kephalaion*, y por consiguiente su significado sería reunir (todo lo sumado), lo mismo que en acuerdo lo uno con lo otro; *ergo*: ser reunidos en paz, unidos en armonía.²²

Nos gustaría mencionar una última opinión, uno que nos señala hacia las escuelas de los retóricos. Allí, un acto como el de Pablo significaba un breve sumario, en unos pocos puntos principales, de lo que se había explicado antes de una manera

18 Hugo Grotius, Hammondus, citado en J. C. Wolfii, *Curae Phil et Cr.*, (1734, p. 23); para Grotius, cf. su *Ann. en NT.*, y *Bibl. Cr. VIII*, i.l., col. 106, 113/4. Grotius no es categórico: *quae significatio huic loco maxime convenit, Bibl. Cr. 106* [nota de Schilder].

19 Dinant, sobre Efesios: cf. Wolfii, 23; Cameron *Bibl. Cr. VIII*, 101 [nota de Schilder].

20 Cf. H. Grotii, *Ann.*, i.l. 884, b [nota de Schilder].

21 Leidsche Vertaling (Traducción de Leyden): in *Christus saamvatten* [nota de Schilder].

22 Cf. Cameron en *Bibl. Cr. I.I.101* [nota de Schilder].

más elaborada.²³ Generalmente tal sumario no era una representación “neutral,” “desinteresada” en una suma total, sino que iba acompañada por una especie de palabra “apropiada”: una admonición, una censura, una palabra de consolación, o una declaración de demanda, como en un caso presentado ante un tribunal.²⁴

Uno también encuentra varias *combinaciones* de estas etimologías e interpretaciones. Por ejemplo, si entra en la cabeza de alguien enseñar que el hombre es un microcosmos, un mundo en miniatura, comprendiendo los elementos del mundo creado como en un sumario; y que Cristo, como el segundo Adán, es Dios y hombre en una Persona; el hombre (aquel compendio de “todas las cosas,” aquel microcosmos) será finalmente reunido con la Palabra eterna, el Logos.²⁵ O: así como algunas veces en los asuntos civiles un “miembro” que ha sido separado de su “cabeza” (e.g., una mujer separada de su esposo, la cabeza) es traída de regreso a su “cabeza” y así regresa a “casa,” la comunidad a la cual pertenece (e.g., una mujer que es regresada a su familia), así toda la creación, ahora separada de Dios, regresará a Cristo su Cabeza, y volverá a “casa” otra vez.²⁶ Entonces la creatura es la parte reconciliada.²⁷

Como se puede ver, las opiniones varían en gran manera.

Cualquiera que quiera llegar a su propia conclusión tiene que considerar que la palabra griega usada aquí no va de regreso a *kephale* (cabeza), sino a *kephalaion*. Esta última tiene claramente el significado de “sumario,” como por ejemplo en Romanos 13:9 y Hebreos 8:1. En Romanos 13:9, Pablo dice que los mandamientos de la segunda tabla se pueden resumir en la sentencia, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Este es, en todos estos mandamientos, el punto principal siempre recurrente. Es el sumario de la *Ley*. En Hebreos 8:1 el autor escribe: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote” como nos ha sido presentado en el Nuevo Testamento. La suma del *argumento*. Pero cualquiera que *anuncia* la suma o sumario, al mismo tiempo llega a una *conclusión*. Esta es la manera como Dios en la plenitud del tiempo dará la suma de la *historia*, de la historia de “todas las cosas.” Él dará la *suma*, no su *sumario* en una especie de “microcosmos,” un “compendio” de todos los elementos cósmicos, un “extracto” de todo lo que vive y se mueve. No, Él dará la *suma de y en* la historia de todas las

23 Cameron, I.I., cf. A Lapide, i.v. 475, b [nota de Schilder].

24 Aretius, *Comm. in N. T.*, 1612, i.l. 249 [nota de Schilder].

25 Ireneo, citado en a Lapide, i.l. 475/6 Cf. Photius, citado en Zanchius, *Opera*, t. VI. 19, b [nota de Schilder].

26 Aretius, op. cit. [nota de Schilder].

27 Aretius, op. cit. [nota de Schilder].

cosas. La dará para Él mismo (el medio). Uno podría traducirlo libremente en algo como esto: Él, para Sí mismo, traerá todas las cosas a y en su suma.²⁸

Es decir, no es una *recapitulación universal*, la finalización y elaboración de la suma de la historia. Es *universal*: pues “todas las cosas” estarán involucradas en ella y serán traídas a su consumación.

Sin embargo, “todas” estas “cosas” no eran cantidades estacionarias; estaban permanentemente en movimiento. En ellas se representó la única historia que ha habido. El sentido de la misma lo entendemos no a partir de esas cosas ni de su movimiento en sí. Pues, como hemos dicho también en otras partes, el aspecto enigmático no yace en la Palabra de Dios hablada o escrita, sino en los *hechos* de la *historia en sí*. Entendemos las cosas y sus movimientos sólo en y a partir de la Palabra de Dios.

Y nadie entre los hombres es capaz, a la manera de un retórico, de sintetizar la suma de la historia de todas las cosas en alguna fórmula, ni siquiera si nos colocáramos en sus zapatos de retórico. Pues vemos solamente en partes, y nosotros mismos somos solamente una parte. Incluso el Mesías confesó Su incapacidad en este sentido: “Pero del día y la hora nadie sabe... sino sólo mi Padre” [Mateo 24:36].

Pero Dios es el gran Retórico-Comunicador, y también el gran Poeta-Creador. Así Él se revela como el *único* Recapitulador—Contador. Su labor de contador o de sumar no es el acto de un niño que hace sus sumas, sino el de *administrador del tiempo*: éste hace algo. Mueve las cosas hacia el fin, hacia la *decisión*. Él habla en Palabra y hecho. En Su Palabra nos da revelación; en los hechos Él llega a revelarse y efectivamente se revela. Por esa razón Él puede hacer nuestras sumas y ciertamente las hace; *nuestras sumas son Sus sumas*. Él ya las tenía en mente aún antes que nuestra vida comenzara. Él es como el orador que capta y mantiene el interés de su audiencia: ¿Qué dirá después? Pero luego repentinamente dice “He hablado,” o “Amén.” El orador *en sí* sabe *muy bien* cuando ha llegado a su conclusión, su epílogo, en el que resume todo lo que ha dicho y así trae su pieza oratoria a un cierre, a la suma-en-palabras. Pero debido a que aquí estamos tratando con Dios, Quien es *no solamente* el Orador sino también el *Hacedor*, el epílogo de Su discurso es *igual* e inmediatamente el fin de Su actuación. Porque Su *actuar* es también Su *hablar* y Su *hablar* también es *hacer*, por lo tanto, tan pronto como haya llegado a la suma-de-la-revelación, al mismo tiempo habrá llegado a la suma-de-la-acción. Él “lo llama un día.” ¿Con respecto a qué? ¿A su hablar histórico? Sí, pero también a Su *actuar, operación y movimiento histórico* de todas las cosas. “Aquí terminan las oraciones

28 Medio; y además: “la idea causativa... no se debe a la voz sino al verbo en sí” (-o-oo), Robertson, Gramática del N. T., 2da ed., 809 [nota de Schilder].

de David, hijo de Isaí” dice en el libro de los Salmos (Salmo 72:20). La traducción griega dice por lo tanto: son traídas a *anakephalaiose*—la misma palabra de nuestro texto. El sumario *reflexivo* dado por el retórico y el *acto* concluyente de Aquel que lleva a cabo la Acción son lo mismo—*pero solamente con Él*.

Y Dios ejecuta todo esto “en Cristo.” No solamente en Él como el Hijo (Logos) Quien desde la eternidad está unido con el Padre y el Espíritu como su Igual (como en Colosenses 1), sino también en Él como el *Salvador glorificado*, Quien está sentado y ha sido colocado a la diestra de Dios. En este Cristo glorificado, Dios reina sobre todas las cosas, para bien y para mal, en bendición y juicio. En Él, Él trae todas las cosas a su fin, a su consumación, pues Él en Su consejo así lo ha pensado, así como en Su hablar y actuar lo ha revelado y realizado.

Pues esta es la gran trascendencia de la glorificación de Cristo: el Hijo del hombre como el Agente plenamente autorizado de Dios ha puesto su mano sobre todas las cosas. La *Alocución* de Dios ha pasado más allá de su *marca a medio camino*. La *historia* ha sido traída al punto de su *decisión*. El *drama* se ha desarrollado hasta llegar a su tercer acto—y decisivo. Y ahora todas las cosas *deben* llegar a su conclusión.

Y esto, como dice Pablo, está dominado por Él. Solo hay una única historia y es “cristiana,” es decir, la que es *dominada* por Jesucristo. La Historia también es Pneumática, es decir, dominada por el Espíritu Quien toma todo de Cristo. Leemos nuestro periódico y escuchamos la radio, y avanzamos a tientas por el trasfondo de lo que los demócratas de nombre en esta área de cuasi-democracia nos han ocultado sistemáticamente en su prensa engañosa y su diplomacia secreta. No podemos encontrar la suma. Ningún retórico dice exactamente lo que quiere decir. Él mismo ni siquiera conoce sus propias sumas, pues los desarrollos históricos le arrastran y los programas son cosas de temporada, y estas temporadas se hacen cada vez más cortas. Pero nuestro Dios en Cristo tiene la suma en Su mente, y cuando al presente la llama un día, entonces nosotros, de una vez, veremos la suma de Su política. Y bienaventurado aquel que no sea vencido por ella.

Pues la suma de “todas las cosas” está dominada por Cristo, pero Él ha sido dado como “Cabeza” a la “congregación,” y sólo a ella. Él ha sido puesto, *no* en el *centro* de “todas las cosas” como su *compendio* o microcosmos, sino que ha sido puesto *encima* y *sobre* todas las cosas, como su Regente absoluto.

En la Cabeza de la iglesia se dispone la suma de todas las cosas. La teoría según la cual la iglesia en sí es un estado cultural o se le permite llegar a ser uno colapsa cuando se tiene en cuenta la idea anterior. No se da aquí ningún ánimo

a ninguna sugerencia de que la iglesia—que siempre, como *instituto*, ha de ser instituida y por lo tanto jamás le da el nombre de iglesia a lo que algunas veces, para caracterizar la comunión cristiana en la escuela, la familia, la vida social, la política, etc., se llama falsamente “*la iglesia como organismo*”—sea *directamente* un negocio cultural práctico, mucho menos una exponente de cultura. Esta clase de concepto con respecto a la iglesia la mata, la viola. Un servicio en la iglesia donde se predica la Palabra no es una conferencia directa sobre la cultura que cubre toda clase de detalles técnicos, una universidad apenas disfrazada para la gente. *Pero*: tal servicio en la iglesia pone la totalidad de la vida bajo promesas y normas. Y Dios ha adjuntado grandes promesas al ministerio oficial de la Palabra, que es la administración de la “semilla de la regeneración” (Romanos 10:17): la fe viene por el oír, y el oír de la Palabra de Dios. La fe, por lo tanto, efectúa el *nuevo nacimiento* (Artículo 24 de la Confesión Belga). Y esta regeneración se lleva a cabo entonces en la iglesia, que da a luz hijos por medio de la Palabra de Dios. Es de esta manera que la iglesia puede, debe, y se le permite ser un horno donde el hombre de Dios es “cargado” desde lo alto con fuerza de lo alto. *Desde la iglesia*, donde el Espíritu de Cristo distribuye los tesoros de gracia por Él obtenidos, el pueblo de Dios tiene que derramarse sobre la tierra y en todas las direcciones y hacia los asuntos de la vida humana, para proclamar sobre todo esto, y también para mostrar en sus propias acciones, el dominio de Dios, el Reino de los cielos. Desde la iglesia el horno de la obediencia debe, incluyendo el puro calor cultural, arder y cubrir todo el mundo. Quite a la iglesia del panorama y el Reino de Dios se torna brumoso. Coloque el Reino de Dios en la bruma, y se renuncia a Cristo en la cultura. Es en *la iglesia* que Cristo hace que el Espíritu *engendre* hijos de Dios. Solamente *la iglesia*, como la *madre* de los creyentes, engendra aquellos hombres “nuevos,” que llevan las cargas de todo el mundo, incluyendo aquellas cargas relacionadas con la cultura. Solamente *la iglesia* los une a todos en una comunión inquebrantable y enseña las *normas* para todas las relaciones de la vida, aún fuera de la iglesia.

Solo la iglesia (¡no un así llamado clero!) es la portadora de la Palabra de Dios, y en una comunidad nacional puede proclamar las normas de Dios en el lenguaje del tiempo y el lugar de interés y así dar a conocer a esa comunidad cuáles riquezas pueden desarrollarse en la vida según su propia naturaleza, y cómo esto puede y debiese hacerse. En los días cuando la iglesia era fuerte, el arte cristiano florecía, y

la cultura era un asunto de volver el rostro de las personas hacia el cielo. Hoy nos hemos hundido en el bajo nivel de las películas de gritos y de un teatro que puede mantenerse a sí mismo sólo si el género inferior no desaparece de sus programas, de periódicos que dependen del “diseño,” de programas de radio en los que una novela es convertida en formato de diálogo con efectos escénicos como *método*, incluso de un portal de iglesia que carece del coraje para mantener los anuncios de todas esas actividades ocupadas fuera de su tablero de noticias. Y una comunidad de hombres que ya no leen artículos sino que solamente devora sus titulares mientras se da el lujo de permitirse ser devorada: una presa fácil de los textos y consignas efímeros que hacen que la corrupción de la terquedad se torne universal, insolente y se auto-divinice en los negocios y el comercio, en la prensa y en la política, y que se convierta en un flujo de pecado al por mayor, el cual ha sido organizado tan bien y tan rápidamente que cuando golpea al individuo lo hace con una impotencia tal que éste ni siquiera cuenta ya con el tiempo para estremecerse.

Por lo tanto, para beneficio de una cultura cristiana fiel, todos deben trabajar con fuerza y seriedad por la edificación de *la iglesia*, el cuerpo de Cristo. Quite a la iglesia del escenario y desaparece lo que es realmente humano, y lo que regresa es un humanismo que alardea sobre sus ruinas. Retire la iglesia y su confesión y regresará el *orgullo* cultural desmedido (aunque tenga la forma de humildad), el mismo que durante el auge del Romanticismo filosófico cautivó a toda la nación alemana (y a otras) con su credo panteísta inmanentista de la oscilación de un *Gebildete*²⁹ individual autónomo y autárquico junto con el espíritu divino que se movía en forma de ráfagas por todo el universo. Pues es verdad que en su último período la escuela Romántica de la época, por boca de los hermanos Schlegel, simultáneamente contradujo casi todas sus propias consignas derivadas de Fichte, pero su raíz más profunda, la doctrina del hombre creciendo junto con Dios, no ha sido desarraigada: el Nacional Socialismo con su proyecto cultural es prueba de eso. Apartad a la iglesia—la cual, comenzando desde el compañerismo local de los creyentes, pronto establece conexiones nacionales e incluso internacionales—y lo que queda es tan sólo una serie repetitiva de “batallas culturales” que colocan al *más fuerte* en el trono. La consigna panteísta con respecto a que “el” derecho inherente en las cosas puede establecer tribunales que sentencian a la gente, no en nombre del Legislador divino Quien por la gracia de Dios hizo reyes como pastores

29 *Gebildete* significa literalmente: gente que ha sido “formada,” “conformada.” Sin embargo, en el contexto del Romanticismo, este término significa: gente que se ha elevado a un nivel en el cual son bien conscientes de su propia historicidad e individualidad [nota Van Ronger / Helder].

culturales, sino en el nombre de “la ley” (Seyss Inquart).³⁰ Entonces “la ley del más fuerte” es la fórmula judicial más simple. Las fórmulas de lo que es justo y del poder se mezclan al final. Y así, por la decadencia de la iglesia y sobre los cadáveres de los miembros de la iglesia, se construye una plataforma para el dictador de los últimos días, el Anticristo. Él los instruirá a todos de acuerdo a su sistema, que es el más horrible de los sistemas. La iglesia no *debiese*, oh no, ser ni siquiera la *esfera* directa *más pequeña* de cultura, pero *debe ser* la *fuerza* cultural indirecta más grande. Ella es la Novia de Cristo, es decir, la Novia de tal Novio Quien, para Sí mismo y para Su Dios, reúne toda la gloria de las naciones, y Quien está edificando una ciudad con la más perfecta simetría.

28. El Individuo Llamado—Piedra Angular de la Cultura

La *sexta* consecuencia es que sólo siguiendo a Cristo la *persona* puede obtener valor para la vida cultural. La cultura es siempre un acto comunal. Pero toda asociación que no haya sido conformada a partir de Dios en el Espíritu les permite a los muchos abusar del individuo y usurparle. Algunas veces—un dictador saludado como un salvador es prueba de esto—se sugiere a sí misma, y él a ella, que este servicio del uno a los muchos es su ornamento divino e inmarcesible, y por consiguiente los muchos le hacen el objeto de su adoración y culto. Un movimiento nacional que esté basado sobre tal fundamento puede sacudir y arrastrar a las masas pero mata la personalidad. Lo que se anuncia como *involucramiento* no es sino *conformidad*. Pero cuando en el Antiguo Testamento la Ley del Sinaí se dirige, no al “sujeto en general” de la iglesia sino al *hombre* israelita, y cuando en el Nuevo Testamento el Sermón del Monte, aquel gran Canon también de la cultura, hace lo mismo, entonces, aún en la vida cultural, es el individuo, quien en cualquier batalla comunal, es siempre aquel de quien se discute directamente, aquel a quien Dios se dirige. Sólo aquel que ha llegado a ser, de manera intencionada y voluntaria, un portador del oficio al seguir a Cristo y quien por medio de Cristo preserva en la succión de las corrientes culturales a menudo hirvientes, su *idion* personal de los macizos ascendentes del “hombre-poder” que arrastran al individuo o que le pisotean. “Hombre-poder” es el término de lamento generalmente reservado para la descripción de ejércitos movilizándose: se dice que los reyes y los dictadores hacen uso de tal “hombre-poder.” Como si las juntas de los “sindicatos” no actuaran de la misma manera...

Pero uno que haya sido extraído de la Roca que es Cristo, nunca se separará—en tanto dependa de él—sino que siempre se distinguirá (1 Corintios 2). Así como el Decálogo se dirigía al hombre israelita, el Sermón del Monte se dirige a él individualmente, lo mismo que a los demás, y el Espíritu, uniéndose con la

30 Seyss Inquart fue el *Reichscommissar* durante la ocupación alemana de los Países Bajos en los años cuarenta [nota de Van Rongen / Helder].

totalidad de la Palabra de Dios mientras ésta es proclamada, establece por actos de re-creación una *politeuma* (Filipenses 3:20) de la cual podemos ser ciudadanos y que tiene su centro y residencia real en los cielos, y que en la tierra opera cosas poderosas, precisamente también en el hecho de formar comunidad. La *politeuma*, el estado, que está en el cielo, por su parte jamás se sublevará contra una *politeuma* aquí abajo. Pero tan pronto como la *politeuma* terrenal por su parte le ordene a los ciudadanos de la celestial que niegue esta última (y la arena de la batalla que luego sigue siempre es una de tipo cultural-religiosa), entonces surge la dolorosa labor de remar contra la corriente. Pero aún entonces, en todos los períodos de decadencia cultural, el gran Mayordomo y Custodio de Dios preserva sana e íntegra “la sal de la tierra.”

Cualquiera que se haya expuesto al Sermón del Monte quizá reaccione con asombro cuando sea confrontado por aquella extraña palabra bíblica que le dice: Haz tal y tal cosa, pues de otra manera “os sería necesario salir del mundo” (1 Corintios 5:10). Esta palabra aparentemente acomodaticia puede hacer que tenga sus dudas porque, después de haber escuchado el Sermón del Monte, en realidad pensó que jamás podría quedarse quieto y sereno otra vez cuando escuchara sermones acomodaticios y moralizantes. ¿Acaso no roza y pellizca por todas partes? Dar y toma, ¿Acaso tal sistema no es detestable en el Sermón del Monte? ¿No es el llamado apocalíptico “Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados” (Apocalipsis 18:4) un motivo mucho más directo y claro?

La respuesta es: No del todo. Salir de *Babilonia* no es lo mismo que salir del mundo. En el lenguaje bíblico “el mundo es a menudo, pero no siempre, idéntico a “Babilonia.” Dejar “la ramera” (ver secciones anteriores) no significa condenar la condición de mujer, o renunciar a la naturaleza (Ezequiel 16). No ser partícipes de sus *obras* no significa: negar o abdicar de la *sunosia* con su *condición de creatura*. Por lo tanto, la palabra de Pablo en 1 Corintios 5:10 no contradice el estilo y la estructura de pensamiento que se halla en el Sermón del Monte, sino que ha sido orgánicamente incluida allí. Pues el Sermón del Monte fue dirigido a los cristianos, también en su capacidad como misioneros de Dios en *este* mundo y como constructores del *nuevo* mundo. Por esta razón al cristiano jamás se le permite salirse de “el” mundo. En este mundo distorsionado él simplemente tiene que cumplir su responsabilidad delante de Dios. La tensión que surge de nuestro continuo conflicto con “este” mundo y el mandamiento de nunca salir de “el” mundo es en última instancia la tensión entre la *suerte* de la “sunosia” y la *responsabilidad* de la “koinonia.” La última simplemente pertenece, tal como Dios lo quiere, a los antilegómenos en este mundo pecaminoso: las cosas y señales contra las cuales se hablará siempre.

Retire del Sermón del Monte el elemento de la instrucción de los *portadores del*

oficio, y la palabra acerca de no salir del mundo será mal usada de una manera horrible por “la carne” como si fuese un perdón general y una *carte blanche* para hacer todo lo que complazca a “la carne.” Pero es todo lo opuesto. Se dice (Prof. B. Holwerda, *The Reformation of Our “Dealings”* [De reformatie van onzen “omgang,”] Utrecht, 1947, p. 15): “Si deseas emplear esta palabra, debes tomarla exactamente como está allí escrita.” No significa: cuando estás en contacto con el mundo puedes darle a tus principios una mirada más que superficial, no puedes ser tan particular. Pues Pablo acaba de decir: has sido redimido por la cruz de Cristo y ahora debes celebrar la fiesta de la pureza y de la verdad simple... Todo aquí se halla en el clima de la seriedad absoluta: tiene que ver con la cruz del Calvario, que es la razón por la cual las cosas en la iglesia están dispuestas de forma tan rigurosa, incluyendo con respecto a la disciplina. ¿Cree usted que Pablo añadiría hoy: Sin embargo, en el mundo eso no importa tanto? ¿Puedes tú allí negar el estilo de tu fiesta? Al contrario, permanece en el elevado clima de la seriedad perfecta. Debido a la cruz del Calvario el asunto de su “contacto” con el mundo debiese tomarse con solemne seriedad... ¿Contacto con gente impía en la iglesia? No, pues Dios te dio las llaves del Reino de los cielos... ¿Contacto con gente impía en el mundo? Sí, pues si te rehusaras a ello, te saldrías del “mundo.”

29. Oficio, No Naturaleza y Gracia. Comentarios a manera de Conclusión

Nuestra *sétima* y última conclusión, es que nuestra filosofía cristiana de la cultura tendrá que comenzar a razonar de forma más consistente sobre la base del concepto del *oficio*.

Como teórico cultural cristiano, uno ya no debiese tomar su punto de vista en la “gracia común” en el sentido antes rechazado. El punto de partida debe ser: el llamamiento original, la tarea dada en la creación, el oficio original—no sea que caigamos en el pesado sueño ya sea del optimismo cultural o del desprecio cultural.

Si uno abandona esta noción, aún el más apto comienza a cometer errores.

Tome como ejemplo al Dr. Abraham Kuyper. En su obra *La Gracia Común en la Ciencia y el Arte* (*De Gemeene Gratie in Wetenschap en Kunst* [1904], p. 44), admite ante Von Hartmann que la “religión” en su forma más elevada *se despoja de su vestimenta artística*. Nos tememos que este razonamiento acerca de la “religión” es panteísta antes que teísta; pues somos de la opinión que la “religión” no se viste a “sí misma,” sino que hace que sus profetas se conviertan en liturgistas (y no solamente ellos) y los viste a todos con las *togas del oficio*, en cuyas prendas aún el artista puede participar en su confección. No, no exclusivamente el artista, pero también el artista—tanto como cualquiera que tenga el uso exclusivo del telar. La “religión”

jamás ha tenido una vestimenta *artística*, pero le ha provisto a muchos un vestuario artístico con la rúbrica del oficio y lo ha distribuido como togas del oficio, en el entendido que esta rúbrica estaría sobre quien llevara la toga y estuviese dispuesto a llevar las responsabilidades que ello implica. Una toga o traje de oficio jamás debiese quitarse; más bien, sus características distintivas debiesen renovarse una y otra vez. Esa es la razón por la cual dijimos que en el Calvinismo el servicio a Dios debiese llegar a alcanzar su *propio* estilo *peculiar* en todas las áreas de la vida, en la medida que la “restricción” y la “abstinencia” antes discutidas no se presenten como obstáculos.

Y *tampoco* nosotros, con respecto al problema antes mencionado, buscamos nuestro punto de vista en una “conciencia religiosa innata,” que trataría entonces de expresarse y realizarse en una cultura religiosa. Pues el hombre, incluso el hombre piadoso, no debiese simplemente vivir de manera despreocupada sino que debiese cumplir su *oficio*.

Tener conocimiento del *oficio* siempre lo impulsará a uno a volverse a la Palabra-revelación con el propósito de releer las normas. La “naturaleza,” enigmáticamente, no nos enseña nada a menos que sea iluminada por la Escritura. El conocimiento permanente del oficio, incluyendo en este aspecto la tarea cultural, hace que el cristiano como *profeta* acuda siempre a la Palabra de Dios, como *sacerdote* le enseña a no confundir jamás el amor a la vida—temperado por el oficio—y el gozo en la cultura como “agape” con la función puramente natural de su *eros*, como si por medio de este último se cumpliera el llamamiento de Dios—¡Pallietter es pagano!—y como *rey* no le permite extenderse jamás hacia la vida por la vida misma, sino más bien hacia su Creador, de Quien es siervo y representante.

De modo pues, que la esencia de este problema se encuentra en la segunda respuesta al Día del Señor # 12 del Catecismo de Heidelberg. Allí, Juan Calvino, por medio de sus discípulos Ursino y Oleviano, se convierte, por la gracia de Dios, en un profeta de la cultura. Predicó y profundizó el conocimiento del oficio y nos enseñó a entender una vez más cómo el dominio de la batalla del pecado y la gracia, de la obediencia y la desobediencia, se halla en la cultura. Aquellos que han pasado por la escuela de Juan Calvino jamás proferirán exclamaciones como aquellas que profieren personas que—con una sacudida que, incidentalmente, podemos entender—miran cómo, e.g., la tecnología toma proporciones gigantescas y luego claman enfáticamente: el hombre ha triunfado en la tecnología, pero ha triunfado para *muerte*: *Er hat gesiegt aber er hat sich tot gesiegt* (H. Lilje). Esto no puede ser correcto. Cuando alguien cae *muerto* en algún campo cultural, nunca es la consecuencia de algún acto cultural sino sólo a su propia desobediencia e infidelidad en el área del oficio. “Porque todo

lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias” (I Timoteo 4:4). El concepto de autarquía de Juan Calvino es anti-gnóstico.

Jesucristo y la Cultura, ahora por última vez.

Ahora los corazones se pueden abrir, y las bocas; ahora las manos pueden dedicarse al trabajo, y los pies apresurarse al servicio. El hombre que sigue a Jesucristo es espléndido y responsable *en tanto que* lo siga haciendo. Aparte de eso, profesa precisamente en el día de la asamblea y festividad (de hecho, en la mesa de la Cena del Señor) que se halla en medio de la muerte. *Homo est, humani nihil a se alienum putat*. También ha llegado a ser muy definido en todo lo que hace y dice. Novalis, el poeta del Romanticismo, dijo una vez:

*Doquiera se intensifique la oscuridad,
Nueva vida brota, nueva sangre fluye;
Y para establecer paz eterna para nosotros
Se sumerge en el torrente de la vida
Y con Sus manos llenas se halla en medio nuestro,
Escuchando con amor la oración de todos.*

La oración de todos, por supuesto. Pero también las *acciones* de todos, las acciones *resueltas* de los sobrios, pues “los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios,” dice una voz desde el medio del coro de autores de la Biblia (I Tesalonicenses 5:7). Novalis, un Romantista en principio, y por consiguiente un panteísta y pancristista, mira la vida levantarse una vez más allí donde la oscuridad se intensifica; es decir, donde el contraste ya no puede distinguirse, donde se “experimenta” la unidad de los opuestos, y por consiguiente, donde falta la acción *resuelta y con propósito*, la acción consciente de la antítesis fundamental. Pero nuestro Cristo no conoce a ningún soldado excepto a aquellos que pertenecen al día (el tiempo cuando todo se distingue). No tenemos un Cristo que simplemente escucha (las oraciones con sentimiento) sino Uno que pone Su mirada sobre nosotros para ver cómo manejamos la pala, el martillo, el libro, la aguja, la brocha y cualquier otro instrumento, con el objetivo de *extraer del mundo—incluidos nosotros mismos—todo lo que Dios ha puesto en él*.

“¡Predicación escatológica, por favor!” Es el clamor de muchos. Pero que otro clame que debiésemos sembrar, y aserrar, y volar y comunicarnos de una manera escatológica. Se demanda la “teología” escatológica en todas partes. Pero es mejor hablar de cultura escatológica—en todas partes.

Por lo tanto, cuando Novalis dice:

*Y allá, en el huerto de Dios lleno de bendiciones
Guardemos fielmente los capullos y las flores*

entonces respondemos que este mundo ya no es un Huerto de Dios, es decir, un “Huerto de Edén.” Éste último regresará. Pero en este momento el mundo es un taller, una arena, un sitio de construcción. Y el lugar donde uno se encuentra con Dios, a diferencia de lo que Novalis aparentemente tenía en mente, no es un rincón aislado donde el alma románticamente dispuesta practica la “religión,” en una provincia apartada para el alma. Tampoco es un “universo” colocado en el crepúsculo, sin establecer fronteras entre Dios y la naturaleza. Pues hoy el foro de Dios es Su taller, tan amplio como el mundo, y está allí para que encontremos *nuestro* taller, *nuestra* fábrica, el horno humeante, el estudio, el salón de preparación; en una palabra, todo territorio, todo plano no-matemático donde “el hombre de Dios, enteramente preparado para toda buena obra” [II Timoteo 3:17], “fielmente,” allí donde está, “guarda los capullos y las flores,” pero también tiene puestas sus botas de caucho.

Y—arranca malas hierbas, cultiva el desierto. ¿Acaso es una “tarea sin esperanza?” Por supuesto, no conoce ninguna otra sino tales “tareas sin esperanza,” aquel “tonto—en Cristo.” En su visión, son los demás los que carecen de inteligencia. Y tiene razón con respecto a eso.

Nuestra tarea cultural al seguir a Jesucristo es en verdad “sin esperanza.” Bienaventurado sea mi *sabio* co-pastor quien realiza de manera apropiada la tarea de visitar a los feligreses: una fuerza *cultural*, aunque probablemente no sea consciente de ello. Otros lo ridiculizarán: no saben lo que hacen, son unos buenos para nada en cuanto a la cultura y verdaderos obstáculos en el camino.